

Josefina Estrada



se

Con la rienda  
suelta

Lectulandia

ROMÁN LARA, EL PROTAGONISTA de *Con la rienda suelta* de Josefina Estrada, es un hombre surgido de nuestra realidad, aunque pareciera por momentos un personaje de Revueltas o de Quevedo. Producto de una sociedad donde el éxito se mide a través de la búsqueda del placer, debe —a sus 30 años— hacer un alto en el camino y un recuento de su historia.

Testigo de su transcurrir en el mundo, Josefina Estrada deja que su protagonista se explaye en la narración de su vida. La violencia y la búsqueda del placer en la drogadicción o en el goce físico se convierten entonces en el motivo de cada acto de este hombre. Su libertad, comprendemos, es la bandera de su propia marginación. El deseo de destacar entre sus momentáneos compañeros de aventura provoca el vértigo de sus acciones, donde llegar al límite, más allá del límite o a la aniquilación, incluso, son las caras del volado que decide cada movimiento de éste, como tantos otros hombres o mujeres de nuestra sociedad.

Estrada, al dejar hablar a este exgranadero, exrecluso, exchavo banda, nos permite comprender el gran vacío que la sociedad provoca en todos sus intersticios. Al hacer a un lado algunos valores, no hemos permitido que otros más nobles los suplan. O, quizá, Román sólo es el espejo de todo lo que somos, y su historia nos estremece, como si en el lugar de su rostro, estuviera el de cada uno de nosotros. En definitiva, Josefina Estrada nos da un atisbo que escandalizará a las buenas conciencias. Porque esta historia carece de desenlace, está abierta al tiempo de las urbes, en toda ciudad de nuestro país o de América Latina.

Con este libro, Josefina Estrada obtuvo el *Premio Nacional de Testimonio Chihuahua 2003*, convocado por CONACULTA-INBA y el Gobierno del estado de Chihuahua a través del Instituto Chihuahuense de Cultura. Los jurados fueron: Óscar de la Borbolla, Mauricio Montiel Figueiras y Emiliano Pérez Cruz.

**Lectulandia**

Josefina Estrada

# **Con la rienda suelta**

ePub r1.0

Titivillus 22.03.2019

Título original: *Con la rienda suelta*

Josefina Estrada, 2003

Premio Testimonio Chihuahua 2003

JURADO DEL PREMIO DE TESTIMONIO CHIHUAHUA 2003: Óscar de la Borbolla, Mauricio Montiel Figueiras y Emiliano Pérez Cruz

Fotografía de la autora e ilustración de portada: Rafael Hernández Herrera

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

Cubierta

Con la rienda suelta

Libro primero

Libro segundo

Libro tercero

Libro cuarto

Sobre la autora

## **CON LA RIENDA SUELTA**

*A Jaime Aljure Bastos*

*A mis hermanos Agustín y Edgar,  
porque el barrio no se los comió.*

*En las letras se acentúa la vocación  
natural del hombre hacia la maldad;  
aquí el digno de contemplación es el  
perverso, el canalla, el que va al  
pantano, ese que puede decirnos algo  
y está en cualquier esquina, sólo  
se requiere escuchar.*

Ricardo Garibay

# **LIBRO PRIMERO**

**E**ERAN PASADAS DE LA MEDIANOCHE cuando tres BUK, chavos de mi banda, se salieron de la fiesta; no sé a qué. La cuestión es que regresaron todos ensangrentados y chiflando en clave: dejar lo que estuviéramos haciendo y juntarnos rápidamente.

—Son como quince los que nos madrearon. Vente, Kawasaki; no te me despegues: tú eres de los pesados —me dijo el Venado.

Eran un resto, pero también nosotros éramos un bandón. Los agresores se echaron a correr, se metieron a una vecindad y nos cerraron la puerta. Desde la azotea nos aventaron cuanta madre. Esquivé bien las pedradas y los botellazos. Estábamos aferrados en meternos, pero tenían atrancado el portón. Por fin, lo abrimos y alcancé a jalar a uno. Y jalaron a otro y a otro. Al infeliz que agarré, lo arrastré a media calle; ahí los pateamos. El Venado sacó el picahielos y lo empezó a llenar de agujeros. Una y otra vez. Como una película que se repite una y otra vez, así veía entrar y salir el picahielo: la piel del chavo tronándole como chicharrón. El picahielo es un arma muy sátira; casi no saca sangre, muy poca: puntitos. No hay borbotones. Sólo gotas y se cierra la herida. Sólo deja un agujerito al entrar. El derrame es por dentro. El picahielo entra una y otra vez, perforando panza, piernas, brazos... Zas. Zas. Rara vez toca hueso.

Yo no tenía nada con qué pegarle al morro. Me vi con las manos vacías. «¿Patadas?, pues ya le he dado un montón y no le pasa nada.» Vi la coladera. Estaba sobrepuesta. La levanté y se la estampé en la cabeza. Pegó seco. Volví a azotársela en el cráneo. Cuatro veces, en total. Quería que toda la banda viera que yo era el que más colaboraba. «El Kawasaki es el más manchado.» El picahielo me pareció poca cosa. No vi lo que quedó del chavo. A los tres morrillos que jalamos les dimos una catiza. Quedaron llenos de sangre y de agujeros. «Vámonos.»

Y la banda se dispersó; el Venado y yo nos escondimos en la azotea de un edificio. Ocultos entre los tinacos, escuchando las sirenas de las ambulancias y las patrullas. No nos atrevíamos a hablar de la fiesta que terminó en

masacre. Desde ese momento olvidé si la pachanga había sido en la Condesa o la Escandón, donde había Pitufos, Panchitos, Ramones, BUK, Mohos...

Me ganó el sueño y me olvidé del zafarrancho.

Al otro día, por el camino, el Venado me fue diciendo:

—Oye, ¿no sientes feo?

—¿De qué?

—De que le rompiste el cráneo con la coladera.

—¿Y tú, no sientes feo de que lo llenaste de agujeros?

Yo quería hacerlo culpable. ¿Por qué nada más yo? Y ahí quedó. Después de dos tres días salió en el periódico que habían matado a unos chamacos en la Condesa o en la Roma o donde haya sido. «Bronca entre pandilleros. Murieron tres y se busca a los causantes.» Me aterroricé. No quería salir; temía que alguien me delatara. El Venado, cada que me veía, me recriminaba:

—Es que *tú* lo mataste. Le sorrajaste la coladera en la cabeza.

—Quién sabe de qué se murió: si de los agujeros que le diste tú o de los coladerazos que le di yo.

Muchos años cargué con los remordimientos. Me sentía asesino. Homicida: «Ya mataste. Lo puedes volver a hacer.»

\*

Por el momento, había conseguido lo que más quería en la vida: hacerme de una famita de cabrón, a los quince años. Me halagaba que se hablara del Kawasaki. A pulso me había ganado mi lugar; parecía tan lejano el chamaquito que fumó mariguana, por primera vez, en la vecindad de la Virgen. Tenía doce años; al Gemelo y a mí nos gustaba ir con la banda que se reunía a grifear frente al altar de la Guadalupana. Siempre me invitaban:

—Órale, Román, date un jalón.

Ninguno de los dos aceptábamos; pero esa mañana, cuando empezó a correr la mota, el Gemelo le dio un jalón. Me admiró su acción. «Achis, y yo, ¿por qué no?» Y le di tres jalones. De inmediato sentí que me liberaba.

—Se me secó la boca —le comenté al Gemelo.

—También a mí.

Me dio confianza sentir los mismos efectos. Me agradó encajar en el círculo y participar en la ensalada de plástica. Todos buscábamos destacarnos por algo. Competir a ver quién sufría más, quién cometía más raterías. Pero lo principal es hacerse la víctima.

De pronto, en medio del coto, el calor me pareció insoportable. Sudaba frío. El cuerpo chinito. Me entró pánico. «No lo vuelvo a hacer. Dios mío, que

se me quite.» Sentí mucha hambre y sed:

—Ya se me secó la boca —volví a decir espantado, casi gritando.

—Lo que pasa es que te quiere dar el bajón —me dijo un grifo—. Tómate un refresco y se te quita.

Me lo quise ir a tomar, pero no tenía dinero. Desesperado, me pegué a la llave de agua.

—Vámonos —le pedí al Gemelo—. Me estoy asando.

Quería correr. Estábamos en José María Vigil y las calles se me hacían laaargas, inmensas. Parecía tan lejano el 116 de Mártires de la Conquista, el edificio donde vivía la novia del Gemelo. Apenas llegamos, me dijo:

—Cámara, Román, aquí me quedo.

No me moví. No sé si quería disfrutar mi enmariguanada o que se bajara. Me preocupaba que algún conocido me viera. Empecé a sentir que me caía. Las piernas como chicle. El pasón en toda su dimensión. Me sentía extraño; que no era yo, el Román. Algo me faltaba o sobraba Me senté y vi rayitas de colores. Verticales. Quería irme a mi casa y acostarme, pero me detenía el temor de que me vieran en ese estado. Me hundía en un abismo. Iba caer de frente y preferí acostarme. Temblaba. Mi cuerpo como pluma muy ligero. Taquicardia. Sentía que me iba a morir. Me fue venciendo el sueño.

Desperté en el piso del edificio, estirado completamente. Con una cruda espantosa. Me quedé con ganas de repetirlo. Había sido tan emocionante. Tan rico ese olor a petate quemado. Un aroma dulce. Quería volver a sentirme anormal, pesado del cráneo. Drogado. Tonto.

Ése fue mi primer pasón. El segundo fue dos años después, cuando me hice novio de una chava de la secundaria y me invitó a su casa, por Contreras. Le pedí a mi amigo el difunto Fernando el Caballo, que me acompañara:

—Te voy a presentar a mi vieja.

Me sentía feliz. Una chamaca se había fijado en mí. Llegamos a su casa y ella nos abrió la puerta. Otros tres chavos estaban tomándose un pomo.

—Pasa. Siéntate.

Mi novia se fue a sentar en las piernas de uno de ellos: «Chale, ¿cómo es posible que me la haga? Pinche. Maldita. Asquerosa.» Pero no me iba. Empezó a correr la mota. Ahí me di cuenta que mi novia era una mariguana profesional: unos jalonzotes que le daba. La mota iba pasando de mano en mano, hasta que llegó a mí. Recordé el pasón, pero qué iba a decir mi novia. «Le voy a dar un jalón y lo paso luego luego.» Sabía que me la tenía que llevar tranquilo. Corrieron otro churrote y siguieron pasándola. Fume y fume. No tenían cansancio.

Sentí mucho sueño. La mota seguía corriendo. Me empecé a ir. Los escuchaba cada vez más lejos. Me quedé dormido en el sillón; quién sabe a qué horas mi noviecita me despertó:

—Vamos a ir a un concierto y no tenemos boleto para ti.

Se la capié: me estaba corriendo. No quería saber de ella. Ya había visto que era una fácil.

—Ahi nos vemos, que se diviertan.

Su nuevo chavo y ella nos encaminaron a Fernando y a mí a la puerta.

Sentía que los carros se me venían encima y me obligaban a orillarme a la pared. Me atemoriqué. Ni me acordaba de la novia; se me borró. Sí me dolió, pero no quería demostrárselo a mi cuate. Ese dolor me lo tragué. No le toqué el tema. Iba esquivando charquitos de agua que parecían manantiales. Ríos. Traía una gabardina negra.

Tomamos un camión para Tacubaya; me agarré del tubo. El corazón se me iba por la ventanilla. El cuerpo se me enchinaba. Empecé a ver chispitas blancas. Seca la boca. Un arco iris de rayas verticales: rojo, verde, anaranjado... Y pum: se me apagó la vista. Sentí debilidad y me solté. Me pegué en la frente contra un tubo y rematé en el suelo. Me acomodé con las manos en mi cara, como si estuviera en mi cama; aunque sabía que estaba en medio de un pasón y la gente me adivinaba mariguano o pedo. El Caballo me preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Se está haciendo pendejo, dale una patada en el trasero —escuché que alguien le dijo.

Obedeció la sugerencia y no le pude decir nada. Me dejó tantito en el suelo, a que tomara aire y le pidió a un señor que me cediera el asiento; se me quedó viendo y se levantó. Me fui relajando. Ya llegó el camión a Tacubaya y nos bajamos.

Mi cuate empezó a hacerme burla:

—¡Ja, ja, te diste un pasón!

«¿Por qué fumo mariguana si me voy a poner así? ¿Por qué?»

Después le empecé a agarrar el gusto, pero me limitaba. Ya sabía que mi dosis eran tres, cuatro jalones. Todavía me detenía la advertencia de mi papá: los mariguanos son rateros y apáticos. Una lacra de la sociedad.

A los catorce años me sentía el rey del mundo porque después de tanto batallar para terminar la primaria, por fin había conseguido mi certificado en una nocturna. Poco después aprobé el examen de admisión en la secundaria técnica más codiciada del barrio. Al principio, saqué buenas calificaciones,

pero a los cuatro meses empezó el desmadre porque algunos chamacos nada más iban a la escuela a enmariguanarse o a inhalar cemento. Yo fumaba cigarros nada más. Ahí se juntaban los BUK (Banda Unida Kiss). De inmediato, los hice mis ídolos, mis dioses. A mí me daba miedo acercármele a una vieja; en cambio, los BUK se amarraban a las morras que a mí me gustaban. «Es que ellos sí están caritas; tú estás bien feo con esos lentes verdes de botella rotos y, para colmo, amarrados con una agujeta. Pareces búho.»

Quería ser BUK y que me tuvieran miedo. «¿Cómo le harán para aguantar tanta mariguana?» Soñaba con golpear a muchos, con el apoyo de alguien.

Mi papá es maestro barnizador y siempre ha llevado a la casa su material de trabajo; un tesoro para la banda; galones de cemento cinco mil y thíner. Para poder entrar al núcleo de los Buk les empecé a llevar su flan. Quería que dijeran: «El Román es bien chido. Va a ser de los nuestros.» Lleno de admiración, veía cómo se lo inhalaban.

Al chico rato conseguí mi propósito y empecé a grifearme con ellos. Me sentía realizado cuando los acompañaba a la prepa, con los porros. En todo los imitaba. Si robaban, iguanas ranas. Si había broncas, participaba en todas. Si estaban masacrando a alguien, yo era el que más pegaba. Tenía ansia de sobresalir. Revalidarme con los chingones. Mis ídolos eran el Tarzán, el Carlota, el Rojas, el Yeyé, el Roñas... Eran los más manchados en las peleas. Sacaban la fajilla y la estrellaban en la cabeza del contrincante. La sangre y los picahielos me ponían a temblar. Al Tarzán lo conocí afuera de la escuela, pegándole a uno de los Panchitos. Le daba bien mécole: retumbaba contra las rejas, lo agarraba de las greñas y, zas, lo azotaba al suelo y brincaba encima del Pancho. Por último, lo arrastró por toda la avenida. «Yo quiero ser como el Tarzán: así de manchado.»

Por esa época nació mi primer apodo: Kawasaki. Así me llamaron porque ya existía otro Kawasaki en Prepa 4, que también traía sus lentes de botella. Y hasta nos parecíamos un leve.

\*

Muy pronto mi mamá ya no supo a qué santo rezarle. Ni qué remedio darme para tratar de meterme en cintura. A deshoras de la noche, mi mamá subía a buscarme a los sitios más feos del rumbo. Ni los más rifados se atreven a entrar a esos lugares donde los drogadictos se dan en maceta.

—¿A qué me expones, hijo? ¿A que me violen? No puedo dormir del pendiente. No sé si algún desgraciado ya te mató o si ya te atropellaron. ¿Qué

quieres que haga para que te dejes de drogar? ¿Quieres que me hinque? ¿Que llore? Pues te lloro. Me pongo de rodillas...

Y se hincaba y me lloraba. «¡Ándele, así me gusta: sufra! Acuértese de cuando me quemó las patas, las manos, el hocico...». Entonces, el que no podía dormir era yo.

Mi papá también me la armaba de tos en la madrugada, donde me encontrara:

—Ahí viene tu jefe, Román.

—¡Que venga! Aquí lo espero.

Mi padre sacó un fierrote y me dijo:

—Qué, ¿dónde quieres caer? —y rasgaba la cortina metálica de una tienda —. ¿Quién de estos güeyes te va a hacer un paro? Entrénle, órale.

—Qué onda, ¿lo surtimos?

—No, espérate; es mi jefe, aguanta... Ya vete porque te van a partir tu madre.

—Aviéntense.

Esa noche le aventé un botellazo.

—Si no me agacho, me pasa lo que al perico. Pues ahora no me voy.

—Bueno, ¡chingá! Soy mariguano y ¿qué? Tú ya viviste tu vida, no te metas en la mía.

—¡Mariguano, paria, güevón. Cuatro lámparas infeliz!

—Sí, ¿y? No te pido ni madres, yo me la compro. ¿Cuál es la bronca? Ahora, si lo que quieres es que me vaya contigo, espérame: estoy atizando.

Y se quedó. Yo hasta le hacía más panchos y le jalaba bien macizo. Quería que le doliera porque a mí nada me dolía. Quería disfrutar todo lo que se me atravesara en el camino. Por eso, cuando me hastiaba de los sermones de mi papá, me salía temporalmente de mi casa:

—Ya no le des de tragar a éste; no trabaja, no estudia, no nada. A chingar a su madre a otra parte; aquí no se toma ni un café.

Entonces me iba de viaje por tres semanas. Me gustaba irme a Acapulco con el Puqui, que en paz descansara. Nos dedicábamos al fardo: entrar a las tiendas y clavarnos mercancía. Por la tarde la abaratábamos a los turistas. Sacábamos lo suficiente para pagar un hotel, pero preferíamos quedarnos en la playa.

Tenía 17 años cuando me agarraron por vagancia y malvivencia. Y nos llevaron hasta la grande. Nos pusieron a hacer la fajina en las galeras, que más bien parecían chiqueros o palo de gallinero. No dejaba de repetirle al Puqui mientras limpiábamos tanta porquería:

—Ya nos chingaron. Ahora sí, aquí vamos a estar un rato.

—¡Lávenle!

—¿Cómo me pone a lavar mierda?

—Para que te reflejes. Y cállate o te la restregó en el hocico.

El Puqui acarreaba el agua y yo tallaba. Ya teníamos tres días y nadie nos decía cuánto tiempo más íbamos a estar. En el momento en que se descuidó el guardia, el Puqui empezó a hacerme señas con los ojos de «vámonos, vámonos». Y me señalaba que ese era el momento: la puerta estaba abierta. Yo no me quería aventar el tiro. Le sacateaba porque ya tenía antecedentes penales, y estaba en libertad bajo fianza. Había un vigilante en la entrada. Tanto me dijo vámonos, que aventé la escoba y pegamos la carrera. Yo estaba descalzo. Llegamos a la puerta y la cruzamos caminando. De inmediato agarramos un taxi:

—Aléjanos de aquí. Nos acabamos de escapar. No tenemos para pagarte, pero te damos esta mochila.

Nos dejó en el zócalo. La maleta traía ropa de algún preso. Pude haberme robado algunas chanclas en la playa, pero sentía urgencia de llegar a México cuanto antes. Todavía dejé pasar unos días antes de hablarle a mi papá para pedirle perdón y hacerle a la chillona. Nunca me negó la entrada. Mientras andaba de pata de perro, a veces reflexionaba: «Ahorita estaría durmiendo en mi camita, sin pasar hambres. No andaría descalzo. Entre más te vas de la casa, regresas más jodido. Ya no te metas en problemas. Si tus padres te dicen mariguano, ya no les contestes.» La comodidad de la casa era lo único que extrañaba. Mi familia me tenía sin cuidado.

\*

Regresando de esas vacaciones me propuse conseguirme una novia bonita. Hasta entonces sólo las había tenido feas como yo; no podía ponerme exigente. Pero un día mi vanidad me dijo que yo tenía lo mío, sólo que aquellos lentes me hacían feyón. Entonces puse un puestecito de plumas y maquillajes americanos, en Cartagena, nada más para comprarme unos lentes de contacto. Cuando los tuve me vi al espejo y me gusté. Me convertí en una amenaza. En el semblante de toda las mujeres podía leer: «Quiero ser la novia del Kawasaki.» Para deslumbrarlas, las llevaba a donde pudieran ver mi calidad de golpeador. Pero la mejor oportunidad se presentaba cuando mis amigos se emborrachaban y terminaban cacheteando a sus novias. Entonces entraba en acción el caballero Kawasaki. Mis palabras de consuelo curaban

las peores heridas. En cuanto alcanzaba mi objetivo, las abandonaba. Mi fama se desbordó:

—El Kawasaki nada más se las coge y las bota.

Me lancé tan a fondo en mi carrera de conquistador que dejé la secundaria; nunca la terminé. Entré a varias y en todas me dediqué a pintar venado. De repente se me acabaron las ganas de estudiar. Sólo quería drogarme, robar y cortejar quinceañeras.

Pero Celina me hizo pagar todas mis fechorías. Me despreciaba y me trataba con la punta del pie: por eso me enamoré. No era como las demás que aflojaban y me eran fieles. Cuando la sacaba a pasear, muy a mi pesar, me presentaba como su amigo:

—Óyeme, no friegues, por qué me negaste, si soy tu novio —le reclamaba a solas.

—Si no te parece, búscate otra.

Mis amigos de la banda también me la aplicaron. Se llevaron a la Celina a caldear un montón de veces a Parque Lira. Una vez se lo reclamé.

—Sí y qué. Y ya te dije: si no te parece, mándame a volar.

Adoraba su cinismo y sus descolones. «Con ésta sí me casaba»; ya le había pedido la nalga como diez veces y nada. Pero en una ocasión fui por ella a la secundaria para irnos de pinta. Le llegamos a la casa de un amigo, y ahí nos dieron las 7 de la noche. Entre besos y caricias nos fuimos calentando. Terminamos ardiendo. La acosté en la cama y nos tapamos con las cobijas. Quise hacer el sexo con ella, pero nunca la pude penetrar. Toda la noche me la pasé haciendo la lucha:

Con tantos gritos, me arrepentí. La cuestión es que no llegó a su casa. Al otro día:

—Vamos, te llevo a tu cantón.

—No, es que mi papá ya no me va a recibir.

—¿Entonces?

—Me quiero quedar contigo.

Me sentí contento de poderme juntar con esa morra. Me fui a la casa de mi primo y le dije que nos diera chance de quedarnos unos días. Esa misma tarde llegó mi jefe y me escondí detrás de la puerta:

—¿Y Román?

—No, tío, no ha venido para nada.

No le creyó; se pasó y me dijo:

—El padre de esta niña ya fue a la casa y nos quiso balacear. Ve y entrégala.

—No, es que me quiero quedar con ella.

—Pues habla con el señor. Sacó la pistola y espantó a tu madre y a tus hermanos.

—No, mejor tú; líbrame de la bronca.

—Sáltele usted.

Nos llevó a la casa, y ahí estaba el papá. Ya me había levantado un acta.

—Es que no hicimos nada. Sólo se quedó conmigo.

—No, así ya no te acepto —le dijo a su hija—. No te quiero ver en la casa.

Ahí estaba mi tía Sofía, que se las doraba de licenciada. No lo era, pero trabajaba en la procu:

—Usted no puede venir a amenazarnos con la pistola. Y le voy a voltear la demanda. Se ve que su hija no es nada santita desde el momento que anda con mi sobrino.

El señor estaba aferrado en dejamos a su hija. Mi papá le dijo:

—No, señor, aquí no la queremos. ¿Qué va a ser de la niña si usted la abandona? Se puede prostituir.

Mi novia se la pasaba llorando, viendo todo. Yo esperaba que les dijera a todos que me quería.

—¿Y con esta familia quieres emparentar? Escucha cómo hablan sus padres y su tía, ¿cómo será el joven?

Mi tía Sofía continuaba defendiéndome:

—La muchacha es de la mismísima calaña. Tal vez peor. Aquí no va a venir a gritarnos. ¿Tiene permiso para portar armas? ¡Cuando le baje a su tono puede venir y platicamos! Mientras, no.

Primero le hablaba bajito y luego le levantaba la voz. Era admirable y muy guapa; vestía elegantísimo. Total, llegó el momento en que el señor dijo:

—Bueno, vamos hacer una cosa. Voy a llevar a mi hija a que se le haga un examen y si no ha sido tocada, me la llevo; pero si ya la echaron a perder, que su hijo pague su responsabilidad.

Al otro día, llevamos a Celina al hospital Durango. Los doctores certificaron que no le había pasado nada; aun así, el señor la estuvo regañando. A los pocos días unos agentes fueron por mí:

—Estás acusado de rapto, estupro, violación y lo que resulte. Te tenemos que presentar ante el MP.

Yo no quería ir, pero mi mamá me entregó a la justicia y ella llegó como a las dos horas. Los tiras me quitaron las agujetas, el cinturón y me metieron a los separos. Era la primera vez que pisaba una delegación. Estaba espantado.

En mi declaración señalé que ya se le había hecho una prueba de la virginidad.

—Yo no tengo a la chamaca, ¿cuál rapto? Estupro y violación, ¿pues cuál?, si ahí está el examen.

Las autoridades alegaron que mientras el papá no retirara la demanda no me podían soltar, que se seguía por oficio y de todas maneras me llevarían al reformatorio. Sentí pasos en la azotea. Le hablaban por teléfono al señor y éste no se presentaba. Me dolía la acción de su familia. Y a la vez me decía: «¿Por qué Celina no habló en el momento? No me quiere. Si me quisiera, lo hubiera dicho.» Pero me ilusionaba que al salir, íbamos a hablar y la pediría en matrimonio. También me parecía absurdo que su papá armara tanto irigote. «Por una madrecita hasta dónde vine a dar. Si supieran las ondas que cargo.» Al tercer día ya estaban preparando los papeles para trasladarme al reclusorio; al licenciado que estaba tomando los datos le caí bien, se reía del asunto:

—Tú no tienes culpa, mano; deja que venga el papá y te vas. No te espantes.

Mi mamá fue personalmente a su casa.

—No me voy a presentar. Arréglenselas como puedan.

Hasta la noche del tercer día se presentaron Celina y su mamá. La chamaca no quería perjudicarme. El licenciado me soltó a las tres de la madrugada. Al otro día, hablé por teléfono con Celina.

—Oyes, Román, es que mi papá ya no quiere que ande contigo. Me prohibió verte.

—Así son los papás; no les hagas caso. Yo te quiero mucho. Te amo —le dije las frases más acarameladas que me sabía. Creí convencerla porque me dio una cita:

—Nos vemos en el cine Ermita a las seis.

Llegó con el disco de Rocío Durcal y Juan Gabriel, y me lo regaló. Fue la última vez que la vi. ¡Cómo chillaba cuando lo oía! ¡Cuánto tiempo la extrañé!

\*

Ya nada ni nadie podía detener mi carrera de rompecorazones. Después de los 18 años empecé a llevar novias formales a mi casa. Antes de abrir la puerta les advertía:

—Cierra los ojos. Pásale. Oigas lo que oigas, no voltees.

Y es que bajo la duela había ratones. No era extraño que se corretearan frente a mi plato. En las camas había chinches. Teníamos perros. Una iguana.

Un loro. Por las noches oía los chiflidos de la iguana, los chillidos de los ratones, los ladridos de los perros, las groserías del loro... Ganas locas de salir corriendo.

Mi mamá era una soberana fodonga. Prefería andar comadreando todo el día que enfrentar el batallón de cucarachas que se había posesionado de la cocina. Algunas morían achicharradas en las hornillas de la estufa. Les gustaba dejar sus huevecillos en las boquillas de los vasos. En las paredes cochambrudas se quedaban pegadas como en cera de Campeche. Matando ratones y cucarachas nos la pasábamos. El lavadero y el suelo estaban llenos de trastes mugrosos.

Desde muy niño me avergoncé de mi mamá. Las jefas de mis compañeros de la primaria iban a recogerlos bien bonitas. La mía, en cambio, era una güera greñuda y fachosa: chorcitos y pies chorreados en chancletas. Yo quería una mamá perfumada, de pelo pintado y corto.

Yo nunca quise cargar con lo doméstico; eso era responsabilidad de mis dos hermanas y de la jefa:

—¡Pinche tercia de güevonas, de las tres no hago una! La mujer es la gata, yo soy hombre. ¿Cómo voy a agarrar la escoba?

Cuando llegaba mi papá, la regañaba, pero ella se justificaba:

—Es que tus hijos no me ayudan; yo sola no puedo. Déjame con mi tiradero y vete a cabaretear; no te soporto aquí.

A mi papá le gustaba andar solo; se iba a Salvatierra y allá se las cotorreaba. Regresaba, hacía otra lana y se iba. A nosotros nos compraba, una vez al año, zapatos, dos pantalones, dos camisas, un suéter y cualquier chamarra. La desventaja del oficio de mi papá es que había temporadas en las que no tenía chamba Trabajó dos sexenios en Presidencia, pero no le gustó dejarse mandar por los grandes jefazos; se lo llevaban a su casa a trabajar y no le pagaban ni una torta. Se salió porque no iba a estar regalando su chamba. Quién sabe qué le haría a su dinero; me cai, no chupaba, no se le conoció vieja alguna.

En el mismo edificio vivía mi abuelita. En el asunto de la limpieza ella no se metía; su casa siempre estaba reluciente. En cuestión de cómo nos pegaba mi mamá, ahí sí. Muchas veces mi abuelita nos bajó a su departamento para que su hija nos dejara de golpear. Hasta la noche nos subía. Como la vez que mi madre me quemó los pies. Luis Alberto y yo estábamos brincando de la cama al ropero y del ropero a la cama. Las ventanas estaban pegadas a la cama; el impulso de los resortes aventó a mi hermano mayor contra los cristales y los rompió. Mi jefa entró en ese momento y lo pescó de un pie.

Llena de coraje y de susto, a los dos nos dio una chinga con el cable de la luz y ni así se calmó:

—Ahorita van a ver —en lo que calentaba una cuchara.

No entendía por qué la quemaba. Cuando estuvo al rojo vivo se nos acercó:

—¡Y esto es para que aprendan y no vuelvan a brincar en la cama!

Nos quitó los zapatos y nos puso la cuchara en la planta de los pies. Nos ardía como el demonio. Estuvimos llore y llore hasta que llegó mi papá y la acusamos.

—¡Así no se trata a un niño! —y le arrimó unas cachetadas.

Me sentí contento. «Para que esa vieja ya no me vuelva a tocar. Todo lo que me haga se lo voy a decir.» Tendría como siete años.

El día que nos quemó las manos también arrasó parejo. Frente a nuestro departamento vivía una chamaquita que se llamaba Cuquita. Nos gustaba desnudarla debajo de la cama y repegarnos a ella. Su mamá le dio varias veces la queja a mi mamá. Ella, sin falta, agarraba su cable, de cobre forrado, lo hacía trenza y nos zumbaba. Tantas jodas nos dio por ese motivo que mi hermano Luis Alberto empezó a agarrarle tirria a la niña. Su odio se fue haciendo tan fuerte que decidió prender una estopa en el tanque de gas de Cuquita: quería volar su casa con todo y ella. Una vecina fue de chismosa, pero antes apagó la estopa. Yo estaba atacado de la risa porque vi toda la jugada. Estábamos los dos en la recámara cuando entró mi mamá:

—¿Por qué lo hiciste, Luis Alberto?

—Es que la odio. Quiero que vuele con toda su familia. ¡Ya no la soporto, por su culpa siempre nos pegas!

—¡Pues ahorita te voy a quitar las ganas de andar prendiendo fuego!

Encendió las dos hornillas. Fui de baboso para ver cómo le quemaba las manos. «Híjole, ora sí lo está ajusticiando.»

—¡Y tú también, para que de una vez aprendas a no hacer lo mismo!

Ni qué decir cómo me fue cuando se me salió callarla con un «pinche vieja».

—Ay, desgraciado escuincle, ahorita vas a ver.

Calentó una cuchara y me la pegó en los labios: se me ampularon.

Tampoco quiero dárme las de santo. Mis travesuras eran satánicas: recolectaba puños de lombrices en la iglesia y se las daba de limosna a las viejitas. O las aventaba en la rosticería para ver cómo se iban chamuscando encima de los pollos.

\*

Los tiempos buenos fueron antes de entrar a la primaria. Al padre amoroso lo guardo en mi mente de los cinco años hacia atrás. Somos tres hermanos varones: Luis Alberto, Israel y yo. Nos llevábamos por un año. Jugábamos bien bonito con mi papá: taconcito, balero, trompo... Nos compraba soldaditos. Después de las seis de la tarde esperábamos con gusto su llegada. Si venía más noche, nos mandaban a dormir y no queríamos. Siempre traía algo para nosotros. Mi mamá le hacía sus tortas y, cuando le sobraban, yo me las comía. Sabían a thíner, pero me gustaban: me llenaba de gusto comer lo mismo que él. Por las noches mi papá nos cantaba una canción de Cri Crí; pero primero venía una historia, por ejemplo, la de «El marinero viejo, de pelo cano como la espuma blanca del mar.» Fumaba pipa. Peleaba contra el dragón de las 600 cabezas y siempre lo vencía. También nos contaba la historia de Blas Cara Sucia y su mamá que lo mandaba a lavarse y él no quería. Las aventuras de este personaje siempre eran diferentes. Además, nos hacía magia: aparecía plátanos en las fundas de las almohadas... Hasta su ronquido me gustaba. Mientras dormía le contaba las barbitas, le sobaba los pies... Lo amaba. Era lo máximo.

En ese entonces, la casa estaba bonita. Hay fotografías. Una sala, lámparas por todos lados, alfombras... A los 15 años, mi mamá se embarazó de Luis Alberto. Mi papá tenía 27 años. Mi abuela lo metió a Lecumberri por seducción de menores. Después se casaron; quedó encerrada en su nueva casa cuando ella debió vivir su juventud. Mi abuelo le pegaba porque andaba con mi papá. Ella estudió una carrera comercial. Desde chamaco mi papá es huérfano de padre y madre. Se crió en la calle, sin una guía, en lo más bajo de Escandón. A los 4 años ya era maestro barnizador. ¿Qué le atrajo a mi mamá? Tal vez lo lengua; así como yo, bien verbo. Le bajó el cielo y las estrellas.

El padre maravilloso se acabó el día que, de tanto inhalar thíner contra su voluntad se le alteraron los nervios. Estábamos sentados a la mesa para comer. Mi mamá le sirvió primero a él, luego a mí, a Luis Alberto, a Israel y, al último, ella. Mi papá se nos quedó viendo con desconfianza.

—Prueba el plato, tú primero.

Mi mamá lo obedeció. Luego me dijo a mí; a Luis Alberto y a Israel les pidió lo mismo. Después se sentó a comer. Cualquier cosa que le diera mi mamá lo teníamos que probar primero. Se asomaba debajo de la mesa buscando algo. Así estuvo unos días. Nada más lo observaba. Una noche no podía dormir y fui a buscarlo para que me contara un cuento. Me levanté de la cama; serían como las nueve, diez de la noche. La luz de la recámara de mis padres estaba prendida. Se me hizo fácil entrar. Me metí y le sonreí a mi papá.

El semblante de mi mamá estaba lleno de temor. Tenía a mi papá agarrado de la cabeza, la acariciaba. Él tenía un Cristo grandote en la mano. Lo miraba. Cuando me vio, frunció el ceño. No era normal esa mirada. Abrió los ojos; los volvió a fruncir. Vio a su Cristo y le dijo con una voz cambiada:

—Acaba con todos los malvados.

Empecé a retroceder hacia la pared. Espantado por esa voz que no era de él. Me solté a llorar:

—Papá, papito, ¿qué te pasa?

Estaba exorcizado, la neta. Todavía no veía la película de *El exorcista*, pero cuando la vi me llegó ese recuerdo. Mi papá ya no dijo más.

—No te asustes, hijo —dijo mi mamá—; tu papá está malito. Vamos, acuéstate a dormir.

Al paso de los días, su carácter cambió totalmente. Si estábamos durmiendo, iba y nos despertaba. Se chingaba a Luis Alberto:

—¿Qué le estabas haciendo a tus hermanos? Yo te vi, te los querías coger.

«Papá no habla así. No dice esas cosas.»

Y pas pas, lo cacheteaba.

—No, no, papá.

—¡Cómo no! A ver, Román, levántate, voltéate. Enséñame los calzones; no, tú no. Tú, Israel, quiero ver; te vas a acostar en la otra cama. Luis Alberto, no te quiero con ellos.

Otras veces prendía la televisión, sin ningún canal. Sólo el zumbido; sin imagen. Y nos llamaba.

—Luis Alberto, ¿qué ves ahí?, hasta el fondo. Fíjate, clávate.

Profundízate. ¿Qué hay?

—Nada.

Pas pas, se lo madreaba.

—A ver, Israel, ¿qué ves?

—Nada, papá.

—Quítate. Román, ven. ¿Qué ves?

—Pues veo gente hasta allá atrás —hacía como que estaba bien concentrado—. Puntos negros, sombras, espíritus...

—¿Qué más? Dime, eso es.

Y le inventaba cosas:

—Hay un niño llorando.

Y mi papá se levantaba a apagar la tele.

—¿Sabes qué te hace falta, hijo? Estás mal de tu vista, pero yo te voy a ayudar a recuperarla.

Agarraba y me metía algodones en la nariz, en la boca. Yo jalaba el aire por abajo. Quedaba todo algodonado.

—Papá, no puedo respirar.

—Sí puedes. Te lo ordeno.

Mis esfuerzos por respirar eran enormes. Luego me ponía algodones mojados en los ojos.

—¿Ya ves bien, hijo? ¿Verdad que ya te curé la vista?

—Sí, ya veo mejor. Gracias, papá.

Mi mamá me decía que no le siguiera el juego porque se iba a enfermar más. Yo no quería aceptarlo ni cuando internaron a mi papá en el psiquiátrico, en el Fray Bernardino.

A la casa de mi abuelita nos llevaron a vivir a mis hermanos y a mí.

Una semana después llegó mi tío y dijo:

—Amanda, las luces de tu casa están prendidas. ¿Así las dejaste?

Como mi mamá siempre apagaba la luz antes de salir, mis abuelos y ella se espantaron; creyeron que podía ser un ratero. Mi abuelo abrió un cajón y sacó la pistola, cortó cartucho y subió al departamento. Cuando regresaron, escuché:

—Es Alberto. Se escapó del hospital.

Regresó situado en la realidad.

Pasó el tiempo. Yo tenía trece catorce años cuando volvió a entrar en shock. Abrió la puerta y se puso a contar el paso de los espíritus:

—Pásenle. Pásale tú, tú... Bueno, ya. Ya son un chingo. Ya no caben.

Y cerraba la puerta. Se apaciguaba si escuchaba música de cualquier tipo. Se ponía a bailar. Pero sus caras no eran de él. Mi papá era aficionado a leer una revista que se llamaba *La Bestia Roja* y mi papá adoptaba la personalidad de Rivera, un fulano de cara quemada, de la CIA, que mataba a todos los malos de la película. Mi papá se sentía La Bestia. Nadie de la familia quería jalar con él cuando se quería salir a la calle; yo sí. Me nacía cuidarlo y defenderlo.

Mi papá tenía su charola del Estado Mayor Presidencial. La charola de La Bestia tenía filos dorados, y la credencial de mi papá también. En una ocasión agarró esa identificación y le pregunté que adónde iba.

—A la ciudad. Voy a ver a dos tres maleantes.

—Te acompaño.

Cuando el presidente de la república hace sus recorridos por las calles de la ciudad, mandan por delante a sus achichincles para cuidar que no vaya a haber un atentado. Visten de civiles, con sus insignias del Estado Mayor.

Entonces, ese día, mi papá se acercó a uno de la ruta presidencial; lo miró de frente y le habló en un idioma que solamente él sabía, parecido a una lengua indígena. El señor se le quedó viendo como diciendo pinche loco desatado:

—Hágase a un lado, jefe, 'estorba.

El guardia se empezó a desesperar; traía su credencial colgando en el pecho y mi papá agarró el gafete y se lo apachurró. Los otros guardias ya lo querían agandallar y yo me espanté. Pensaban que era un atentado.

—Espérense, es mi papá. Está enfermo de sus facultades mentales. Seguido aparece como extraviado en el canal 5. Discúlpenlo.

Y mi papá, aferrado:

—Este güey es mafioso.

—Ya, Bestia, no vale la pena arrugarse el traje. Vámonos.

Mientras que trataba de calmarlo, le cerraba el ojo a los guardias. Lo vieron rematadamente loco y no pasó a mayores.

Otro de sus alucines era Blaqui, una perra. La tuvimos que regalar porque el color negro lo sacaba de onda; según él, la perra era la representación del mal. Y cada día era peor. Hablaba con puras leperadas. Y volvía a lo mismo: prendía la tele y:

—¿Qué ves...? Te voy a curar...

A mi mamá, de puta no la bajaba. A Luis Alberto lo traía en la mira. Llegó el momento en que nos desesperamos y mis hermanos y yo decidimos volver a internarlo. Mi mamá se opuso:

—No, que se quede aquí; allá lo van a poner más loco.

—No, mamá, *él* va a terminar enloqueciéndonos.

Tomada la decisión, llegaron los musculosos enfermeros del psiquiátrico. Yo trataba de animarlo:

—Ándale, jefe, te vas alivianar.

Mi papá les empezó a hacer sus muecas:

—¿Quién me va a llevar? ¿Tú o tú? ¿Cuál de los dos? A ver, cámara.

«Ahorita estos mastodontes le van a dar karate y se lo van a llevar.»

—No, sabe qué, seño, cuando se tranquilice nos habla.

Dejé de llevar a mis noviecitas a la casa; me daba pena que vieran a mi papá en ese estado. Solo se recuperó. Los médicos decían que tenía lesiones cerebrales, a causa de golpes. De chavo fue muy peleonero. A eso se agregaba el daño de trabajar con el thíner desde los doce, trece años; era parte de su oficio. Los doctores le recetaban muchas pastillas depresivas para mantenerlo abajo, porque estaba muy alterado.

Se volvió a enfermar por tercera vez. Y regresamos a las mismas: abrir ventanas, prender la televisión, la selección de espíritus... En esa ocasión abrió la ventana y vio pasar al Diablo. Se enfrascó en una lucha verbal con el maligno:

—Sáltale, hijo de la tiznada. Contigo quería pelearme.

Abrió la puerta y metió a un ejército de espíritus, sus valedores. Después de tantas majaderías, hablaba en lenguas. Le dio en la madre al Diablo y lo sacó por la ventana.

Ya estaba de novio con Sabina, la que ahora es mi esposa, y sentía grave el quemón. En esa recaída vino el Israel a visitarnos. Él y yo llegamos a un acuerdo:

—Al psiquiátrico. Lo apañamos, llamamos a mi tío Paco y a su amigo Tito, que trabaja en el Seguro y maneja ambulancias.

Cuando mi papá vio a mi tío, empezó con sus irigotes. Y los dos haciéndose caras y gestos; mi tío se burlaba:

—Te haces pendejo, carnal; tú no estás loco. Nada más te estás haciendo maje.

Mi papá había leído muchos libros de esoterismo y La Biblia; juntó todo ese conocimiento y adquirió poderes extrasensoriales que ni Uri Geller. Sabía hacer suertes con Gamuza, una perra blanca; se ponía frente a ella con la pelota entre los dientes y me decía:

—Fíjate, fíjate.

Hacía unos iris bien pancheros de concentración. Y la pelota se le salía de su boca, flotando, y la perra, temblando, la atrapaba. También se ponía una moneda sobre la lengua y la moneda emprendía un vuelo ondulado, como que se caía y no. Nos dejaba chatos. Creo que se le tronó el garbanzo porque no estaba preparado para recibir tanto conocimiento.

Pero iba en que no sabíamos cómo llevarlo al Fray Bernardino. Entonces se le ocurrió una idea a mi hermano:

—Pon un disco, el que sea, y ponte a bailar con él. Cuando esté en el dancing nos le echamos encima y lo amarramos. También háblale a Tito y dile que nos espere abajo, con la ambulancia.

Estábamos bailando alrededor de la mesa porque él se dio cuenta de que lo queríamos agarrar y se nos escabullía. Se reía porque pensaba que era juego. De tanto dar vueltas en el comedor llegamos a la sala. Él tenía un espejo en la mano; se veía sus caras, volteaba a vernos y seguía bailando. En una de éstas, Israel se le aventó con todo el cuerpo: los dos cayeron al sillón. Al caer, mi papá se pegó en la frente y empezó a golpear salvajemente la

cabeza de Israel. Yo brinqué encima de los dos y agarré a mi papá de las manos:

—No le pegues, ya estuvo.

Nuestro peso tronó el espejo; mi jefe lo estrujó y se cortó las manos. Cuando vi su sangre me solté llorando:

—No, papito, suelta esa madre.

Y le apretaba la muñeca y metía los dedos entre los suyos para que aflojara, pero él apretaba más los vidrios. Mi mamá me dio un trapo mojado con alcohol y se me ocurrió cubrirle la mano para que dejara de mirarse en los añicos de espejo ensangrentado. Tenía miedo de que se los encajara a Israel. Poco a poco entró a la realidad y también se puso a llorar, y más me partió el alma. Me estaba ganando el deseo de soltarlo porque él suplicaba:

—No me lles al hospital. No me amarres. No quiero ir. Ya estoy bien.

Israel también se soltó a llorar.

—Ya suéltalo —dijo.

—No, ni madres, ahora nos lo llevamos. Amarrado y cargándolo lo bajamos a la ambulancia.

Y dicho y hecho. Mi tío, mi mamá y nosotros lo fuimos a dejar. Todos llorábamos. Llegamos y les dijimos a los doctores:

—Es la segunda vez que lo traemos; la primera se les escapó. Mi papá es un cerebro y les va a ganar.

—Lo tomaremos en consideración. Ayúdenos a subirlo al cuarto piso.

Nos subimos al elevador y se abrió la puerta que daba al pabellón. Me dolió ver cómo iba entrando: guango, todo caído. Se le aproximó un loco, ése sí estaba todo pendejo, todo baboso; mi papá lo reconoció y lo abrazó: los dos se fueron caminando. Se cerró la puerta y de nueva cuenta a llorar. «¿Si ya no sale, si se queda loco?»

Una semana después, nos estábamos preparando para irlo a ver. Ya teníamos sus dulces y lo que le íbamos a llevar cuando tocaron a la puerta: era mi papá, con una pelota grandotota.

—Otra vez te escapaste, ¡vale madre!

Y el Israel:

—Te voy regresar al loquero ahorita mismo. Ni te hagas ilusiones.

A mi papá se le entristeció la cara:

—No, hijo, ya estoy bien.

Y mi mamá:

—Ya no lo amenes, déjalo. Y ahora, ¿cómo escapaste?

—Pues como es domingo, nos sacaron a jugar al jardín. Pedí una pelota y botando, botando, me salí. A un compa le dije: «Te doy cinco dulces si me traes ese suéter.» Me lo puse y, como si fuera visita, me salí.

Desde entonces tengo miedo de trabajar en lugares cerrados con mi papá. Por momentos el thiner flota, ahumea el aire, como si fuera cigarro y provoca tos y arden los ojos, la garganta. Veo cómo entra en el alucín; se ríe, canta solo. «Va a espantar al cliente.» Pienso que se me va a quedar en el viaje. A cada rato lo tengo que estar checando, y eso hace que le huya a las chambas que me ofrece; pero si me niego, me quedo con la duda: «Se va a poner chido y vaya a perderse si agarra otra calle.» Cuando veo que se le empieza a patinar, le digo:

—A ver, presta para ponernos chicles los dos. Para entendernos. Ya andas bien pascual.

Por ese lado, no me gusta trabajar con él; pero por el otro, voy aprendiendo más terminados que para mí son muy difíciles. A veces tengo que apechugar cuando lo desespero porque no trabajo tan efectivo como él. Los dos tenemos la mecha corta, nos prendemos y le reclamo:

—Bueno, qué, siempre quieres estar gritándome. Yo hacía esos iris cuando estaba en la cárcel... Vieras a cuántos me traía meneados.

Entonces le baja de volumen y ya no me contesta.

Los doctores le recomendaron dejar de trabajar, pero él se desespera por no tener feria. Luis Alberto lleva todos los gastos de su familia y, además, paga la renta del departamento de mis papás y la de su taller. Él trabaja los juegos de computadora; les mete otra memoria y les cambia el juego y los trucos. Cada que mi papá agarra una chamba, mi hermano le dice:

—¿Para qué trabaja? Me van a salir más caras las medicinas que lo que va a cobrar.

Mi papá dice que si se le antoja un pan, cómo va ir a pedirle a su hijo. Es muy meneado; sólo algunos días se la pasa sin trabajar. Él impone mucho en la casa; grita tantito y todos se aplacan. Maneja la vida de mis hermanos, hasta los casados. Conmigo nunca ha podido. Trato de comprenderlo porque ya está grande; a esa a edad son bien achacosos. Tiene 58 años. Está acabado.

\*

Ya me había dado de baja en granaderos cuando conocí a Sabina. Por esa época me empezó a llamar la atención la música. El Cali y yo admirábamos a mi tío David, que era un fregón de la guitarra y tenía un grupo de rock, The Black Beer. Tocaba a toda eme. Los iba a ver a la cafetería donde trabajaba.

«Tengo que aprender a tocar la lira.» El Cali empezó a hacer sus pininos; ya no era mariguano ni chavo banda. Sentía cierto rechazo por él porque ya no era de mi onda. Estaba en la estudiantina de la iglesia, se juntaba con chavas bien bonitas. Iba a la iglesia a criticarlas: «Esa changa fresca está bien buena.»

—Hola, Calito, enséñame a tocar la guitarra.

Yo sentía pena de mí mismo. Me regresaba el complejo de feo. Vestía las fachas de la onda rockera. Traía mis chamarras del Tri Souls in My Mind. Lentejuela, estoperoles, pulseras tejidas, un arete, mis greñas y una cadenota que me colgaba en el cuello: parecía vaca... Mi peinado a la punk: los pelos parados y mi flequito. Empecé a entubar mis pantalones. Mi papá me recriminaba:

—Pinche charro discontinuado. Ya no te voy a comprar ropa.

Me sentía libre, chingonérrimo con mi toque de mota, mi papel de cocaína y mis chochos. Al pecho traía cruzada mi carrillera de mota. Antes de entrar a la iglesia para escuchar los ensayos de la estudiantina me aventaba unas pastas.

Empecé a tocar guitarra y logré entrar a la estudiantina. Cambié mi forma de vestir porque me daba pena que las chavas me rehuyeran. Poco después entró una güerita. Las rubias me encantaban, pero más las morenazas. Muy güerotitas o muy morenotas; términos medios: cero. Los extremos eran mi gusto. Es más, mi sueño era casarme con una negra, con una mulataza, pero se me atravesó la güera. La vi delgadita: buena lechería, buena panadería: «Yo me la amarro.» Pero no me animaba a cantarle porque me sentía grotesco. Entonces le dije al Cali:

—Méteme el hombro con esa flor.

—Sí, compadre, yo te meto lo que quieras.

En una ocasión, saliendo de un ensayo la seguí y se me perdió de vista porque me distrajo un amigo que traía coche; me subí:

—Presta la ranfla, yo manejo.

Sobre Revolución la vi y le dije a mi cuate:

—Bájate, luego te llevo tu carro. Aguante vara; no le va pasar nada a tu cafetera.

—Ey, güerita, pst, pst.

Iba acompañada.

—Quita a ese fulano; te voy a dejar a tu casa.

Y el cuate se me quedó viendo como queriendo conspirar.

—No, gracias.

—No sabes lo que te pierdes.

Y me fui. Al otro día llegué con toda la intención de amarrármela. De las dos primeras canciones que me aprendí, una era de Leonardo Fabio, la de «Fue en un café».

—Te voy a cantar dos de las más gachas que me sé.

Sentí que se embebecía: «Ah, ya la impacté, ya es mía. Ya se armó.»

Me sentía un artistazo y ella ponía cara de enamorada —chance se acordaba del otro.

—Oye, una cosa, quién es el fulano que llevabas, ¿es tu novio?

—Sí.

—La verdad: no te merece. Perdona la palabra, pero eres un bizcocho para él. Te mereces algo mejor, no ese negro, chaparro, prieto, feo: parece tachuela. Lo aplastas.

—La verdad no lo quiero, pero él me sigue mucho; yo ya lo quiero terminar.

—¿De veras ya no lo quieres?

«Ésta es mi oportunidad. Se lo voy a correr.»

—Es que ya no quiero andar con él, me molesta bastante. Ya lo quiero tronar; por eso me metí en la estudiantina: quiero cambiar de vida. He sido un relajo.

—Entonces ese chavo te interrumpe; yo te lo boto.

Pasaron como quince días y ya no me aguantaba:

—Cali, méteme el hombro.

—Ahí va, compadre, ya le hablo de ti. Ya me dijo que la traes movida, que al rato se hace.

Pero nunca se hacía nada. Al ver que el Cali no accionaba ni me la echaba a picar, un día, desde muy de mañana anduve: «Hoy le voy a llegar a esa vieja. Hoy.» A las tres de la tarde me metí a la Colonial y me aventé unos alcoholazos:

—A ver, mesero, llégale pa'ca que voy hacer un negocio bien chido. ¡Sírvenme!

Me aventé unos alcoholazos y un tequila para no fruncirme. Con un tequila los hombres hablamos hasta por las orejas, pero a mí me hacía falta algo más: dos chochos. Me daban más valor; como si fueran cacahuates van pa'dentro; eran unas Reynolds de 2mg. En el mundo del hampa las llaman reinas. Me sentí más chido. Pero me seguía haciendo falta otra cosa: un toque de mota: «Con eso no le tengo miedo a nadie.» Fui y ponché en Mártires de la Conquista; ahí hay un callejón bien bueno, donde me hice mi *Lucio Cabañas*; así les decía a los cigarros grandes. A otros los llamaba, según su tamaño,

misiles, granadas, bombas... Me lo fumé. «Ya con esto la hice gacha.» Dieron las siete: hora del ensayo. Llego y la veo de espaldas. «Qué chido, todo eso me voy a comer. Así, de perfil se le ve todo bien emparejadito: qué rayón me voy a dar. ¿Cómo le voy a llegar?» Sin tanto comercial, que le tapo los ojos:

—¿Quién es?

Yo le apretaba más.

—¿Hortensia, Karina?

Que le suelto los ojos, la volteo y mua, que le prendo un besote de película. «Me va a dar un cachetadón.» Se me quedó viendo y yo también, «¿ora qué le digo?»

—¿Quieres ser mi novia? Me gustas un resto. ¿Sí o no?, rápido.

—Déjame pensarlo, ¿no?

—De una vez o mándame a la goma.

Vi que aflojó más y la agarré suavemente de la cintura y le di el otro beso con cariño. Ya cuando vi que sonrió, «éjele, mis besos sí hacen efecto. Pues el que sigue, sin parar: no hay altos». Le di como tres besitos muy rápido, pero apasionados: profesionales.

—Te voy a dejar a tu casa. Ya eres mi novia. Pero antes deja decirles a todos los de la estudiantina:

—¡Cali, ya es mi vieja! Aguados, el que conspire no se la acaba conmigo.

En el ensayo, estuvimos aventándonos miradas de enamorados. El corazón no era el mismo, estaba emocionado: sentía rico. Ya para eso estaba bien entablado; bien drogado, pues.

—Te voy a dejar a tu casa, chiquitita.

«Ya la hice. Al rato, cualquier día, me la poncho.»

Ya me sentía aquél, el Super Can de ella.

\*

Con Sabina hablaba y hablaba de lo que no tenía:

—Te rayaste conmigo, tengo coches a rajatabla. Y más dinero que Mac Pato. Muchas quisieran estar en tu lugar.

Pero la traía a pie, entonces, ¿cuáles carros? Un día vi un coche que me gustó. Lo abrí, lo eché andar y llegué a la estudiantina bien arregladito. Ya no usaba mi playera de los Rolling Stones, la de la lenguota. Traía un jersey, pantalón de mezclilla y mis Converse; ya no más los zapatos de kiss, de plataforma. Me arreglé a la línea porque ya era el novio de un tesorito. Llevé

mi guitarra, que parecía un cajón de bolear. Salimos de los ensayos y me dirigí a la portezuela derecha:

—Pásale, estás en tu casa.

Era un vocho. En granaderos me había enseñado a abrir carros. Cuando me empecé a meter en el robo de autos, averigüé cómo se hacía una demanda. Supe que sólo era posible levantar el acta si pasadas 48 horas no aparecía el vehículo. O sea, que podía pasear el carro dos, tres días.

A partir de ahí, cada noche la llevé a su casa o la invité a cenar en una ranfla diferente.

—Oyes, Román, ¿de dónde sacas tantos?

—Son de mi tío Roberto.

Siempre le decía que mi tío Roberto era el mero efectivo y que no le gustaba que anduviera en cafeteras. Me sentía un señor don billetes. Y lo era porque andaba de ladrón, fardeando, haciendo transas... Todos los días tenía plata para mis drogas y pasear a la novia. Desde el momento en que me subía al carro, le daba mi cartera.

—No me gusta cargar dinero; huele mal.

Tenía perfectamente controlado la rutina en caso de que nos llegara a parar una patrulla:

—Orílese a la orilla. Buenas noches, joven... Tarjeta de circulación.

Siempre verificaba que los carros la tuvieran y me grababa los apellidos del dueño.

—Su licencia de conducir.

—Aquí la tengo... ¡Ay, se me olvidó, mi jefe!

Cinco diez pesos, en el 86, solucionaban el problema.

Tanto salía a pasear con Sabina, que se me olvidó la urgencia de encamarla. Pero el Cali me pico la cresta:

—Qué, compa, ¿ya te la llevaste?

—Ya mero, hijo; eso es a la hora que yo quiera.

—Nel, esa güerita no te va a aflojar.

—¿Qué apuestas?

—Una peda.

—Va. El domingo saliendo de la estudiantina.

—Y yo, ¿cómo voy a saber? Necesito ver.

—Tú no ves nada. La vamos a hacer bien fácil: salimos de la estudiantina, el domingo te toca vender en el puesto de la Alameda, pues ahí te esperas. Yo me la llevo al hotel y cuando regresemos te le aproximamos y como no

queriendo le haces una caricia. Si trae el pelo húmedo y huele a jabón es que venimos de ponchar.

El domingo ya me las quemaba y el padre que no terminaba la misa. Para esto ya habíamos entrado al hotel unas diez veces, pero nunca accioné. Todo lo tenía bien tejido:

—Oh, no te va pasar nada. Lo que quiero es descansar; es que ya ando pedo.

No sabía que la droga me adormecía; la abrazaba y me quedaba dormido. Una sola vez intenté pasar la mano por ahí, pero me detuve porque frunció la boca.

—Perdóname, no me di cuenta. No lo vuelvo a hacer.

Ese domingo le invité un helado, una torta: «Todo eso va a salir bien pagado.»

—¿Sabes? Te quiero mucho —le dije.

—Yo te amo.

—Necesito saber que realmente me amas.

—¿Cómo?

—Mira, hemos ido a los hoteles; necesito que me lo demuestres ahí.

—Es que me da miedo.

—No pasa nada, ya sabes que todo me lo sé. Vamos y me duermo como siempre. Es más, ya ni quiero, ¿sí?

Ya estando ahí, unos besitos. Respiraciones agitadas. «Ya está en su punto. Aquí es Jalisco.»

—Ya me lo merezco. Me caso contigo.

Todas las promesas del mundo. «Yo te mantengo.» (Nunca le dije que en suspenso.)

—¿Pero no me va a doler?

Y ya tuvimos la relación, sin condón. Hice el descubrimiento del mundo: Sabina ya no era quinto. Me quedé callado. Luego luego me di cuenta que mi chava ya tenía carrera en ese cotorreo, pero inexperta: «¿Quién fue?» «Olvídate, métele, métele, después le preguntas.» Salimos del hotel. «¿Y la habrán lastimado? ¿Por qué no me dijo nada?» Tampoco le pregunté.

Llegamos con el Cali:

—Hola, Sabina, qué bonito está tu pelo.

Y la olió. Me volteó a ver y nos reímos. Ella se balconeó porque también se rió.

—Al rato nos vemos, mi cabrón; déjame irla a dejar. Luego hablamos.

Poco después me olvidé de ella y me concentré en la pedota que nos pusimos el Cali y yo en mi casa. Hasta el otro día volví a obsesionarme: «¿Fue su primo, su novio? ¿La habrán violado? Chance hasta su jefe se la echó.» Seguimos teniendo relaciones y seguí martirizándome.

La verdad es que me estaba encariñando y no quería tener un problema serio con ella. Por dentro vivía un infierno de celos, pero por fuera era el caballero Kawasaki. La sacaba a pasear a miles de partes: a balnearios, a La Marquesa, al cine. Le compraba regalitos. A mí la música disco no me gusta, pero de ley la llevaba cada sábado. Íbamos para una cuando se me paró el carro. Muy campante me bajé del coche y le di instrucciones:

—Baja los seguros. Si viene una patrulla o quien sea, no les abras. Tú les dices que se esperen, que ahorita viene tu esposo. Voy a hablarle por teléfono a mi tío Roberto para que le hable a la ANA y se lleven esta tartana. Que mande otro auto con alguno de sus chalanos.

En San Pedro de los Pinos vi un Mustang: vicentíe ventanas, puertas, algún baboso... Nada. «Vámonos.» Los echaba a andar en un minuto. Emparejé el carro y le pedí que se subiera:

—Espérate, ¿no que iba a venir la ANA?

—No, preferí descolgarme a la agencia de mi tío.

—Estos carros no son tuyos ni de tu tío Roberto. Tú robas carros, ¿verdad?

—¡No! ¿Cómo crees?

—No hay bronca. Dime la verdad.

Ya para esto, me había visto como docenas de coches. Nos fuimos a la disco y discutimos el tema de los carros, hasta que me hostigó:

—Ni tengo tío Roberto ni toda la feria del mundo, pero ya verás que soy bien trabajador.

—Qué bueno que me lo dices porque jamás me vuelvo a subir a un carro contigo, así sea de tu tío o de cualquier otro pariente.

Salimos y se subió al carro.

Después se la presenté a mis papás. Iba seguido a la casa y no le importaba el tiradero. Ya le había platicado mis aventuras como granadero. Ella estudiaba en una escuela de comercio; entraba a las cuatro, la dejaba y me regresaba a mis andadas. A las ocho pasaba por ella y generalmente nos íbamos a casa a tomarnos un cafecito. Mi mamá le empezó a platicar mis raterías y le aconsejó que se desafanara, porque no sabía en la bronca que se estaba metiendo.

—Ya cállate, mamá. No le creas, Sabina; la trae conmigo.

—Señora, pero si yo nunca lo he visto drogado.

—¿No? Se mete chochos, jarabes, coca, mota...

—Señora, nunca lo he oído. Se lo juro.

—Pues porque no le hace al thiner. Él es químico de corazón.

Pero mi farsa de muchacho sano se me cayó la vez que atracaron a un muchacho de la estudiantina:

—Román, me acaban de robar mi guitarra, una feria y la esclava.

—¿Quién? ¿Dónde? ¿Cómo es él?

—Ahí, por esa calle.

—Vente, Sabina, vamos.

Nada menos que mi amigo el Rolling, que en Gloria esté, lo había atracado.

—Qué onda, hijo. Este cuate es mi pariente. Retacha la copa.

—No, ¿cuál?

Y que lo descuento. Por tratar de verme la cara de maje y para lucirme con la novia. Del trompón que le di le tumbé los dos dientes del frente; cayó al suelo y los aventó como huesos de sandía.

—Ahora preste el reloj, la feria y lo que traiga: A ver qué se siente que lo roben a uno.

Mi novia estaba espantada. Me lastimé la mano. Muy agradecido, el de la estudiantina me invitó unas cervezas. Entre más se hinchaba mi mano, mi defendido seguía invitándome más y más cervezas. Sabina quería llevarme a la Clínica La Prensa:

—No, espérate, ahorita se me anestesia. ¡Pónchame un toque!

Cuando la capié, ya le estaba dando unos jalonzotes. Quise corregir:

—Toma, ¿para qué me das estas madres? Si sabes que yo no le hago.

Ella no se la tragó y ahí comprobó las advertencias de mi mamá. Después me empecé a hacer más cínico y dejé de esconderme.

A lo mejor ella no le dio mucha importancia a mi afición al vicio porque ella tenía un problema mayor que comunicarme. Una vez que la fui a recoger a la escuela y pasamos a mi casa se quedó dormida. A las doce de la noche mi mamá me preguntó.

—Qué, ¿a esa chamaca no la regañan en su casa?

—Sí, ahorita la llevo. ¡Sabina, ya vámonos! Gorda, agarra tus útiles.

Salimos. No llegábamos al Viaducto cuando me la suelta:

—Estoy embarazada. No quiero obligarte a que te cases conmigo, sino que me digas qué va a pasar. Háblame con la verdad.

—¿Y cómo sabes?

—Ya tengo dos meses de atraso.

—Uta, y qué piensas.

—Por eso te lo estoy diciendo.

—Mira, vamos por partes: yo soy un vago. No tengo oficio ni beneficio. Soy mariguano y un desgraciado ratero. ¿Me quieres así?

—Sí.

—Mira, ahorita no tengo a dónde meterte. Sólo la casa de mis papás, ¿quieres que nos regresemos?

Le dije que me esperara en el pasillo para hablar con mis papás.

—¿Qué pasó, Román? —preguntó mi mamá—. He notado que estás muy manchado de la cara, tienes paño. A mí se me hace que esa chamaca ya está panzona.

—Chale, le atinaste al clavo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Pues casarme.

—¿Y de qué la vas a mantener?

—Ahí está el problema.

—Despierta a tu papá y habla con él.

—Sabes qué, papá, Sabina está embarazada. Necesito que me apoyes unos meses. Yo me empiezo a mover y...

—¿Cuánto tiempo?

—Dos meses.

—A los dos meses, tengas o no tengas trabajo, te vas. Y los padres de ella, ¿qué?

—No, pues no saben, ahí después.

—Mañana mismo, a primera hora, usted va y da la cara.

—De maje voy. El papá ya me ha querido dar en la madre como diez veces; tiene un cuerpezote de Hércules. Levanta pesas.

—Ya le dije: no quiero el desmadre que me vino a hacer el papá de Celina; acuérdense que lo andaban entambando. Usted ya no es un chiquito. Ya tiene 20 años y debe pagar las consecuencias de sus acciones.

Al otro día, a las ocho de la mañana:

—Pero hay que ir con la panza llena. ¿Qué tal si me dan en la madre? De perdis, ya desayuné. Siquiera un cafecito para los nervios. Ora, un cigarrín. «¿Qué le voy a decir?»

Fui a su casa y no me acerqué a tocar el timbre.

Estuve parado afuera y cuando se abrió la puerta me escondí detrás de un coche: era su papá. «¡En la torre!» Se fue y no me vio. «Ya tengo buen paro:

no lo alcancé. No, pero se va a armar más grande la bronca. A su jefa le caigo bien.» Rin rin:

—Buenos días, señito, ¿está su esposo? ¿No? ¡Qué mala suerte!

—¿Dónde está Sabina? ¿Por qué no llegó? ¿Le pasó algo?

—No se espante. No le ha pasado nada. Le voy a decir la verdad: su hija está... ¿Por qué no me invita a pasar? Aquí en la calle no se lo puedo decir.

Estaban su hermano y su hermana la más grande: «Ya valió. Bola de metiches, ¿a qué horas se van a trabajar?»

—La realidad de las cosas... ¿Cómo le diré...? Mi nombre es Román y la he visto en la iglesia... Pues. Me quiero casar con su hija. Está embarazada.

—Ya me lo imaginaba. Pero Sabina me había platicado que se iba contigo a los hoteles y que no le hacías nada.

—No, pues sí. Pero ya después sí le hice.

—¿Que tienes carros?

—No, yo no tengo nada, son de un primo; a veces me los presta.

—¿Cómo ven, hijos?

—No, pues tienes que hablar con el viejo —me dijo el hermano.

Y la hermana le corrigió:

—A mi papá no lo tomes en cuenta. Ya es bastante que nos lo vengas a decir. Dile a tu papá que ya nos dijiste y que por la tarde hablamos más claramente con el nuestro. Dile a Sabina que se cuide, que se esté en tu casa.

En la tarde fui y hablé con el señor. Me correteó alrededor de la mesa.

—Espérese. Está usted en su casa y tiene el derecho de enojarse, pero vamos a platicar. Señora, dele un café. Aunque usted me pegue, su hija ya está esperando...

—Bueno, a ver: ¿en qué trabajas?

«Uta, ya empezamos.»

—Soy barnizador de muebles, ese es mi oficio.

—¿Y de qué vas a mantener a mi hija? Si tu empleo es temporal.

—Pues ya veremos.

—Y ¿qué dice mi hija? Necesito hablar con ella.

Al día siguiente se la llevé.

—¿Cuándo se van a casar? ¿Por lo civil? ¿Por la Iglesia? Mi hija no va a vivir en unión libre; de aquí sale bien casada.

—Pensamos que nada más por el civil.

—Mmm... Mi hija no tiene zapatos ni ropa para presentarse. Me imagino que tú tampoco. Son unos gastillos, ¿de dónde vas a sacar?

La solución la dio la familia de Sabina: nos ajuarearon de pies a cabeza; hasta las fotos de la boda nos pagaron. No se me ocurrió robar a lo loco. En realidad no quería casarme, sólo llevármela en unión libre. Sin embargo, no me escapé cuando pude hacerlo. Horas antes de casarme fui a ver al Cali y a otros valedores:

Vente, compadre —le dije al Cali—. Vamos a echarnos una copa; esto hay que festejarlo.

—Simón. Súbete al carro.

—Ah, chingá, la cantina es aquí, ¿adónde vamos?

—Te vamos a salvar, pendejo. Vámonos a Acapulco.

—No. Abran. Vamos a salir todos puteados, no jodan. ¡Me bajan o les hago un desmadre aquí arriba! Les rompo los vidrios.

—Nos lo vas a agradecer.

—No. Si no me bajan, se va a armar la tremolina.

—Ya. Bájalo. Ya verás el día de mañana, la arrepentidota que te vas a dar.

—Ahi nos vidrios. Los espero; el que quiera ir, que vaya y el que no, que chifle a su máuser.

Un cuate que trabajaba en la Bimbo me alivió con la mudaza; en la camioneta de la empresa nos trajimos a mi casa todas las pertenencias de Sabina; hasta su cama, por supuesto. Y me puse a chambear de secretario con un grupo que se llamaba Globo y Melón. Tocaba música de los años 40. También trabajé con Pepe Arévalo y Sus Mulatos. Mis funciones eran acomodar y conectar los aparatos, bocinas, bafles, luces directas, las que van en cámara lenta. También estaba en la cabina manejando las luces. Me encargaba de apuntar las fechas en que tocaban, contratar mudanzas, mesas, el material que se tenía que usar; mi lugar fijo era en el bar El Gran León. Ahí entraba a trabajar de las ocho de la noche a las cuatro de la mañana y me regresaba en taxi a mi casa. A las ocho A Eme ya estaba chambeando en una curtidora de pieles, donde hacían cinturones, bolsas, chamarras de piel. Salía a las dos de la tarde y descansaba hasta las seis. Trabajaba en las dos chambas en contra de mi voluntad. Nunca le bajé a la droga; al contrario, cada día, entre más dinero ganaba, más le metía; a la coca, sobre todo. A Pepe Arévalo no le gustaba verme mariguano ni chocho:

—Métete al baño y ponte hasta tu madre.

Y me aventaba los papeles de cocaína y no me los cobraba. La coca te sube; la mariguana te pone lento y las pastillas te apendejan todo. Pepe quería que anduviera para arriba, meneado. Con Globo y Melón era todo lo

contrario, ellos eran doble AA; cero drogas, puro Dios y amor. Ellos me aconsejaban:

—Ya cambia de trabajo, Pepe te está haciendo bien coco, mándalo al diablo; pégate al grupo. Mírate en un espejo, cada día estás peor.

Uno me decía que me aplacara y el otro, póngase chido. A ese antro iba un titipuchal de viejas y mi mente empezó a generar que podía vivir de lujo porque veía que todos padroteaban a su rorra: «Yo tengo que ser igual, ¡ah, chingá!, ¿por qué ellos sí y yo no?»

Pero llegó el triste momento en que tuve que poner mi casita. Mi padre me la hizo efectiva:

—Ya pasaron dos meses. Agarre a su vieja, sus cositas y se me va.

Me fui a vivir como dos meses a un hotel de avenida Jalisco; pagaba diario. Por ese tiempo me inicié como padrote. Anduve con unas canadienses: güeras bonitas, señoras agradables; perfumadas y conservadas. Y luego conocí a Lucero. Cuando la vi me gustó su cuerpo, sus ojos. Era una chaparrita bien dada. La saqué a bailar y comencé de manos largas.

—Espérate, vas muy rápido.

—No, presta, ¿te quieres dar un acostón? Bailas chido. Me gustas.

—Tú también. Espérame afuera. Allá tengo mi carro.

Estuve como una hora y jamás salió. Me metí y pregunté por ella. «Chin, se me salió por la otra puerta.» Pero ya me había dejado su teléfono y dirección. Al día siguiente, decidí dejar la chamba de los cinturones. Le hablé y le reclamé que me hubiera dejado plantado:

—Me puse malita, ¿qué te parece si nos vemos en la noche? En un café que está al lado del cine Insurgentes, el Gato Negro. Me esperas afuera, paso por ti a las ocho.

Al otro día me tomé tres jarabes. Si me tomaba un jarabe entero para la tos, empezaba a sudar en frío; se me enchinaba el cuerpo y me sentía pa' arriba; como un viaje de hongos. Yo sentía que tenía más rendimiento sexual tomando la codeína de los jarabes y metiéndole a la coca. Tres jarabes eran mi dosis... para una relación. Porque llegué a meterme hasta diez al día.

Las ocho... No llegaba... Las nueve... «Otra vez me la hizo, maldita sea.» Nueve y media. Me estaba orinando del frío. Me destapé el cuarto jarabe en plena vía pública. Un pericazo. Me metí al café y pedí permiso de entrar al baño. Como se necesita un espejito para estar picando, agarré el celofán de los cigarros y le eché dos piedras de coca y le tallé con una moneda. Saqué un popote, y como va, aspiré rápido. Salí prendido: «Ahora sí te espero otra hora.» No llegaba. El quinto jarabe. Diez para las diez. «No

llega. Ya me voy. Otros cinco minutos y me largo.» Piipii. Lucero sacó la mano por la ventanilla:

—Creí que ya no estabas.

Me sacó una historia bien irreal, de cosas inesperadas. Que ni le creí ni me importaba. Se pasó al asiento de la derecha y me dio las llaves del coche.

—Bueno, ¿y adónde vamos? —preguntó.

—Pues ya sabes —y se empezó a reír.

—Entonces para qué me preguntas. Vamos a donde tú quieras.

—¿Qué te parece si vamos a un café?

«¡Chale!, ¿tanta espera para ir a tomar un café?»

—¿A cuál? La verdad, casi no visito cafés.

—Yo conozco uno muy bueno: el café Amor.

—Está bien. Veme guiando porque no sé dónde queda.

Llegamos y se puso a platicarme toda su vida, que tenía tres hijos homosexuales, que era dueña de dos edificios, que era viuda y tenía cuatro tapicerías. Historias taaan largas que me dolió el estómago de tanto café: «Ya cállate, presta la colación. No quiero saber tus melodramas.» Llegó el momento en que estaba: «¿Eh? Mmm. Sí.» Alguien cantaba quién sabe qué. Tenía sueño. Decidí pedir la cuenta.

—Cuando salgas conmigo, yo pago todo. Que no se te olvide.

—Es que me da pena.

—¿Con quién vives, Román?

«La pregunta del año.»

—Con mis papás. Te invitaría a mi casa, pero son muy exigentes. Rígidos, yo diría. Si quieres, ya veme a dejar.

Se me quedó viendo muy insinuante. «Bueno, pues papas. Pero a qué hotel. Si la llevo al Lirio va a decir qué piojero es éste. Al Ermita van puros chundos. Si la llevo al Cartagena le tienen que dar su bomba de flit y su garrote para las ratas. Al Jalisco no, ahí está mi vieja. A cuál, si la ruca es de feria.»

—La mera verdad, no conozco de hoteles.

—¿Cómo? No me digas que nunca lo has hecho.

—Pues claro que sí. Pero las meto a la casa. Un hotel no te conozco.

—Yo tampoco, pero he visto uno muy bonito.

Me pareció de lujo. Una salota, un king size picudísimo. Aunque no pagué, me dolió el codo, pero valió la pena el taconazo. La ruca tendría sus 45 años, pero era hermosa. Llevaba unos hot pants padrísimos. Se abrió el cierre y enseñó sus pechos. Se soltó el pelo, rizado y rubio. De ojos verdes la señora.

Se desnudó. «Estoy soñando. ¿Eso me voy a comer?: toda la olla y no un taco. Ya te lo merecías, Romancito.»

Maravillosa señora y depravada como ella sola. Sentí experiencias que nomás había visto en novelas y películas porno, pero que nunca se me había ocurrido pedírselas a mis novias. Yo nada más me las echaba y ahí te ves. La única posición que conocía era subirme. Esa señora me empezó a besar todo el cuerpo y me empezó a hacer el sexo oral. Ay, ojón. La agarraba de su pelo: «Órale, chido. Te estás discutiendo, síguele. Yupi, yupi.»

—Y ahora, en la orillita de la cama —sugirió.

—Ah, chingá, ¿y cómo es eso?

Y me llevó a la orilla y se subió y empezó a menearse. ¡Ayja! Luego se volteó. Parecía trompo. A mí nunca se me había subido ninguna mujer. Todo eso era maravilloso: el rayón.

—Ora por atrás: chiquitéame.

—¿Qué es eso?

Me quedé parado. Cuando vi que se dobló supe lo que quería. Después era yo el que no la soltaba. Hasta de las orejas la tenía agarrada Me emocioné y ella empezó a gemir:

—Ah, ah, pégame.

«¿Quiere que la achicale?»

—Pégame.

Le di una nalgadita con cariño, con caché.

—Más duro, con las dos manos.

La agarré como matraca; ahora yo era el picado. La traía juida y uno que otro trancazo en el lomo, y otro por acá. Se excitaba con los putazos.

Me convertí en su padrote. Me traía bien guapo. Me compraba zapatitos. Me regalaba chamarras aglobadas. Me gustaba la vida de padrote. Seguí yendo a mi chamba; con ir cada tercer día la conservaba. Con la vieja sacaba el billete de tres cuatro días.

Cuando llevábamos como dos meses la encontré danzando con otro: «Que baile la méndiga, al fin yo soy el rayado. Que se deschongue.» Pedí una copa. Era la primera vez que tomaba con ella; ya me había invitado a chupar muchas veces, pero no aceptaba. Mi paro era que tomaba medicina; en realidad no quería cruzarme. Cuando terminó de bailar le dije:

—Vámonos. Te tengo una sorpresa muy suavena.

Para esto, ya tenía una semana que me había cambiado del hotel y ya había rentado departamento, de los piquitos que me salían por aquí y por allá. Mi chava y yo arreglamos chido el depa, pero me fui distanciando. Ella no

quería tener relaciones, y como que yo seguía resentido: «Se lo merece por falsa y traidora.» Si mi esposa quería darme un beso, le decía:

—Espérame, vengo sudando. Deja, me baño —para ahuyentar el perfume de Lucero. Me sentía sucio, pero maravillado y embebido.

La noche que planeé meter a la Lucero a mi casa, mi vieja se había ido. De esas veces que discutíamos y se iba con su mamá.

—Quédate aquí. Nada más déjame ver si no están los babosos de los vecinos. «No vaya a estar mi vieja. No, no está.»

—Eres casado, ¿verdad?

—No, la neta es que vivo con mi carnala.

—¿Por qué hay ropa de bebé? ¿Tienes niños?

—No, ¡qué te pasa! Nada de ello.

—Dime la verdad. Yo tengo a mis hijos.

—La verdad, sí soy casado; pero todavía no se viene a vivir para acá; andamos en que sí y luego que no. Pero no te traje para hablar de eso, sino para que vieras adónde me cambié. Aquí podemos vernos las veces que tú quieras. Tengo una botella, vamos a darle cran.

Y me tragué mi cóctel molotov. Ella no vio cuando me lo empiné porque fui al baño, donde tenía una mochilita en la que guardaba mi arsenal de drogas. Y platicando y chupando. Hasta me propuso que dejara a mi vieja y me fuera a vivir con ella. Que me ponía un departamento bonito en uno de sus edificios. Me traería de jefazo, pero que no soportaba que yo tuviera otra mujer:

—No te va a faltar nada. No hay problema, la ayudamos con el chavo, pero tú te vienes conmigo.

Después perdí. Entre flachazos, dormía y despertaba. En una de éstas, me di cuenta que estaba desnudo. Y ella allí, chupándome la pirinola; pero no consiguió despertarla a pesar de sus artilugios. Al rato la sentí montada, encima de mí. Total, no hicimos nada.

Desperté como a las siete de la mañana. La vi y recordé su acción de la noche. «Esta culera me quiere separar de mi vieja.» Me levanté a servirme una cuba con dos chochos, un jarabe. Pas. Otra cuba. «No se me quita la cruda, estoy temblando, está bien clavada. Un toque de mota, unos jalones y la apago.» Y me empecé a enrollar más. «Mi mujercita allá y esta infeliz durmiendo en su lugar, qué poca.» Que la levanto a cachetadas:

—Párate, pinche perra. Si aquí se duerme mi esposa.

—¿Por qué me pegas, chaparrito?

Chaparrito el que te parió. A la chingada; te me largas antes de que te aviente encuerada a la calle.

—Te pido un favor. Estoy nerviosa y no puedo manejar; veme a dejar a mi casa.

—No. Ando hasta la madre, vete tú solita.

—No. Veme a dejar, aunque no manejes.

—Bueno, pero me das para regresarme en taxi.

Me subí a su carro y se enfiló, pero me ganó el sueño. Los guamazos de los judiciales me despertaron.

—Tú secuestrastes a esta mujer, la llevastes a tu casa y la violastes.

Me amenazaron con llevarme a los separos de Tlaxcuaque.

—Miren, vamos por partes: Yo trabajo con Pepe Arévalo y Sus Mulatos. Esta vieja es mi amante. Que te sople: viene peda, igual que yo. ¿Tú crees que la voy a violar si los dos íbamos pedos? Que no manche. Si ella te ofrece un billete, yo te aviento otro (ya le había robado a ella unas cadenas de oro, esclavas; las traía en la bolsa). Tome, mi cabrón, yo le regalo todo eso. Ráyese. Es más, ahí le va un billete —le aventé una bicoca—. Lucero, habla con la neta: tú eres mi nalga. Te madreé y te encabronaste. Aquí dejamos todo, ¿qué te parece? O que nos jalen a los dos. A mí, que mi esposa me haga un desmadre. A ti, que tus hijos sepan la clase de madre que tienen: una putota hecha y derecha.

—Déjenlo ir.

—Ya vete y no vuelvas a molestar a la señora ni por teléfono.

—Sí. No me andes molestando. De hoy en adelante ni oír tu voz quiero.

Me desafané de ella y no la volví a ver. Pero me encantó la vida de padrote.

\*

Después tuve a una mujer llamada Esperanza. Me hostigó muy pronto por depravada... Era muy jariosa. Donde sea, en cualquier lugar, quería refuego. Me cansó ser su objeto sexual. Una mujer así debilita hasta un semental. Justo la acababa de dejar cuando mi vieja me preguntó que si andaba de puto.

—¿Cómo lo sabes? —le contesté.

—Es que no te me acercas. No me tocas; me rehuyes.

—No ando con nadie. Pero si anduviera, no tienes que decirme nada.

—¿Por qué?

—¿Cómo llegaste conmigo? Ya llegaste desquintada. ¿A quién le quieres ver la cara de pendejo?

—¿Y por qué hasta hoy me reclamas?

—No sé. ¿Con quién lo hiciste?

Se puso a llorar:

—Es que me caí de los patines.

—¡No mames! ¡Esa historia ya es más vieja que Machu Picchu!

—Pregúntale a mi mamá.

—Pa-pe-lito. Si te caíste tiene que existir alguna receta de un hospital. No soy pendejo. No mereces llevar mi apellido.

Hasta la fecha es la misma historia: se cayó de los patines. Cuando le solté mi afrenta ya nada me paró; me volví más irresponsable. Era mi justificación para no entrarle con el gasto. En realidad no me importaba si se apretaba las nalgas o no. A mí sólo me preocupaba enviciarme y andar de rata. Si quería ser amable con ella, todo se quedaba en buenas intenciones, como la vez que la invité a desayunar para bajarle lo enmuñada porque ya tenía varios días de andar en el ronck and roll. Apenas íbamos por la pancita, cuando voltié y vi la casa porfiriana de un militar.

—Sabina, vete a desayunar, toma la feria.

—¿Para esto me sacas?

—Oh, usted váyase y al rato vemos qué acción.

Durante un buen rato estuve tocando la puerta. «Órale, está puesto el puesto.» Me fui corriendo a la casa de los Gemelos, dos hermanos que eran igualitos. Vivían con su mamá, pero trabajaba todo el día.

—No hay nadie. Vamos a darle cran.

—No. En qué broncas te metes; si llega el general, te balacea.

—No sean maricas. Vamos.

—No. Estás loco.

Me dio coraje, yo que siempre les discutía la mota... Pero el Puqui estaba con ellos y me dijo que él me acompañaba. En ese entonces lo veía bien pendejito. De todos era el que menos ruido hacía. Nunca me había interesado jalarlo a mis correrías.

—Órale, vamos. Espérate: llégale a tu cantón y unifórmate; ponte todo de negro.

Fui a mi casa a ponerme un chorcito y unos tenis, como si fuera a correr. Luego pasé por él. Llevaba mis ganzúas. Cada uno traía su navaja.

Volví a tocar bien duro en la puerta y nadie salió. Intenté abrir con las ganzúas, pero me desesperé por las patrullas que pasaban. Para más rápido agarré una piedra, rompí un vidrio y me metí. Le abrí al Puqui. Las puertas estaban cerradas con llave; eran tres, les metí la ganzúa y las abrí. Nos

metimos a la recámara y esculcamos los colchones; los rompimos en dos. Todo mundo sabe que los viejitos acostumbran guardar dinero en el colchón; pero nada. Lo primero interesante que vi fue un titipuchal de cajas con balas, de armas grandes. Caminaba y me resbalaba: el suelo tapizado de balas. «Aquí hay armas. Hasta granadas debe de haber.»

Empezamos a esculcar la casa. Diplomas del militar. Un botiquín grandísimo: «¡Pasta!» Tantas pastillas, pero ningún chochín para mí. Si había una duela levantada, la rompía y me asomaba: a ver si ahí abajo escondían los centenarios. En una cajita llena de sobres, había uno con 60 dólares; los agarré y le jugué al mago: me quité el tenis y me los puse de plantilla. Encontré relojes de colección. Como treinta. Uno de plata me lo clavé. Lo demás lo fui poniendo en la mesa: anillos, cadenas de oro...

El Puqui estaba en otro cuarto. De vez en cuando iba a echarle una ojeada: —No me juegues rudo. Saliendo de aquí nos vamos a pesar; a ver quién lleva kilos de más.

Vací el refrigerador; de los nervios me daba hambre. Mientras tragaba, daba las instrucciones. Ya le había dicho que aparatos, no; que era un broncón sacarlos. De repente me gritó:

—¡Román, llégale pa' cá! ¡Ayúdame!

No podía abrir un cajón. Ya lo había pateado.

—Aquí hay algo: está cerrado con llave.

Lo abrí con la ganzúa.

Ahí estaban las armas: una pistola 32 20; bien grandota. También había un velicito con una pistola 22.

—No las toques: ponías en la mesa y vámonos. Se está calentando el asunto; no vaya a llegar el milico y se enoje por el tiradero. Todo échalo en este costal.

Salimos y nos fuimos a la casa de los Gemelos. Repartimos el queso, el botín. Nos echamos un voladito y le gané la calibre 22.

Al otro día me lancé al Centro, a una casa de antigüedades, a vender el reloj. A la salida me topé con el Puqui. Nomás lo saludé. No quise enterarme qué había llevado. No le hubiera perdonado que él también le hubiera jugado al mago.

Todo lo malbarataba. Lo del agua al agua. Muchas veces no tenía ganas de robar porque me daba miedo, pero las armas me envalentonaban. Uno hace cualquier bajeza con tal de drogarse. Me volví caco hasta de mi familia: del taller de mi hermano le gané con los aparatos electrónicos que le daban para componer o le campaneaba su herramienta. O le abría su monedero a mi jefa.

O al primero que se me atravesara: iba caminando y lo abrazaba, le sacaba la navaja, lo agarraba de las greñas y le soltaba el primer putazo:

—No haga panchos —con la mirada de malo le exigía—: presta todo lo que traigas. Me vas a sonreír como si fuéramos amigos. Y no volteés. Y no tiembles. Ahorita te vas a despedir de mí, de mano.

Claro, si se aferraban, los acicalaba. A estas alturas del partido, los asaltados deberían de saber que no deben gritar ni aferrarse a las monedas. Es un error resistirse. ¿Para qué la hacen de jamón? Por eso, a las primeras que te agarren: suelta la marmaja y tu vida no peligra. Y hay que ceñirse estrictamente a las órdenes del ladrón. No hacer nada que lo saque de balance o lo ponga nervioso. Obedecer y callar. Estoy hablando de simples rateros no de criminales que matan hasta por que la víctima no trae nada, por eriza.

A las parejas las taloneaba en el parque, a plena luz del día:

—A ver, hijo, una báscula, y no le quieras jugar al héroe delante de tu novia. Tus llaves, credencial y papeles los vas a recoger en aquella esquinita; hasta que me largue, te paras.

También le entraba al fardo: meterme a las tiendas de autoservicio a sacar mercancía. Spray, ampolletas, shampoo: las viejas se cuidan el pelo a lo exagerado. Crema: siempre se están embadurnando de crema, parecen tacos. La herramienta se la vendía a cualquier bato o las realizaba en la iglesia de San Juan, donde compran chácharas. Entraba a los almacenes con chamarras guangas, talla 40: una plancha por un lado, un martillo de este otro y una carrillera de perfumes. Salía como si nada.

Ahora, si quería robar más fregón agarraba un carrito del súper (antes pasaba con los *cerillos* y les compraba bolsas de plástico). Y le echaba un fregadal de chivas como si fuera mujer. Entraba confiado porque ya era cliente. Se hace uno *cliente* de tanto sacar las cosas de un mismo lugar. En una bolsa echaba diez cremas; en otra, shampoos; otra, ampolletas; en otra, planchas Black and Decker... Pongamos, seis bolsas llenas. Pero, ojo, la clave del éxito es entrar con dos compinches para realizar la operación bolzaso. Con el carro lleno, me formaba donde hubiera gente; cuando estaba por llegar a la caja (dos personas antes que yo), bajaba las bolsas y el cómplice agarraba dos y se salía; el otro cargaba con tres. Yo nada más tomaba una y me salía. Les ganaba limpio. Nos veían salir las cajeras y todo mundo, incluyendo a los policías, pero como traíamos las bolsas, nadie preguntaba.

Por andar de fardero, en una ocasión me atoraron con el Puqui y el Cumpas, el hermano del Cali; en esa ocasión fue el Puqui quien quería hacer

la operación bolsazo; yo no quería porque en esa semana me había aventado varias:

—Órale, Kawasaki, o qué, ¿te tiemblan las chiches? Vente Cumpas, entramos tú y yo. Sacamos herramienta de la chancha.

—Todavía están chavitos para entrar solos. Nada pueden hacer sin su maestro. Vamos.

Hicimos el movimiento de siempre. Llegamos a la caja, bajamos las dos primeras bolsas, y el Cumpas se salió con ellas; después yo, y al último el Puqui con la compresora Iban bien despacito, parecían viejas embarazadas. Yo salí como pedo de bacinica. Y me quedé parado. Se tardaban. Pasaron cinco minutos. Los veo y sonrío: «Ya ganamos.» Cuatro policías caen sobre ellos. Me quedo estático. Los atorán a cinco pasos de mí. Me hago a un lado. Dejo las bolsas en el suelo. Los clavan adentro de la tienda. «Me voy a mi cantón y les aviso a sus jefas. Que vine a comprar y vi cuando los jalaron.» Pero el tarugo de mí se metió a la tienda Los tenían amachinados, de espaldas. Pasé junto a ellos y con la mirada les dije qué tranza, y el Puqui, también a señas, me contestó que me pirara Imposible: no podía dejarlos morir solos. Así que me acerqué a los policías y les dije:

—Oiga, jefe, qué hicieron. Es que son mis vecinos. Enfrente de mi edificio la jefa de este tiene su puesto de periódicos; es mi valedor, y la jefa de éste vive a la vuelta de mi casa. Pregunto qué hicieron para ir a avisar o si se puede arreglar, aquí estoy, en la mejor disposición de ayudar.

—Ahorita les vas a ayudar a pagar la bronca; tú venías con ellos. Y también vas pa' tras.

Allí estuvimos parados un rato; se hizo el monto del hurto: 500 mil lanas. Nos llevaron al MP; como el Cumpas era menor de edad y se iba a ir al Consejo Tutelar, nosotros le aconsejamos:

—Ponte 18 años; allá nadie te va a hacer el paro; mejor te vas con nosotros a la grande.

Y se los puso, pero llegó su jefa y el Cali, y nos despartaron. Al Puqui y a mí nos llevaron al Reclusorio Oriente. Fue la primera caída del Puqui. Yo ya era pájaro de cuenta y me sabía todo el movimiento. Llegando llegando di dos mil pesos para ir a dormitorios (para evitar el área de ingreso y luego a observación). Me vestí de beige y me fui a comprar mota, al regresar me dijeron:

—Ya se fue tu valedor libre.

Su papá pagó la fianza de los dos. Carajo, si yo no le estaba pidiendo leche a nadie. No les iba a dar el gusto de salir corriendo de la cárcel. Así que

me quedé toda la noche y me fumé toda la marihuana.

Así me la iba pasando: entre mis raterías, detenciones y mis pleitos conyugales. Cada que mi esposa me decía mariguano o mis verdades, mi respuesta era una madriza. Las espinillas las traía negras de las patadas que le daba. Sus ojos, morados. Se cansó que la tuviera hambreada y se buscó un empleo. Y madreada se iba a trabajar. Cada mañana le organizaba su fiesta de despedida:

—Sírreme un café.

—Ya me voy. Se me hace tarde —mientras se polvoroneaba la cara.

—Deja de empanizarte y obedece.

—¿No puedes pararte a servírtelo tú?

—En tu mugre trabajo le sirves a Juan de los Palotes.

—Sí, pero allá me pagan. Tú ni siquiera me das para un par de medias.

Y se llevaba unas minifalditas. «Se la andan cogiendo, ¡a güevo!, por eso se pone chula. Cuando sale conmigo parece la Chimoltrufia o que la mascó un burro.»

En un iris de éstos, se fue con su mamá. Le rompimos la madre a todo. El primer cantón se vino abajo. En cuanto se fue, metí a viejas y a cuanto grifo, que aprovecharon la ocasión para entrar a robar a los departamentos vecinos.

Un día llegó el dueño del edificio y me sacó la pistola:

—Te doy tres días para desocupar el departamento; si no, te levanto un acta. Es más, te voy a pagar la mudanza, pero lárgate hoy mismo.

—Va.

## **LIBRO SEGUNDO**

**M**IS PADRES ESTABAN MUY ORGULLOSOS de que su hijo Israel estudiara medicina en el Colegio Militar. «Si ese negro tarugo es militar, yo tengo que hacer algo más o menos parecido; aunque sólo tenga la primaria.» Fue entonces cuando la Divina Providencia me puso en las manos una convocatoria para ingresar a granaderos. «Órale, yo también puedo vestir un uniforme.» Reconozco que me daba envidia que mis jefes fueran a visitar a Israel todos los jueves y le llevaran chocolates y lociones caras. A uno lo apapachaban y al otro lo aplacaban:

—Eres un paria. No entiendes. Vas a acabar en la cárcel.

Etiquetaron mi futuro. Sabía que me decían mis verdades, pero me desquiciaba escucharlas de sus labios. A los 18 años agarré mis papeles y me fui a hacer la solicitud al Primer Batallón de Granaderos, allá en Balbuena. Siempre me habían correteado los azules y me fui a meter al nido. Me aplicaron un examen psicológico, psicométrico y de vigor físico. Como ahí no necesitan grandes inteligencias, los pasé todos. Entré como perro: había que ganarse el uniforme. Nos parábamos a las seis de la mañana; a las siete tocaba la banda de guerra, pasábamos la lista y nos repartían las órdenes de nuestros servicios. Me sentía bien, como en el colegio. Luego a desayunar, después podíamos caminar o irnos un rato al frontón antes de salir. A mí me mandaban a hacer bola, a cubrir la ruta presidencial.

Empecé a tener amigos entre los reclutas. Cada quien escogía a su pareja y yo agarré a uno que por mal nombre le decían el Burro. Me agradaba porque era mariguano, chocho y le gustaba el chupe. Ya había licado sus acciones en el frontón, donde todos se iban a mariguanear; los que querían ir, porque otros fumaban en su compañía. Ya que vi que todos se atizaban; no me quedé atrás. Los primeros días no llevaba nada de material, qué tal si me atoraban ahí mismo. Por eso no cargaba mariguana, pero sí me apuntaba.

Mi parejita y yo cubríamos la ruta presidencial:

—Se van a la esquina de Revolución y Viaducto.

«Qué pena con los valedores; van a decir que ya me volví de la otra banda y me van picudear por traicionero.» Apenas llegábamos al barrio y le decía al Burro: «Vámonos por acá, conozco el terreno. Tira el servicio; al fin y al cabo, si matan al Preciso, no es de mi familia». Nos íbamos a cualquier baldío a prendernos.

—Si hay atentado, aquí estamos a salvo.

Después pasaban a recogernos, cuando ya había pasado el Macizo. Y así, nos iban cambiado de colonia, pero siempre tirábamos el servicio. El reclutamiento duró quince días y nos dieron el uniforme. Sentí más seguridad: ya era policía. Mandé a entubar el pantalón y mi camisola más apretadita. Quería ser un granader punk. Lo que no me gustaba era marchar después de pasar la lista. Ya no nos mandaban a servicio sino nos daban Educación Física para corretear a los delincuentes. Correr mucho en la pista y a saltar. Esa práctica me gustaba porque se tenía muy presente que el delincuente es diestro para brincar bardas. Sólo debía perfeccionarme.

Pero lo que más me atraía era el manejo de armas. Gobernar una pistola. Bueno, primero fue la teoría y luego nos llevaron al stand de tiro. Tiré con una M1, en lo que iba agarrando práctica; es un arma larga, chafa. Cuando entré al stand de tiro vi las sombras, los círculos y las botellas de Gerber para tirar a mira telescópica. Me emocioné y prometí esmerarme. Ser el más diestro en el manejo de las armas.

Después tiré con la Mosber, chaquetera escopeta de 38. (Chaquetera porque para cortar cartucho hace *chac chac*). Después usé una ametralladora HK 33, luego una MP 5. Siempre que íbamos a práctica de tiro, tirábamos con todas, una por una. Entrenábamos todos los días.

En la academia nos daban clases de golpe de contacto; había batallas a diario. Sentía una doble personalidad; cuando nos hablaban de delincuentes, no pensaba como policía sino como infractor de la ley; utilizaba el uniforme para mi pura conveniencia, no por amor a la patria o al uniforme. «Voy a robar como los policías me robaron a mí.» Era tan chavito y tan inocente la primera vez que me agarró la tira, que no entendí cuando me preguntaron si tenía *chillones* en mi casa. Les contesté que sí, que dos carnales.

—No te hagas pendejo. Radio, grabadoras...

Por eso, en granaderos todas mis clases las interpretaba según mi experiencia; por ejemplo, si nos decían:

—Al delincuente se le agarra de esta manera, se le sorprende así.

«No jodan, en mi medio ambiente el pillo es más astuto; muchas veces el policía apenas va, cuando el delincuente ya lo balaceó.» Ése era mi temor: el

azul es punto fijo. Al azul hay que darle con todo. Sin embargo, el policía no sabe quién es el bueno. Ahora yo también era punto fijo. Y me reía de las clases.

Pasaron dos o tres meses y llegó el tiempo en que nos eligieron a todos los elementos que integrarían la blindada, compañías, la banda de guerra. Habíamos como cinco grupos de veinte granaderos. Toda la preparación nos la habían ido calificando. A todos los apáticos los mandaban a la blindada o a la Panamericana.

El comandante nombró a diez personas y les pidió que dieran un paso al frente. Yo, entre ellas.

—Ustedes tiran bien, le echan ganas; además, tienen estatura. Van a pertenecer a un grupo especial, el de francotiradores.

Me sentí el chingón de los chingones. «No soy de la blindada, ahí puro chundo.» Cuando me dieron mi camisa me sentí Superman. Nuestras camisas decían *Grupos Especiales* con letras negras. Todos los días nos daban nuestros servicios: escoltar funcionarios, la panamericana, reclusorios; hacíamos lo mismo que los otros, pero con la diferencia de que seguíamos practicando las armas. Paradójicamente, continuaba con mi entrenamiento mental de delincuente. «Para que me alcance un policía, va a estar en chino: si me saca la pistola, yo también traigo con qué quererlo.»

Los del grupo especial compusimos una canción; cuando salíamos a correr, la íbamos cantando: *Somos Grupos Especiales, somos bien chingones, qué risa nos da: ¡ja, ja, ja!* Al pasar lista nos formaban al lado del cuerpo femenino; Grupos Especiales y los achichincles: todos los chafas alrededor. Nuestro departamento estaba arriba, era el único del piso; los demás, abajo. No había purrún si fumabas mota delante del capitán. Los de Grupos Especiales eran tachados de grifos, locos y aventados: puro tronado que le valía un comino arriesgarse. Éramos tan picudos que era posible que en algún servicio no regresáramos, que nos muriéramos, según, en el cumplimiento del deber. Por eso no había tos si te engrifabas, chupabas, chocheabas y cuanta madre quisieras hacer.

Todos los días organizábamos nuestras reuniones; fumando mariguana y limpiando nuestras armas. *Más vale una gota de sudor que un torrente de sangre*, decía un letrero, que nos recordaba que teníamos que limpiar el arma y mantener nuestros cinco sentidos alerta.

Tal vez por lo desmadroso, aventado o cabecilla o por todo, me pusieron el apodo de *Loquillo*. O quizás porque un norteco cada que me lo topaba, me decía: «¿Qué pues, mi loquillo?» De ley, cada sábado los especiales nos

íbamos de fiesta con las del femenil. Había chamacas muy bonitas y señoras bien feas para dar y repartir. Las compañeras me hacían bola para danzar conmigo. «En mi grupo hay puro cabrón de barrio pesado, que sabe bailar; los demás son paisas.» Por la Arenal, Neza, Tepito salían las pachangas. Si invitaban a uno, ése invitaba a veinte. Llegábamos a las fiestas al grito de: «Ya llegó la tira, cabrones y bájenle de güevos; el que se ponga al tiro, lo balaceamos.»

Cargábamos la fusta porque la solicitábamos antes de salir:

—Compa, dame mi arma de una vez para limpiarla. Mañana, desde temprano, voy a andar meneado.

Sí llegamos a balacear a algunos; no a matarlos, sino a espantarlos para correrlos porque bailaban a nuestras viejas. En esas tocadas, conocí a Eduardo, el Bebé, un compañero del grupo que me enseñó nuevas técnicas. Seguido nos internábamos por la Merced, Circunvalación, todos esos lugares donde acostumbrar cabaretear los sardos. En las calles oscuras me pedía que me pusiera al tiro y le echara aguas. Y de inmediato procedía a abrir los cofres de los carros. Sacaba la bayoneta del medidor de aceite (por lo regular tenía que ser plana, porque las hay redondas), le cortaba un pedazo en la punta y volvía meter la bayoneta para medir el aceite. Después, introducía la punta aceitada en la chapa de la portezuela y se abría.

Un día le dije que me enseñara y, muy acomedido, me aleccionó:

—Metes la chorla, le chaqueteas así y lo abres. Abres la puerta y realizas la misma operación en el switch. Si no entra la chorla, la adelgazas en el suelo. El secreto está en el chaqueteo: suave, tantito —casi de inmediato se oía el motor.

Pero en ese entonces no sabía manejar; tenía que aprender porque quería tener mi carro, como los especiales. Además, como yo andaba con la sargento Meche, fea como un molcajete, pero bien buenísima, quería presumirle que este pollito sabía manejar. Ella tenía 32 años; antes fue novia de un valedor que se portó generoso y me la corrió. Con la idea de apantallarla, me lancé a robar mi primer coche; en Mártires de la Conquista. Fui por el Gemelo, que le sabía al volante. Se lo eché andar. (Hay que buscar modelos que desde afuera se pueda abrir el cofre.) Íbamos bien pedocles; nos encontramos a mi amiga la Remedios y la subimos. Me quise lucir con ella:

—Yo manejo, quítate.

¡Y que le meto fierro! Iba haciendo eses. De repente vi una patrulla: «Ah, chingá, viene en sentido contrario.»

—Tarjeta de circulación, licencia... Andas manejando en estado de ebriedad y en sentido contrario.

—Qué pasó, parejita. Sí, vengo un poco tomado. Mira: Grupos Especiales, primer batallón de granaderos.

—Por ahí hubieras empezado.

—Voy a dejar a mi prima al aeropuerto y me voy a dormir. Mañana hay que rendir servicio.

—Cámara, mi buen. Que maneje tu valedor.

—¿Ya ves? —me reclamó el Cuate—. Te lo dije; eres un asno para la manejada.

Me gustó la emoción de manejar. Seguí robándome los carros por mi cuenta. A la mayoría, al principio, les pegaba y los abandonaba. No calculaba bien y rayaba al carro de lado a lado. Si veía la oportunidad, me desafanaba; pero algunas veces no pude. Una vez le pegué a un libre. Me llevé al taxista hasta al batallón. Como no conseguí que alguien me prestara una lana le propuse al chofer que le quitara las llantas:

—Quítale los guaraches a esta madre y llévatelos. Ya con eso te pagué el madrazo.

Si un coche me enamoraba, lo hacía mío. Me flechó a primera vista un carro pintado con rayas de tigre: «Órale, en ése me voy a ver bien chicles. Ahorita me lo merco.» Y ya estando arriba: «¿Y ahora qué hago? Me puede pescar la tira si me ven en este carruaje manejándolo como chundo. Pues me enfilo al batallón, si me agarran, que me alcancen.» Tomé el viaducto y me fui despacio. Eran como las cinco de la mañana: «No hay con quién choques, solamente con la barda de contención».

Llegué feliz porque era la primera vez que llegaba al batallón en carro robado. Me la tenían que festejar. Fui por mi compita, el Eduardo:

—Ven, ya me chingué una ranfla.

—Está chida, ¿adónde vamos a ir?... Vamos al cantón de la Meche. Yo manejo.

—No, yo.

—No, Loquillo. Todavía estás muy pendejito.

No me gustó esa palabreja pero apechugué. Dos calles antes de llegar le pedí:

—Espérate, que la Meche me vea que vengo manejando.

—Pero al tiro porque estás muy gil.

Ahí voy y que le pego a una combi por atrás. Salió el dueño y empezó a pendejarme.

—Ssh... No haga bulla y la gallina es suya; ahorita nos arreglamos. Mire, vamos a hablarle a mi licenciado. No me rehúso a pagarle. Voy a hablarle para que me traigan dinero, ¿cuánto va a querer por el golpe? En caliente. Marqué un teléfono equis.

—¡Madres, este changuito no está! Espéreme diez minutos; si no, le dejo mi carro. Eso sí, no vaya a abusar de mi tigre porque le armo un despapaye.

Volví a marcar:

—Jefe, no me contestan; tome usted la bocina, le voy a marcar y pregunta por el licenciado Morales. Mi intención es buena, pero caray, tener que ir hasta mi casa. Vamos a hacer una cosa... Me dan ganas de ir por efectivo y regresar, ¿pero qué tal si me roba mi carro? La vida me ha hecho muy desconfiado.

—No, qué pasó, joven.

—Bueno, pues aquí están las llaves. Lo voy a meter a su estacionamiento. Ni siquiera me lo mueva. Uy, pero si le da un rayón... Evíteme la visita a la delegación.

Siempre traía cualquier llave de carro. Te vas armando de llaves. El carro se abre con ganzúa, pero si te para una patrulla, a veces se asoman a ver si está en directo; por lo regular cargaba la llave maestra. Eduardo nada más me veía. Él era chingón para los carros, pero no para verbear.

Y nos fuimos a la casa de la Meche a cotorrear. Nos dieron las doce de la noche y a cada rato nos daban ataques de risa nada más de imaginar la cara del señor al ver que no llegaba y no llegaba. Que nunca llegué.

\*

El Bebé, Eduardo, era mi gran amigo y dueño de toda mi admiración. Ignoraba que este chavo tenía una desviación mental. Era un chinguetas para el golpe de contacto, para pasar la pista... Me enseñó a brincar obstáculos. Era un magnífico elemento; yo lo idealizaba. Era muy carita y en menos de lo que canta un gallo, se conquistaba a las más bonitas del femenino. Luego me las pasaba. No le gustaba la mariguana porque se jeteaba; me congraciaba con él regalándole sus pastas:

—Ahí le van sus chocolates. Yo me chingo mi chupa y soplas.

En una ocasión estábamos en una pachanga, bailando muy jacarandoso, y me dice el Bebé:

—Loquillo, acompáñame; vamos a dar un rol. Ahorita venimos. Nada más quiero que me pegue el aire. Vente solo.

Nos salimos y me subió a su carro. Cuando iba manejando me dijo:

—¿Sabes qué? Vamos a atracar a una vieja. Yo le aviento el carro encima, la atrincherero, me bajo, la trepo, la basculeo y luego la botamos. Tú te pasas al volante, manejas, te llevas el carro; al fin que ya manejas bien.

—Vas. Simón.

Iba pasando una flaquita buenona y le aventó el carro, lo subió a la acera y le cerró el paso. La muchacha empezó a gritar. Me pasé al volante. El Bebé la agarró de las greñas y la subió arrastrando al carro y la trepó atrás. Yo veía toda la acción por el retrovisor. La iba madreando. Pas pas. Y la iba desnudando. O sea... La neta: que se la viola. Que se la coge. La chavalilla lloraba. Gritaba.

—Cállese, desgraciada puta. No me rasguñe. No me muerda.

Seguí manejando. Nervioso. «Vale madre, me hubiera dicho la neta y no le entro.» Nunca había presenciado una violación. Cuando terminó, me dijo:

—Vas, Loquillo. Ahora yo manejo, chíngatela.

—No, baja a esa reuma y vámonos.

—¿No te la vas a ejecutar?

—No. Yo, pasador. Paso.

Se me quedó grabada esa escena dos, tres, cuatro, cinco días... La chavita lloraba desde que la subió de las greñas. Le gritaba maldito, desgraciado, hijo de la chingada, pero de todos modos se la jodió. Yo seré lo que sea, pero nunca he violado; ni lo pienso hacer. Tengo hembras en mi casa y puede pasarles lo mismo.

Pasó una semana y a la siguiente fuimos a una tocada y volví a caer en la onda del Bebé:

—Acompáñame, vamos a dar un rol.

Nos subimos al carro y me dijo:

—Ya sabes: les aviento el carro, las trepo, me las chingo, y también le entras.

—Mejor te hubieras venido solo... No le voy a entrar. Pero no hay tos, yo manejo.

Y lo mismo: le aventó el carro a una chaparrita bien buenota, unas piernototas; escogía figuras. Si se iba a aventar el tiro que valiera la pena, que la vieja estuviera de aparador. Igual: me pasé al volante, la trepó de las greñas. Idéntico: los gritos de suéltame, suéltame. Le tiraba de bolsazos. Ésa sí le costó trabajo subirla, pero la trepó. Le rompió la falda, la blusa, la cacheteo, la mordió. Lloraba. Le gritaba no tengas poca madre, déjame.

—Déjese usted. Esto es a la de a güevo.

—Sigues, Loquillo, vas tú.

—Nel. Al chile: dime dónde te llevo y ahí nos vemos.

—Vamos a bajar a esta vieja y ahorita te digo.

Volteé a ver a la ruca. «Chale, cómo la voy a aventar así con la ropa rota». Hasta el reloj le había quitado.

—¿Sabes qué? La chava no se va a bajar. Me la voy a coger en otro lado.

—Ay, habérmelo dicho antes, garañón. Déjame en la tocada.

Fui a dejarlo. Luego le dije a la morra:

—Pásate para acá adelante. Si quieres.

Y la morra se me quedó viendo:

—No me vayas hacer nada, güero. Ya ese méndigo infeliz se pasó de verga.

—Tranquila. No te voy hacer nada. ¿Adónde vives? Te voy a dejar a tu cantón.

Yo creo que pensaba que la iba a violar en su casa y, además, la iba a asaltar. Pero a mí me remordía la conciencia: «Qué culero, que viole a las morras, no va.»

—Déjame en cualquier lado y tomo un taxi.

—Oye, ¿de qué trabajas?

Se quedó seria.

—¿Eres secretaria? ¿Estudias? ¿Por qué andas a deshoras? En la noche hay mucho pasado de lanza. Yo no sabía de sus intenciones. No me lo quieras creer, pero yo no soy como él. Si crees que yo participé, discúlpame. ¿Quién chingados te manda andar con esa faldita? A eso se arriesgan las viejas que se ponen esas mamadas.

Y que me empiece a decir que trabajaba de puta en el Dragón Rojo.

—¿Y por qué no te llevó un cliente a tu casa?

—No, carnal, no había ni madres. Si el reloj que me quitó tu amiguito, me lo había robado. ¿Y tú, a qué te dedicas?

—Confórmate con saber que soy una rata inmunda. ¿Adónde te vas a bajar, chaparrita?

—En la Agrícola Oriental.

En la puerta de su casa me preguntó:

—Qué, güerito, ¿no te quieres echar un taco? —no soy rubio, pero a la gente le nace decirme *güero*.

—No, paso, gracias. No tengo hambre.

—Si tu valedor ya se manchó; tú, ¿por qué no?

Ahí ya la capié. «Quiere que se la descuere.»

—No, chido. Gracias, manita.

—A ver cuándo vas al cabaret. Me caíste bien.

—En cualquier parpadeón, me lanzo.

No me llamó la atención regresar a buscarla. Nunca me atrajeron las prostitutas. Una sola vez, en toda mi vida, me he metido con una. Y me frustré. Fue la primera vez que hice el sexo.

A los doce años tenía un amigo llamado el Gabo, me quería mucho; cada que lo veía, lo saludaba:

—Qué pasó, Gabo, Gabito, cara de pito.

Tenía dinero, moto y hablaba gangoso. Una noche llegó diciéndome:

—Ven, sube, te voy a invitar.

Bien apergollado de él nos fuimos a Insurgentes. Paró su moto frente a dos mujeres que estaban de antología:

—¿Cuánto cobras?

—Ocho y el cuarto.

Le respondió una rubia platinada. Me impactó su putería tan femenina. De una manera muy seductora y cachonda dijo *ocho y el cuarto*.

—Ah. Vamos. Las dos.

—No, por favor. Yo no. Otro día vengo más preparado —supliqué.

—¿Eres puto? ¿Te gustan los hombres? —me preguntó el Gabo, entre burlón y enojado.

—Es que nunca he estado con una mujer.

—Ya no me hables. Bájate. No te vuelvo a subir a mi moto.

—No. Siempre sí.

—Vamos a ver otras.

Rrrr. Me abracé más a su cintura. Me recorría un cosquilleo, una temblorina.

—¿Cuánto? —le preguntó a otro par de mujeres.

—Ocho —respondió una pelirroja con voz gandalla. Nos sigues en la moto, nosotros nos vamos en el carro.

Me sentaron en medio de ellas. Sus garras recorrían mis piernas. Una me iba besando el cuello.

—¿Nunca te has acostado con una mujer? Ah, te voy a agarrar quinto —dijo la pelirroja.

La miré angelicalmente. Ella me vio con ternura. Me acarició la cabeza. Llegamos al hotel y pedimos dos habitaciones.

—Me llevo al chavito.

En el corredor, la amiga de la pelirroja sacó una cadenota y la giró en el aire. Me aterrorizó, pero el Gabo se rio y la metió al cuarto. La pelirroja y yo

entramos al nuestro. Se encueró frente al espejo, como si estuviera posando para el Play Boy. Se alzaba los senos. Se miraba de frente, de perfil. En mí no había morbo. Yo estaba arrinconado, en la cama, con las piernas cerraditas. Cuando se acordó de mí, me dijo:

—Je, je, ay mijo, ¿todavía no te desvistes?

—Aho... tita —me castañeaban los dientes.

No quería desnudarme porque había boleado mis zapatos y tenía una mancha de grasa de zapatos. «Me va a ver mugrusón.»

—Yo te ayudo.

Me desabrochó el pantalón, los zapatos, luego la camisa, luego se desesperó:

—No sea tarugo, encuérese todo.

Se metió al baño y se lavó su parte.

—Ven para que te lave. ¿No tienes una enfermedad?

Y me checó la pirinola. Se dio cuenta de que no había erección ni deseo. Ella me quiso motivar a través de la relación oral y empezó chuparme. En vez de ponerme chido, el cosquilleo me quería hacer reír. Me empezó a jalar la pirinolilla; como que quería despertar. Me llevó a la cama, se acostó, se abrió de patas y me dijo:

—Súbete.

Bien chiveado, la obedecí.

—Pero mételo, güey.

Se lo introduje y ahí lo dejé, adentro.

—Muévete. ¡Me cai, que sí estás pendejo!

—¿Cómo?

Y me dio la enseñanza: dos, tres movidas, que me hicieron sudar las orejas. Me emparejé a su movimiento. Me abrazaba con sus piernas. Me vine una y otra vez y ya no me quería bajar.

—Ya estuvo —se levantó y se empezó a vestir.

Nos salimos y el Gabo se tardaba. «Esa vieja ya lo mató a cadenas. Son malas estas mujeres.» Pero quería volver a regresarme. El Gabo salió hasta las quinientas, con la sonrisa de oreja a oreja:

—¿Ya? Vámonos. ¿Qué tal, te estrenaron?

—Tres sin saque. ¡Hubieras visto! ¿Me invitas a la otra semana? Alquilamos habitación doble.

—No. Ora juntarás tus domingos.

Sí junté uno que otro, pero sin él no iba a ir.

Bueno, pues al otro día de la segunda violación, me encontré al Bebé en el batallón y me preguntó:

—¿Qué tal estuvo, mi Loquillo?

—De agasajo. Iris batires. De lo que te perdiste. Y no fue a forsiore. Fue de buena voluntad.

—No, pues chido. Estaba buena, ¿verdad?

—De agasajo.

Seguí siendo su valedor, una amistad bonita hasta cierto punto. Nunca le cuestioné por qué era violador. Un día me llevó a su casa a chupar. Llegamos bien gises. Tenía dos hijas y un chavillo. Me presentó con su esposa:

—Viejita, este es Loquillo, del que ya te había hablado.

Me gustó. Andaba en bata transparente. Como que no queriendo le eché un ojo ahí y otro allá. Todavía tenía dos ojos. Con toda la mayor de las confianzas, la señora me sentó en la mesa. El Bebé entró a saludar a sus chavitos; cargó a una, al otro:

—Tráenos una chelas. Sírvete a mi parejita.

La señora me dio mi caguama. El Bebé le dio dos sorbetes, se metió al cuarto y se quedó dormido; yo me quedé platicando con ella:

—¿Cómo ves a mi marido?

—Le tengo gran estimación. Es sobresaliente.

—Es un briago. Y un degenerado, ¿sí o no? Tú sabes.

—La verdad eso nunca lo he visto. A lo mejor lo hace cuando no estoy, aunque siempre andamos juntos. Yo no sé nada.

Al rato se despertó y me invitaron a comer. Ya en la tarde me quería ir a mi casa y el Bebé no me dejó; me sacó a la calle. Nos chupamos unas cervezas, unos alcoholes... Regresé a su casa más paya que pa'ca. La mamá de ese cábula era dueña de unos departamentos amueblados. Ya era muy noche y me quedé en un cuarto de éstos. Después bajó la señora y me tocó la puerta:

—Loquillo, Loquillo. Ábreme.

—¿Qué quiere? Dígame.

—¿No se te ofrece nada? Mi viejo ya se durmió.

—No, pues vaya a despertarlo.

Sentí que me la soltaba. Le abrí, pasó a sentarse y me empezó a hacer la plática, con cierta coquetería.

—Mire, señito, mejor lléguele, no vaya a venir Eduardo y vayamos a salir mal.

—No. Se despierta hasta mañana.

—De todas maneras, señora. Sálgase o me largo.

—¿No serás puto, Loquillo?

—De atar, pero váyase, por favor.

Y se salió. «Si le digo al Bebé va a pensar mal. ¿Y si no le digo? ¿Si su esposa le dice algo? Pues que le diga lo que quiera; ultimadamente, a mí qué.»

Al otro día me fui para mi casa y nunca le toqué el tema. Ni le advertí que un día su ruca lo iba a ser maje, aunque varias veces estuve a punto de decirle: La tienes muy desatendida. Pláyala bien; no la dejes ganosa.

Un día, el Bebé me llegó llorando:

—¿Qué crees? Mi vieja se fue con otro.

«Uta, dale gracias a Dios que no fue conmigo.»

—Pus ahí tienes a todo el femenil. Qué le lloras a ésa. No era para ti.

«De haber sabido le doy su despedida. Tan rica que se veía esa morenaza.»

\*

En granaderos se amaestrebaban perros para agarrar al ratero. Sabían marchar y saltar obstáculos, pero también se les enmariguanaba chido para volverlos aferrados y bravos. La técnica era la siguiente: fumaba y le apretaba el hocico. Después se lo abría, y el animal jalaba aire, entonces le dejaba ir el humo y se daban un jalón hasta el cerebro. Necesitaban hasta cinco, seis tanques. Había perros que eran bien mariguanos. Fumaban más que yo. Se agüevonaban si no les daba mota. Les ponchaba un toque y se ponían al tiro. Les enseñábamos que debían respetar al color azul, al uniforme: al amo. Al civil lo tenían que desmadrar. Se les adiestraba a echarse encima del delincuente armado. Se hacían simulacros de asalto con los perros. Les dábamos la orden de vigilar al pillo. El animal se sentaba, nada más campaneando; pero al primer movimiento del supuesto infractor se le daba la orden de atacar, ¡y madres! Le daba mordidones mortales.

Había un perro que se llamaba Soldado, bien fiel. Saltaba los obstáculos bien picudo. Claro, era el más mariguano. Ése me hubiera gustado para mi banda. En mi mente ya había generado entrenar perros para matar y robar. Tal como sucede en la película *El asalto de los dóberman*; se trata de unos perros que atracan un banco a lo espectacular. Bien efectivo, tal como en la vida real lo hubieran podido robar.

En granaderos a todo le entré un poquito. Estaba inscrito en la banda de guerra; me sentía de veras un militarazo. Rambo me quedaba chico. Practiqué

el cóntac: golpe de contacto; me equipaba con botas, guantaletas, espinilleras y concha en la cara, pecho, testículos. Son como las peleas chinas de barrio, de esas de golpe y patadas. Una fregonería. Un granadero está capacitado para romperle la madre a cinco güeyes juntos; yo no me sentía capaz de hacerlo, pero a dos juntos sí me los pasaba por el arco del triunfo. Si llegaba pegarle a alguien en el pecho, se iba de nalgas. Cuando quería mancharme, brincaba con las patas abiertas. Mi padre me enseñó una filosofía que me acompañó en todas mis correrías:

—Mire, si usted va a andar de mariguano y ratero, enséñese a meter las manos. Y cuídese de ponerse hasta la madre. Si va a fumar mota, dele unos jalones nada más. ¿Va a chupar unos alcoholes? No se ponga hasta atrás porque muchos ojetes le traen ganas y sólo están esperando que se ponga turulato. Recuerde: pedo, hasta un niño lo desgracia porque pierde reflejos.

Fiel a este consejo, practiqué el box, cóntac, kunfú, chacos: aprendí a mirar fijo a los pies y a las manos. A estar bien parado y bien medido. No era un Kalimán, pero sí hacía bulto.

Muchos, como yo, sólo entran para aprender el uso de armas. Recuerdo a un compañero que tenía toda la finta de homosexual; sus facciones eran finas. Buen tipo, pero de movimientos medio raros. Nadie le hablaba bien. Duró unos cuatro meses. Se dio de baja y un día salió en *La Prensa*; con una metralleta; lo aprehendieron por asalto bancario. Ahí se vio que no era puto: semejantes güevotes para cargar chica matracota. Por su culpa el coronel nos leyó la cartilla:

—Descastados. Nada más a eso vienen. A crear una mala imagen de la corporación. El que sea ladrón, ¡retírese!

Pues nadie, ¿verdad? Nadie dio un paso al frente. Bastantes elementos salen directo al robo. Se ha visto en los atorones, los sujetos que salen en los periódicos son ex comandantes, ex oficiales, ex policías, ex... ¿Por qué? Porque la tira y la judicial se saben todos los movimientos. En ese entonces yo sabía los horarios de las camionetas que cuidan los bancos; a qué horas la Panamericana recogía o dejaba dinero de un banco a otro. Si yo hubiera querido asaltar un banco lo hubiera hecho, pero me faltó valor. Admito que cometí raterías con el uniforme, pero no pasaba de lo normal; por ejemplo, agarrar a una parejita de novios y sondearlos:

—A ver, amiga, ¿tienes papás? ¿Qué pensarían si supieran que estabas en lo oscurito con tu novio? —cuando las chavas empezaban a llorar, ya sabía que ahí había un billete:

—A ver, qué traes de valor, lo que sea.

Si no traían nada, íbamos a su casa. Me tocó llevar a su chante a drogadictos; el choro mareador para sus jefes era de cajón:

—Dele gracias a Dios que no lo remito. Lo agarré con mariguana; mire qué guatote de mostaza traía su hijo. Lo de menos es llevarlo al tanque, pero yo pensé en el dolor de usted, señito... Yo tengo jefa.

Unas veces sí me daban dinero; otras me decían:

—Pues lléveselo. Es un güevon haragán. Un necio, un terco. Con nada se compone. Que se lo lleven a la granja o la cárcel, me da lo mismo donde lo enchiqueren. Un hijo así, ¿para qué lo quiero?

Entonces nada más lo decomisaba.

—Deja la mota y sácate de aquí.

Una acción muy cotorra fue la que entablé con un chaparrillo que iba caminando en lo oscuro y solito. Lo vi desde lejos. Nada más lo estaba observando. De repente veo que se baja el cierre y volteaba muy misterioso. «¿Se irá a hacer una chaqueta? ¡Su madre, va a volar en mil pedazos! No. Sólo quería echarse una firma.»

—Espérate que acabe de miar —me dijo mi pareja.

—No, con las manos en la masa. Sobres. A ver, hijo, llégale para acá.

—¿Qué pasó mi jefecito? —todavía agarrándose la chafaldrana—. Usted ha de disculpar; es que se me hincha la vejiga.

—A mí se me va a hinchar los güevos llevarte a la delegación. Es una falta a la moral. Vas pa'tras. Apalábrate con mi comandante antes de que te suba a la patrulla; ya subiéndote no hay bajada.

—Deme quebrada, así nomás.

—¿Así nomás? ¡Estás cabrón! Así le dijeron a mi carnala, y tiene cinco chavos. ¡Súbete!

Y propuso la solución:

—Vamos a rajarnos la madre.

«Ah, jijo, eso sí ya no me gustó.»

—A ver, ¿cómo está eso?

—Muy simple: nos damos en la madre; si usted me la rompe, me lleva por miarme en la calle, golpes a la autoridad y por lo que resulte.

—Ajá, ¿y qué gano yo con eso?

—Sí va a ganar: si usted me rompe la madre, me lleva; si yo se la rompo, me deja ir. ¿Qué le parece?

—Ya vas, pero se trata de aguantar la presión; después, cuando te la esté partiendo, no quiero que me digas *papacito*. Si te rajo el hocico no vayas a

decirle a otra patrulla que te pegó un policía. ¿Vas a aguantar la voladora? Es más: me voy a quitar la camisola, así no puedes decir que te pegó la ley.

Me quité una manga y cuando me iba a quitar la otra, zas, con todo y camisola le dejé ir el primer trompón. Suelo. Lo agarré de las greñas y lo empecé a achicalar.

—Déjame parar, pinche cuico.

Quién sabe cómo se paró, y entonces ya fue más rifado el tiro. Me empecé a jalar de la camisa y del pedazo de copete que traía... Empezamos a sangrar de la cara. Ya me estaban dando ganas de decirle ya estuvo. Era un chaparrillo peligroso. Ya sentía lo machín de los madrazos. Pero mi orgullo... Ahí estaba mi pareja. «El golpe final lo tengo que dar yo.» Pero el chaparrito fue más mañoso. Me tenía de las orejas, azotándome en el suelo.

—Ya estuvo —le empecé a decir.

—Ya estuvo tu pinche madre, policía puto.

Mi parejita lo agarró a culatazos.

—Suéltalo, orita te remitimos por golpes a la moral y faltas a la autoridad. Limpiándome con la camisa rota, le dije:

—No, espérate, déjalo ir.

—Gracias, jefecito, gracias.

—Desaparécete. Si sigues con tus *gracias* te voy a subir, y las gracias me las vas a dar en el tanque.

—Ya me voy. Pero es que usted nunca me pidió identificación.

—¿Ya para qué jodidos quiero saber quién eres?

—No, para nada. Aquí tiene mis credenciales.

Paracaidista del ejército. Con razón. Estaba más entrenado que yo. Me daban ganas de subirlo por sardo. Por mustio. Me quedé con el coraje de que una sardina me había surtido.

El único caso grave que tuvimos fue el de un chavo que le estaba pegando a su mamá. Cuando fuimos a la casa, nadie nos abría. Volamos la chapa y nos metimos. El muchacho la tenía arrinconada, con una daga. Quería enfierrarla. Estaba perdido en la droga. Mudo. Impresionado. Los ojos inyectados. Lo achicalamos y lo subimos al jeep y sin escalas lo llevamos a la delegación. Nunca reaccionó. Una daga tiene la terminación en s: al entrar la punta florea todo por dentro; al salir, desgaja.

Trataba de no remitir a nadie; sabía que era horrible que te llevaran a una delegación. Ésa era la ventaja que tenían conmigo todos los cacomixtles.

\*

Me tocó trabajar de granadero en el temblor del 85. Estuve de guardia en Tlatelolco. Ahí todo estaba más puesto, pero yo no me traje ni una canica. Ahí sí colaboré como guardián del orden. Le fui fiel al uniforme. Sentí dolor de ver tanto muerto. «Habiendo tanto ciudadano a quien chingar; a éstos ya se los llevó Satanás, y andar de rapiña, no aguanta.» Vi a un señor que rascaba la tierra con los dedos sangrando, despedazados, queriendo sacar a su hijo.

Había patrullas llenas de televisiones, aparatos... A los carros de los muertos les salieron dueños. Miles de cosas se llevaron los sardos, la policía y uno que otro judicial. Desde la mañana del 19 de septiembre recibimos la orden de irnos al edificio Nuevo León. Ese día me había quedado en el cuartel. Pensando en mi jefa, me fui intranquilo al servicio. Fue toda una hazaña comunicarme a mi casa; todos estaban bien.

Encontré joyas, dólares; todo se lo di a mi comandante. Sabía que se lo iba a ratear, pero que quedara en él y no en mí. Muchos camaradas me decían:

—¿Qué te has pepenado? Mira, te presumo...

—Guárdatelo. Por hoy le paro a la delincuencia; aquí no se hace.

Cuidaba que nadie se acercara a robar y a la vez estaba atento a cualquier señal de vida. Escuché niños que lloraban. Si se localizaba a alguien con vida, si se podía, se les pasaba una botella con agua; si no, unos trapos empapados. Vi cómo sacaban a los muertos; otros, medio muertos. Despedazados. Todos me impresionaron. Tenían la piel negra. Espantosamente raspados. Sumidos de la cara. Los brazos allagados. Esto es el fin. Casi media ciudad se murió. Lo que me gustaba eran las comilonas. La gente caritativa nos llevaban cazuelones de comida las 24 horas del día. A nosotros nos mandaban a trabajar con un triste sandwich, un *Frutsi* y una galleta.

Al paso de los días el olor a muerte me fue poniendo de malas. El guato de cadáveres en bolsas. Mucha gente reconociendo cuerpos. Después de una semana nos quitaron del servicio.

Ya para entonces los granaderos me valían; ya tenía armas. Ya no me divertía y sí exponía mi vida. Varios compañeros murieron, en el tiempo que estuve, en el cumplimiento del deber, y a la familia ni siquiera un billete; y si le daban, era una limosna. Había que tener cierta antigüedad, ser policía de carrera y con algún grado. Mientras fueras recluta, cualquier moneda. Otros compañeros se mataron entre ellos, accidentalmente. O en la peda, jugando a la ruleta rusa...

Con ese sentimiento andaba cuando me mandaron de guardia al Reclusorio Femenil Oriente, con mi pareja el Burro. Todas las reas nos coqueteaban. Tanto tiempo encerradas las hacía comportarse como chocolate

de convento (bien calientes, pues). De repente me iba a dar mi rondín, pero cada que regresaba veía al Burro bien ídem:

—Qué onda, pinche asno, ¡presta pa' andar iguales! ¿De cuál te metiste?

—Agárrate un vaso, que traigo etiqueta roja.

«Ay ojón, qué fino se ha vuelto.» Me conseguí el vaso y sacó el alcohol del 96: sangre de pichón.

—Vas. Loquillo.

—Nel, pascual boing. Paso.

—Te vas a poner chido.

Me sirvió, pero no me lo tomé. Mejor salí a darme un gallo. Busqué terreno, ponché, me la fumé, regresé y el Burro seguía chupando. Me fui a dar otro rol, saqué dos chochos y van pa'tras. Me aventé los chocolates. De volada me prendieron. Ya chocho y grifo, me chingué el alcoholito del 96. (Nunca chupo esa madre, nomás pa' que exploten los chochos.) Quería cruzarme para sentirme grande: de vil policía a general. Me aventé dos alcoholes. Entró el cruzón. La laguna mental. Empezamos a echar tiros. A tirar plomazos a diestra y siniestra. De inmediato se generó una alarma general entre los custodios, el director del penal, las internas... Me causaba diversión los gritos de espanto y las carreras de la gente que se escondía. Sabía que estaba disparando, pero no sabía ni por qué. Se me olvidó que estaba de servicio. Todo. Se acabó el cargador y seguimos chupando. Llegó un capitán. A jalones nos llevaron a la patrulla. Subieron al Burro a fregadazos. Me quisieron pegar y les corté cartucho. Se me habían acabado las balas. El capitán y yo forcejamos por la pistola. Lo ayudaron a desarmarme; no pudo solo. Cuando nos llevaban al batallón le dije que no nos fuera a reportar:

—Te vas a las mazmorras.

Era el castigo, el apando.

—No me digas que te sorprende. Siempre estás en las mazmorras. Ya parece que es tu casa.

Por el retrovisor vi al sujeto que iba manejando y me hizo una seña de aliviane. Íbamos llegando al batallón. Estábamos a unos pasos cuando, al subir el tope, el patrullero se enfrenó y quitó los seguros. Salí por una puerta y el Burro por la otra. El capitán me jaló y lo achicalé. Salieron los de moto patrullas, los de sector y la guardia de granaderos, y entre todos, a punta de fregadazos, nos metieron a las mazmorras. Me levantaron un acta, que nada más procedía adentro del batallón; después la mandarían al consejo de honor

y justicia y éste me dictaría mi castigo. Me quitaron mis placas, credencial, armas y me encerraron.

Ahí era lo mismo: todo el santo día un fumadero de mota. De las mazmorras se podía salir, pagando su respectiva renta: un pomo o una feria; solamente te advertían:

—Si al reporte no estás aquí, te acusan de abandono de arresto y te corren.

Por indisciplinado siempre andaba arrestado, porque huía de Educación Física, del stand de tiro... Me arrestaron la vez que eché gas lacrimógeno en el Metro. Es que el vagón iba lleno, yo me quería sentar y ni una dama que me cediera el asiento. Empecé a decir: con permiso, psss; con permiso, psss. Así por todo el vagón. Un tosedero marca diablo. En dos patadas me senté.

Por el zafarrancho que armé en el Femenil Oriente me impusieron un mes de trabajo en la policía montada, allá por la Cabeza de Juárez: a lavar la porquería de los caballos. Y en cuanto terminara el castigo, solamente haría servicio interno dentro del cuartel.

Me llevaron a la montada. Se acercaban las fiestas de fin de año. Para soportar los seis días de encierro me compré botes de cemento. (Nunca me agradó el chemo; nada más porque no tenía chance de salir a comprar mota ni chochos.) De rapidísimo podía darme mis escapadas para mercar el cemento y volverme a meter. Era lo único que podía hacer: un chemazo. Me desesperaba. Ya no aguantaba la presión y el 24 de diciembre abandoné el arresto y me fui a mi casa; el 27 me presenté: «Si no ha ido supervisión o si alguien pasó lista por mí, ya la hice.» Pero en cuanto llegué, me la aplicaron:

—Sabes qué, compita, estás dado de baja.

—Bueno, al fin y al cabo ya ni quería estar aquí.

Fui a Balbuena a recoger mis cosas. Las compañeras del femenil y los del grupo me decían:

—No te vayas, Loquillo, te sacamos una incapacidad del ISSSTE diciendo que te pusiste malo.

—La neta ya no quiero estar.

—No seas cartagacha. Tú eres un buen desmadre. Definitivamente, después de un año, ya no quise estar ahí.

\*

Todavía era granadero cuando pisé por primera vez un reclusorio. Me acusaron de allanamiento de morada, lesiones, amenazas, injurias y portación de arma de fuego. El Burro, el Jabalí y el Palmeras teníamos el día franco, así que decidimos irnos a chupar con la Negra; una mujer que vendía cervezas

atrás del batallón. Horas después el Palmeras nos invitó a su casa, en la colonia La Joya. Llegamos a su cantón y empezamos a chelear y a echarnos unas mariguanas. Estábamos en la calle. En eso pasaron tres chavas y se nos hizo fácil vacilarlas. Atrás venían unos chavos y las defendieron:

—Cálmense, culeros. Pinches policías ojetes.

Y se siguieron de frente. Decidí pararme a regar mi arbolito. No vi cuando los chavos regresaron a picudearlos. El Burro fue por mí; chillando y sangrado de la nariz, me dijo que le habían echado montón los tres chavalillos.

—Pues, ¿qué paso? Cómo que se quieren pasar de lanzas si somos la tira y traemos con qué quererlos —tiré un plomazo al aire y grité—: Córrele. Vamos a darles alcance.

Los escuincles se metieron a una casa. Con mucho escándalo tocamos la puerta. Nos abrió una mujer embarazada.

—¿Dónde están? No los esconda.

El Burro y el Jabalí se metieron y empezaron a destrozar los muebles de la sala y la cocina, platos, la alacena, la televisión...

—Es que aquí no están —y le dimos su estáte quieto a la señora.

Me subí a la azotea. Ya habían huido. Me asomé a la calle y vi a una bandísima con cadenas, palos... Eran como 30. Bajé a recargarme a la puerta para impedir que la echaran abajo. «¿Cómo le haré para escapar?»

—Burro, ven, está puesto. ¡Apúrale! —todos cayeron sobre él.

—Jabalí, ahora vas tú. El Burro ya les ganó.

Cuando todos estaban entretenidos con ellos dos, salí volado, como si trajera patines. Me aventaron un botellazo en la cabeza y un batazo en los tobillos. Me tiraron, me levanté y corrí descalabrado y rengo. Llegué a la casa del Palmera.

—Guárdame las placas, la pistola...

Su hermana me hizo una curación hechiza y quise volver a salir para averiguar la suerte de mis valedores.

—Ya quédate aquí. Te van a dar otra —dijo el Palmera.

—Venimos juntos, ¿cómo los vamos a dejar morir solos?

Me enterqué y regresé a la casa de los cocolazos. Entre el bolón de gente había policías y agentes. Me acerqué a un policía y le dije que yo también había estado en el borlote, que me llevara:

—Ya levantamos nuestro reporte y tú no estás. Ya mejor vete. No le busques cinco pies al gato.

—Cumple con tu deber. Ábreme la puerta.

Nos llevaron al MP, donde nos acusaron de mil delitos. Nosotros nomás aceptábamos que le habíamos pegado a la ñora. Hasta entonces entendí la magnitud del problema en el que estábamos. Nos fue peor cuando se enteraron de que éramos policías. Dentro de mí me sentía realizado porque yo sí quería ir a la cárcel, para que no me la platicaran. Pero creía que era un entras y sales. No pensé que me marcaría de por vida, que mis huellas digitales quedarían registradas en los archivos policiales.

Nos llevaron a una celda y toda la noche el Jabalí y el Burro se la pasaron en el suelo, quejándose:

—¡Ayayay! ¡Ah! Con razón nos mandaste por delante.

El Jabalí tenía las costillas enyesadas. «A mí me fue bara. Voy a tratar de no andar armado cuando chupe. Es más, ya no voy a tomar. Sólo grifear.»

A los dos días nos llevaron al Oriente. Llegando llegando, apenas iban bajando mis compas de la camioneta cuando los otros presos gritaron:

—¡La leona parió policías! Ahora van tragar una sopa de su propio chocolate.

Los metieron al baño y los madrearon. Yo me les escapé porque les dije:

—Nel, ¿qué les pasa? Yo no soy chocorrol.

—Déjenlo, es la banda. Ellos sí son tira.

Estuvimos tres días porque alcanzamos fianza. En el barrio y en granaderos me pavoneaba: «Mírenme, ya vengo de la cana y aquí estoy.» En realidad los presos se agandallaron conmigo y me agarraron de su tierno. Todo lo que me hicieron lo platiqué al revés. Me quedaron ganas de conocer más a fondo la cárcel. Deseo que se me cumplió meses después.

Estaba pisteando con mi amigo Fernando el Caballo (que el Señor tenga en su Gloria) y el Nicos, los dos eran electricistas, y nos dieron ganas de comer mariscos. Fuimos y nos tomamos unas chelas y unos vuelve a la vida:

—Para que se te cargue la pluma.

—Vamos a andar como burro en primavera.

—Con más leche que la Conasupo.

—Vamos a la disco. Quiero ir a bailar —les propuse—. Vamos a Epaminondas, pero antes le llegamos al barrio y compramos unas mariquitas.

Les gustó la idea. Salimos y nos subimos al Metro, hacia Tacubaya. Exactamente en Cuauhtémoc se subieron dos inditos, igual que nosotros (no de indios sino de borrachos). Traían un pomo. Yo iba sentado, en cuclillas, recargado en la puerta que no se abría. Sentía que me pasoneaba y quería coordinarme, equilibrarla. Me agaché y puse la cabeza entre las piernas. Uno de los indios me pisó.

—Fíjate, pendejo.

Me volvió a pisar, con alevosía.

—Bueno, qué, pinche paisano, ¿por qué me estás pisando?

—Bájele de güevos —me respondió.

Que me suelta un descuentón y nos empezamos a agarrar. Zas se metió el otro paisa. Que le brinca el Caballo. Pero pudo más la fuerza de los indios: no los podíamos tumbar. El Nicos también le saltó. Los tres contra ellos dos, y no podíamos. Un indio me quería dar un botellazo, pero lo libré. Le quité la botella y me la empiné.

—Gracias por el pomo —y ahora sí se lo estrellé en la cabeza.

—¡Ya déjenlos! ¡Montoneros!

Se armó el gritadero. Entre Insurgentes y Sevilla fue la pelea. Y como nunca falta la vieja chismosa que se cuelga de la palanca, llegó la policía. A nosotros nos llevaron a la delegación y a los paisanos, al hospital. Casi al anochecer llegaron a declarar. Al Caballo lo mandaron al tutelar y a nosotros dos al Norte. Alcanzamos fianza.

Con ese segundo atorón volví a sentirme muy cacaleado, muy vivido. A propósito de chundos, una de mis mayores diversiones era atracarlos el fin de semana. Los indios son muy espantadizos, pero también los hay muy aferrados. Los domingos salen las gatas y los gatos a pasear a la Alameda de Tacubaya y al Mercado de Cartagena, lugares preferidos del gaterío. Las gatitas se visten de angora y hasta presumen las joyas de las patronas.

La tercera vez que me atoraron fue por robo de auto. Cumplí un año de condena en el Reclusorio Norte. Nada quiero hablar de ese encierro porque todos hicieron de mí lo que quisieron. Todo ese tiempo me trajeron juido. Cachetadones por todo. Me dejaba robar, pegar y sobajarme: me trataban como a un tonto y me tenía que tragar mi coraje. Si en la calle era el rompe madres, el Uyuy, el Ay Nanita, ¿por qué me pegaba hasta el más babas? Pero todo lo soportaba. Como la vez que iba entrando al comedor y uno que ya me había agarrado de bajada me dio un palazo chulo en la clavícula, así de gratis:

—Usted me cai en la punta; es más, todos los de Tacubaya son putos.

—Yo creo que hasta putas somos. Ahi nos vemos.

—Vamos a darnos en la madre.

—Nel, soy puto. Déjame pasar.

Y que me sorraja otro palazo.

—Aguanta. Ya estuvo. Si en algo te ofendí, discúlpame.

Y que me escupe la jeta.

—No quiero pedos; ya estuvo.

—Tu jefa es puta y tu vieja también.

—Sí, las saqué de un congal.

Escenas como o ésas o peores de humillantes las sufrí al mayoreo y no chisté jamás. Las autoridades premiaron mi comportamiento modelo; por eso conseguí mi libertad condicional.

## **LIBRO TERCERO**

UN ATRACO DE LUJO Y EL APAÑÓN más idiota y definitivo de mi vida los viví juntos, en un sólo día. El robo lo cometí en compañía de uno de los Gemelos. Le dije:

—No hay para la mota ni para los chochos. Hay que generar una feria.

—Vamos por un cuentahabiente.

En los bancos trabajábamos a puras señas, con los ojos. Te meneas para ver quién saca el billete. Vimos que un chaparrito sacó el guato de feria en un maletín azul. El Gemelo salió detrás de él y se rascó la cabeza, como diciendo «éste es el bueno». El chaparrito se fue caminando por Revolución; le di alcance y lo empujé a un edificio; sin decirle nada, lo empecé a desmadrar. Agarré el maletín, me salí y cerré la puerta.

Nos tocaron dos millones a cada uno, allá por el 87. Me fui a Tepito y me compré una grabadorzota y unos cartones de mota; donde van las pilas de la grabadora la guardé. Ese día mi papá salía de viaje y mi jefa me pidió que llegara temprano para que me despidiera de él. Yo estaba en la casa del Gemelo grabando unos casets y poniéndonos mariguanos. Entonces me propuso:

—Qué, Román, vamos a aventarnos un taloncito.

—No, ya traemos una feria; ya estuvo.

—Otro talón, ándale.

—No.

—No seas gacho. Andamos de suerte.

—Tengo que estar a las nueve en mi casa.

—Son las ocho. Rápido, al primero que pase le partimos su jefa. Aquí traigo la navaja.

Acepté y fui a mi casa a dejar las cosas. Mi vieja me preguntó qué era lo que estaba guardando en un libro.

—Dinero. No quiero que me lo toques.

Salí y nos fuimos caminando por Revolución. ¡Qué me iba a interesar diez o veinte pesos si ya tenía miles! Nomás por sentir la vibra, la emoción de ver

las caras de los asaltados. Quieren llorar. Como que la piensan mucho. O voltean a ver quién les hace un paro. Pobres infelices. Si no traían nada, hasta ganas me daban de darles cinco varos para su chesco.

Íbamos cruzando Viaducto cuando vimos a tres, como de nuestro forje.

—Vamos a darles karate, va. Ejecutamos y nos piramos.

Los dejamos pasar, los abrazamos, dejamos uno en medio, y uno de cada lado:

—Quietos. El primero que haga un pancho le rallo la jeta —amenazó el Gemelo con la navaja.

Yo no llevaba nada: era joven, sabía meter las manos:

—A ver, túmbate la molleja, rápido.

Uno de ellos no quería aflojar y el Gemelo le dio un piquete y yo un cabezazo:

—No tiembles, no estás viendo un fantasma. Presta. Así como van, no la hagan de tos y no volteen porque los cosemos a puñaladas.

Nos fuimos caminando sobre el sentido de Revolución; nos atravesamos, como para ir a Tránsito. Dimos toda la vuelta por 1810 para llegar al cine Jalisco. De lejos vicentié una patrulla:

—Métete al cine de volada.

Nos metimos a ver la cartelera. Luego, más confiados, nos salimos. Cuando íbamos a llegar a Viaducto la patrulla nos atoró. Yo llevaba en las bolsas como cinco tiras de chochos, cada tira de diez Reynolds y Ribotril. Aventé los chochos debajo de la patrulla. Nos subieron, nos basculearon y nos encontraron las pertenencias de los chavos:

—Chiquita, no se la van a acabar.

El Gemelo empezó a regar el tepache:

—Danos chance de aventarnos un tiro con esos que robamos.

—Si te dejo, el más chavo te va a romper el hocico.

Entonces me calenté:

—Échamelos a mí. A los tres putos les rajo la madre. ¡A mí, jefe, dame quebrada!

Y que me suelta un bofetón. Ya me quedé callado. Nos llevaron a la Miguel Hidalgo. No dejaba de reclamarle al Gemelo:

—¿Ya ves? ¡Eres necio como la chingada! Si ya traíamos dinero, chochos a madres... ¿Ya viste?

Los tres chamacos me pusieron el dedo, me acusaron. Mis procesos seguían pendientes. Los chavos, después de rendir su declaración se fueron. Me puse a llorar. «¿Por qué, Dios mío. Por qué?» Mi hija estaba recién

nacida. Mi vieja todavía estaba en cuarentena. No di nombres de familiares. «Van a venir a regarla; en lugar de sacarme, me van echar más tierra.» Le avisaron a la familia del Gemelo y su mamá le avisó a la mía. Mi esposa llegó a la delegación con la mascada en la cabeza, como deben usarla las recién paridas para que no se les clave un aire.

—Perdóname, chiquita, ya qué. Vete pa'la casa. Aunque llores tú y llore yo, no voy a salir de este atolladero.

Seguí llorando porque me dolió verla llorar.

De la delegación, al otro día, nos llevaron al Preventivo Oriente; nos recibieron con todas las de la ley:

—¡Ya parió la liona!

Cuando las leonas se alivian, les nace un chingo de leoncitos; pues así, un resto de cabrones van llegando. Y los internos se acercan a ver qué zapatos, qué garritas, si traes reloj... Te llega uno que calce más o menos igual que él; no se van a atracar unas lanchotas del ocho si calzan del dos. En cuanto encuentran su número, exigen:

—Son de ahí, mi cabrón, túmbese los rieles.

No me dejé que me los quitaran:

—Nel, carnal, no se hace.

—Vas a ver si no.

Llegaron cuatro a tumbarme los tenis y hasta unos patadones me dieron en las espinillas:

—No les voy a dar nada, ojetes.

Cuando me cansé de que me anduvieran taloneando, llegó uno y le propuse:

—Vamos a hacer una tranza: tráeme dos mariguanas, dos chochos y te doy los Nike; consígueme unos relingos para taparme los pies:

—Va. No se los vayas a dar a nadie, güerito; conmigo fue el trato.

Cuando regresó con mi encargo se los di. De ahí nos fuimos al rancho, a comer; nos dan una charola como la de los hospitales: en un lado sopa; otro, frijoles y guisado. Generalmente todo se revuelve; parece que te estás tragando una basca. Otra vez me puse a llorar: «¿Por cuánto tiempo voy a estar aquí, Dios mío? Espero que sea menos de un mes, al fin y al cabo vengo por un reloj. La vez pasada vine por un auto y me aventé un año; un mes es lo que vale el reloj. Mejor hubiera asaltado un banco.» Eso pensaba a la hora del rancho. Recordaba a mi viejita y a mi hija de 15 días de nacida.

No me equivoqué; estuve poco tiempo en el Preventivo. Lo que nunca imaginé es que iban a sumar todos mis procesos pendientes y que me la

dejarían ir suave y bonito: ocho años, 3 meses de condena. No me la acababa. Me pareció un abuso y una injusticia. Creía estar viviendo la pesadilla más atroz de mi vida cuando me trasladaron a Santa Marta Acatitla a cumplir mi sentencia. El Gemelo la libró porque era primo delincuente.

El teje y maneje del reclusorio es pura manchurria. Es un nido de encajosos; no faltó el desgraciado que llegó a preguntarme que si fumaba mota. Le respondí afirmativamente.

—Me pasa. Toma cinco motas. Fúmatelas, véndelas; yo a las seis de la tarde vengo por mi feria; si no, te la rompo.

Le valió sombrilla si traía dinero o no. Con los internos que tuvieron visita hice la cooperacha y junté lo de las motas, y me las fumé. Ese bato agarró la costumbre de írmelas a dejar diario:

—Ahí está la verde. Vende el culo, mata a un güey o a ver qué haces; tú me pagas mi feria en la tarde.

Me traía movido el infeliz con esa frasecita: ¿Vender el culo? Estaba pelón, ¿quién me iba a pagar? Si mataba, me refundían; mejor taloneaba.

El día que llegué me fue mal porque también me llegó el Huevo. Un tipo chaparrito que hablaba y hacía bombitas de saliva. Espantaba. No tenía ni un jodido diente:

—¿Qué pasión? ¿De dónde es? —me preguntó.

—De Tacubaya.

—¿De qué banda?

—Cero bandas.

—Se me hace que eres de la BUK.

—No. Neutro. Negativo.

—Te voy a coger.

—No. Ya estuvo, valedor.

—En la lista de las nueve, se ponen a la pared; me los voy a atrincherar.

—Charros, no, mi vale.

Se fue. Se nos frunció a los recién llegados. Ya en la noche, pasaron la lista y nos llevaron a las galeras. Parecíamos cajetillas de cigarros: veinte en una celdita, donde apenas se cabía parado.

—Órale, no cagues tan apestoso.

—Es calabaza, ¿a qué quieres que huela?

Ahí te zurras y te meas en una coladerita. Sí hay excusado, pero mejor te haces a un lado, no te vayas a cortar las nalgas ahí sentado. El Huevo se dormía donde quería; llevaba años de encierro. Llegó y le dijo al custodio:

—Ábreme esta celda. Quiero ésta.

—¡No le abras! —grité.

—Ahorita vas a ver, güero, por decir que no me abran.

Y que le abren.

—¿Qué transa? Ya vine a cogerte.

«Uta, esto sí va en serio.»

—No, mi cabrón, no me cojas; qué te ganas con eso. Mejor vamos a ser valedores.

«Aquí está muy chiquito para darle en su madre.»

—No, Huevo, no vale la pena. Mañana te invito un toque.

—¿A qué horas?

—Como al mediodía.

—Si no, te cojo.

Varios días me perdí el rancho. Ahí estaba el Huevo. Hasta el hambre se me iba nada más de pensar que podía cumplir su amenaza. Como a la semana de haber llegado reconocí al encargado de la tienda:

—¿Qué onda, Buitre, qué acción?

—Hazme un paro. Aquí no estás quemado. Necesito que vayas a dormitorios por una mercancía.

—¿Tú me vas a dar para pagar mi salida?

—A güilbur.

—Jefe, voy allá dentro, a dormitorios.

—Te voy a basculear, no quiero que metas droga.

—Qué pasó, jefe, toda al cerebro; nada a las bolsas.

Me dieron el cargamento y me lo metí de sobacazo. Con las manos pegadas al cuerpo regresé a Ingreso. Entregué el pedido y me discutieron tres chochitos:

—Abre la boca. Quiero ver que te los tomes.

Sentí la masita, cómo se empezaban a deshacer en la boca. Le pedí una Pepsi para pasármelos.

—¿Cómo te cayeron esos chocolates?

—Delux. Ora saca un chupa y soplas, ¿no?

—Súbete con el Limón a atizar; se acaba de subir, dile que yo te mandé.

Se obedeció el mandato del Buitre y me puse chido. Estuve con el Limón perdiendo el tiempo, bien drogadito y oyendo unos casets, cuando me dijo:

—Cámara, compa, me voy a mover.

Como diciendo ya lárgate. Me salí y cuando iba bajando las escaleras vi al Huevo, de espaldas. Un chaparro mamadito. Fuertecito. Lleno de cicatrices:

cara de chicle masticado. Me aterrorizaba, pero como ya venía chido, me dieron ganas de platicar con él:

—¿Qué onda, mi Huevo?

—No te me acerques porque te cojo.

—Entonces vámonos al rincón brujo a ver quién se parcha a quién. Vamos a ver la calidad.

El rincón brujo es una habitación grande donde todos se meten a enmariguanarse.

—No hagas el pedo grande porque vas a terminar zurrado.

—Vente a lo oscurito. Se me hace que el ensartado va a ser otro.

Cuando llegamos al rincón me quité la camisa. «Si me madrea, que me coja; si no me lo cocino». Pum pum. Empezó el jale. Me resbalé y me solté un patadón loco. Cuando se me aventó, lo agarré de las greñas y me levanté, apoyándome en él. Los dos nos caímos. Conseguí levantarme y lo empecé a patear:

—¿No que me iba a coger? Ahora es hasta que me canse. Me espantaste unos días. Ahora sí: culo a la pared.

Le quite una cadenita de plata; llegó el custodio, pero el Buitre le bailó con cinco lucas para seguir dándonos en la madre. Al vigilante le dije que ya no lo dejara pasar a las galeras porque no quería embarcarme. Le cambié la cadena al Buitre por unos refrescos y unos Gansitos para la banda.

Desde ahí dejó de fregar el Huevo. Pero el de las motas ya me tenía frito:

—Ahí están los cinco carrujos. Al rato vengo.

—Ya no voy a vender nada ni me las voy a fumar.

—¿Qué?

—Al rato, en dormitorios, le voy a romper la crisma. Llévase sus motas y estamos agraviados.

Santo remedio; me dejó en paz. Después, en Ingreso, me convertí en el transa cabecilla. Cuando llegaban los nuevos les tumbaba sus garras y cambié los relingos que traía por unos tenis mejores. A mí me habían hecho esas fregaderas, ¿por qué yo no? Empecé a entrar en el núcleo de los maleados, barbajanes, poca madre. Era la ley del más fuerte. Madrizas, tiro por viaje; pero a la vez no me metía en bronconones. La gaviotez era en la calle, adentro la medía. En un aceleran matas o te matan por la espalda o durmiendo. No era mi intención sobresalir; ponerme a la altura de Durazo y sus Jaguares, el equipo del general. Los presos famosos siempre imponen, pero también los rambo que ya llevaban años ahí. Lo malo es que en un principio no sabes ni con quién te enfrentas.

\*

En los reclusorios no hay leyes. La ley es la que impone el interno; no es la de Dios ni la del juez. El *No matarás*, se lo pasan por el arco del triunfo: matan. El ratero sigue robando. *No violarás* y el violador busca la manera de procurarse su vicio. Un día de visita, vi que un degenerado le estaba metiendo la mano a una niña. La chamaquita empezó a llorar. Ya le tenía los dedos adentro. Me paré y lo achicalé.

En Ingreso no tenía visita. Después me pasaron a Observación, donde es obligatoria la fajina, la limpieza del penal, mínimo tres meses. Estaba en la zona 2, celda 5, de Observación. Los fajineros te traen en la humillación constante. Te tratan con la punta del pie:

—¡Órale, hoyos y rayas! ¡De a patito!

De a *patito* es ir caminando con unos trapitos que parecen pañuelos. *Hoyos y rayas* es ir secando con tu trapito los charcos de agua que se forman en el piso de concreto. Hay dos o tres cubeteros que te van diciendo:

—Échale agua hasta que salgan sapos. Agarren sus chicharrones mientras van diciendo: *no vuelvo a robar, no vuelvo a robar*. ¡Mascando chicle y moviendo el culo, hijos de su pelona! —esa postura acalambran los pies—. Agáchese. Parece vieja embarazada. ¿No quiere hacer fajina?

«Ya estuvo bien que te peguen; tú también sabes rajarte la madre.» Pero tantito protestaba o ponía jeta, de inmediato me marcaban el alto:

—Qué, hijo, ¿de qué te las doras? ¿Qué te sientes? ¿No le pareció? Pague su fajina y nadie lo va a molestar; nadie lo va a levantar y puede seguir durmiendo. Por rebelado, agárrese un chicharrón gigante.

¿Cuánto puede secar una cobija de lana? Casi nada. Pero pesaba como mi conciencia. Los cabos de fajina me cargaron la mano. Me traían a puros patadones; todos, ya no era uno solo. Y más bilis derramaba.

Un día, a la hora del desayuno, le tocó servir el rancho al cabo de fajina, con el que me picudeaba a cada rato. Yo tenía un botecito de naranjada Bonafina y un vaso:

—Aquí me echas mi sopa y aquí mi guisado.

No tenía el plato de aluminio, el cacharro. Me sirvió, tomé mis tortillas y me fui a sentar por la esquina. Un interno nuevo se acercó con un cartoncito de leche para que le dieran de comer, y agarró el cabo de fajina y le dijo:

—Consíguete un cacharro.

Y pas, le aventó en la cara el cartón con todo y comida. Lo quemó. Pas pas, se empezaron a pelear. Al nuevo lo sanguazó todo y el otro seguía de

manchado. Ni las manos metía. Se me figuró que era yo. Me levanté:

—¿Qué onda, hijo? Va conmigo. Si nada más quería un pretexto.

Chin, que lo descuento. Se quitó la camisa y que me espanto: tenía un cuerpazo. Yo soy un espárrago. Y hacía sus iris de muy karateka; y como él estaba sin greña, ¿de dónde lo agarraba? Abría las patas, se volteaba para allá. Se veía apantallador con sus dragonzotes tatuados. Yo, con cara de pendejo, parecía chundo. Empecé a moverme sin faramallas. De repente se me dejó venir. Tiramos la cazuela de la comida. Llegó el momento en que pensé que no lo podía tirar porque estaba pesado, pero le apliqué la técnica ráfaga-chingadazo y conseguí arrinconarlo. Tengo la maña de que cuando ya los tengo, no los aflojo; así me digan papacito te beso las patas. Me sale la ira y no los suelto hasta que los vea ya totalmente desmadrados. Se cayó. Es imponente mi ponche: pego y noqueo, sin tanto irigote.

—Párate, que apenas voy sudando.

Yo tengo eso: los tiro y me empiezo a pavear. Se levantó y lo volví a arrinconar. Se cayó de nalgas. Oía voces por todos lados:

—¡Ya márchate porque no te va a dar viada!

—¡Masácralo!

Lo arrinconé por tercera vez.

—Ya estuvo, Kawasaki —hasta de mi apodo se acordó.

Ya lo traía totalmente juído cuando:

—¡Los custodios! ¡El rondín! ¡Al tiro! Todos a sentarse. ¡Fiuui... Fuuit!

—¿A ti, quién te rompió tu madre? —le preguntaron al cabo.

—No, nadie. Me caí solito. ¿No ve que se cayó la comida?

—Yo también me resbalé.

—Ven tú para acá, que eres cabo.

Y se lo llevó. «Ahorita se va a desinflar.» Pasaron quince minutos. Terminamos de comer los que alcanzamos. No se enojaron los que se quedaron sin rancho: prefieren ver un tiro que tragar. Ya estábamos en nuestras habitaciones cuando llegó el rondín con el cabo.

—Sácamelos a todos y fórmalos en dos hileras.

Después bajaron los custodios con el director y su comitiva. Me formé hasta la cola; soy de los que tiran la piedra y esconden la mano. Los jefes pasaron con el que me la había rifado.

—¿Quién fue? Mira nada más cómo te dejaron, ¿quién te golpeó? Allá arriba me estabas diciendo y aquí te callas:

—Fue ése —y me señaló—. Y ése... No pus, todos me echaron montón.

—Todos te medio matan. ¿Así que nada más fue uno solo? Bueno, pues ya no me lo dejen ser cabo por pendejo. A ver, tú, ¿por qué le pegaste?

—En la mañana me paró a patadones. Yo vengo a formarme como buen soldado, pero no a madrazos. Porque en ningún momento me he negado a hacer fajina, ¿por qué me despierta a putazos? Dijéramos ya me habló y me hice guaje, voy de acuerdo. Ahora, mire al muchachón, cómo lo dejó; nada más porque llevaba una madre de cartón para que le sirvieran el rancho.

—¿Y tú le hiciste el paro?

—No. A mí me dio en la madre en la mañana, y vi la ocasión para sacármela.

—Te la voy a pasar, pero a la próxima...

Mi buena suerte continuó por varios días más. Estaba haciendo fajina y un señor delgadito, moreno, se me quedaba viendo muy agudamente. Iba de traje, con sus guaruras; se me acercó, casi me da un beso en la boca:

—Eres Román. ¿No te decían el Loquillo?

—Me llamo Arturo Gómez y me dicen el Ronco.

—Te pareces un buen. ¿De veras no eres el Loquillo?

—Me ha de confundir; tenemos muchos parecidos.

Se fue y empezó la hora de la visita. Estaba platicando con una amiga y vi al del traje y a sus dos guaruras. Me puse blanco y amarillo. Se me quedó viendo:

—Ven. Eres el Loquillo.

—Soy el Ronco, ya le dije.

—Tú estabas en granaderos. Pertenecías al Grupo Especial. Eras de los más sobresalientes.

«¿Le habré hecho algo?»

—No te acuerdas de mí. Veme bien.

Hasta la fecha no me acuerdo quién es, pero le tuve que decir:

—Ah, simón, estabas en granaderos, ¿no? Se me olvida tu nombre, pero ahorita te digo.

Me invitó a desayunar; nada más le acepté un café.

—¿Por qué estás aquí?

—Vengo por robo de auto, portación de armas.

Tenía que mentirle. ¿Cómo que un granadero estaba entambado por un simple robo de reloj? Y hasta Santa Marta. Es para burlarse, francamente.

—Eres cabrón. Siempre lo fuiste. ¿Estás haciendo fajina?

—Sí, pero ya estoy viendo de a cómo me sale más bara.

—No seas payaso. Vente.

Y que me lleva al hotel, al edificio de la íntima. «No vaya a ser que quiera que se la pague con cuerpomático».

—Desde mañana te vienes a trabajar aquí a hacer lo que sea.

—Sí, jefe.

—No me digas jefe, dime por mi nombre.

—Es que si te tuteo, los internos pueden confundirme con un soplón.

Después fuimos a ver al jefe de la fajina y le pidió que ya no me molestaran.

—Ahora vente por acá. Acompáñame al centro escolar.

«Ah, qué. Si yo no quiero estudiar.»

—Ya, ya, jefe, no me haga tantos paros.

—Te voy a decir una cosa: yo te hago el paro por lo que tú quieras, hasta puedes matar... Yo sé que eres especial. Pero óyeme bien: por drogas no te defiendo. Te dejo caer todo el peso de la ley... Vamos a tu celda. Quiero ver qué ubicación tienes.

Algunos me empezaron a preguntarme qué pasaba.

—Cualquier licenciadito. Lo conozco desde la calle.

Total, se me acabó la hora de visita. Al otro día, ya no me pararon a hacer fajina por órdenes de la dirección. Entonces me fui a cotorrear a Dormitorios a buscar a un compita, que se había portado muy bien conmigo en otras cárceles. Estuvimos fumando mota y platicando. Él era joven y su amante tenía 48 años; la señora le llevaba una despensa impresionante, la misma que él me daba para venderla y me daba comisión. Estaba tan a gusto que no me di cuenta que me andaban buscando los custodios por todo el penal. En algún momento escuché que gritaron mi nombre:

—¡Román Lara Guzmán!

«¿Habrás otro Román Lara Guzmán, aquí? Chanzón. Porque yo estoy allá abajo.»

Pues siempre sí era a mí a quien buscaban. Y los custodios me dieron mi primera chinga.

—¡Te dijimos cuando llegaste que no queremos colgados de la lista!

—Aquí están sus dos varos.

—No. Tienes que aprender que aquí la lista es sagrada.

—Pásale por tres.

Eran tres manguerazos, con cables de cobre o plomo. Me llevaron a una oficina y me ordenaron ponerme en quinta posición: agarrado del escritorio. Si me movía, se repetía la dosis. Las nalgas quedan negras.

Nos pasaban la lista seis veces al día: a las seis, a las doce, a las cuatro, a la seis y —la última—, a las nueve de la noche. En el otro encierro, sabía que en la última lista ponían el candado en la celda y abrían hasta el otro día. En Santa Marta no era así. Las puertas eran corredizas, como en los Estados Unidos, así he visto en la tele, y no nos encerraban. Podíamos tener nuestra puerta abierta o cerrada, según nos diera la gana.

Desde la primer mangueriza que me recetaron comprendí que no me quedaba más remedio que adaptarme al sistema.

\*

Por fin me mandaron al área de Dormitorios; hay 4. Cada dormitorio consta de 12 zonas; una zona es un pasillo con 12 celdas. Era la madrugada, ya estaban encerrados por dentro:

—Soy el custodio. Abran. Ya les llegó el tierno.

Mis compañeros de celda, apenas me abrieron la puerta, me leyeron la cartilla:

—Cuidadito y se te ocurra nagualearte algo de aquí. Nuestras pertenencias son sagradas. Tres veces al día tienes que lavar los trastes porque eres el tierno. Tender nuestras camas. Diario se barre y se lavan el piso y las paredes para evitar los laicos o sea los piojos blancos. ¿Tomaste nota? La mota es pa'todos. Si traes, tienes que compartir. Y si nosotros traemos, si queremos, te invitamos.

Los primeros días sí les hice el quehacer, como buen soldado. Empecé a relacionarme con ellos: el Pato, un güero de ojos verdes que iba por atentado al Presidente. El Gabacho por robo a casa habitación. El Gumersindo iba por violación a un infante y, además, lo mató. El Metralla por portación de armas y asalto a mano armada; era un chamaquito como de 18 años, bien guaguarón; parecía loro huasteco, hablaba y hablaba. Se sentía bien feroz, bien malo el carajo escuinclé. Todos eran delincuentazos. Y yo iba por un triste reloj y del más bara:

—¿Y por qué vienes?

—Por robo de auto.

Al día siguiente, el Metralla me invitó a entrar al negocio:

—Te damos 22 cigarros de mota; vendes 20 y te quedas con dos. Te los vendemos a dos pesos y tú los das a cinco.

—Mira, chavo, vengo llegando; déjame ambientar.

Cuando mi mamá o mi esposa no me iban a ver, mi mente estaba en la calle: «Uta, es sábado. Ahorita estaría en una fiesta.» Para donde quiera que

voltees, quieres ver la calle y no ves nada: puro cielo si volteas pa'riba. Ves pa'llá y ves las mismas jetas. Mejor veo al cielo. «Si Dios me da chance de salir, ya no me voy a meter en líos.»

El compañero de granaderos hasta allá me fue a buscar:

—¿Cómo está tu habitación? ¿Quieres que te saque a estos de aquí? Puedes meter a quien quieras. Hay mucho granadero que está preso.

Tuvo que hacer la aclaración porque había granaderos trabajando como custodios y también como internos; tanto unos como los otros nos hacíamos los paros. Al trabajo que me había conseguido, en el edificio de la íntima, no fui; no quería que pensarán que andaba de chiva. Trataba de esconderme de él. En una ocasión lo vi en el pueblo, o sea, en la explanada, y me gritó:

—Loquillo, ven. Te he ido a buscar a tu dormitorio.

—¿Qué pasó, qué quieres?

—Nada más para despedirme; ya se me cayó el hueso. Me voy a buscar otra chamba. Cuídate.

Apenas se fue el quién sabe cómo se llama, me decidí vender mota. Mi familia, muy de vez en cuando, me dejaba una lanita. Pero si me daban, por decir, cinco pesos, apenas me alcanzaba para dos mariguanas, ¿y los demás días? Pues a la vendimia, a trabajar, qué remedio. En veces agarraba la guitarra y me iba a cantarle a las visitas. Un cuate iba atrás de mí recogiendo la feria en un vaso. O agarraba mi *cajuela*, una caja de cartón y me iba voceando mi mercancía:

—¡Ma-za-panes, chicles, gomitas, pepitas, cacahuates, cigarros...! —y a la mátalas callando ofrecía—: Sí hay, jóvenes: chochos, mariguana, cigarros, cerillos. Cuántos, cuántos. Sí hay, jóvenees...

Los dulces se vendían bien, pero ganaba más con los chochines y las motas:

—¡Ese de los cigarros!

—Sí hay. Malboro, Raleigh, Delicados...

—Dame de los chidos.

—¡El de los chocolates, llégale pa'ca!

—¿Cuántos chocolatines? Carlos V, cajetosos, cacahuatozos.

—Dame dos reinas.

Pero no falta el gandul. Ven que estás trabajando, que te estás moviendo y salen conque:

—Invítame una taco.

—¿Mariguana? No traigo.

—Te vi. Andabas vendiendo tus cigarros, tocando guitarra... Tienes que haber sacado para la mota.

—No, carnal, apenas pa'mí.

—Pus'ora va a ser el resto.

Me madreaban y me quitaban la mercancía. Nadie sabe para quién trabaja. Y yo me dejaba. Estaba muy lejos de ser Juan Camaney. Dos, tres madrizas no son suficientes para hacerte respetar. En Dormitorios se daban en la madre por el rancho, por un peso, por un volado. Empecé a ver sangre, charcos de sangre, ríos de sangre. Me daban ataques de escalofríos. Sentía como si un rayo me atravesara cada que me tropezaba la sangre de algún acuchillado. Prefería irme a meter al cine. (Porque hay cine, tienda de la Conasupo, chupe, mariguana, viejas... Uta, ¿qué te falta? Nada más la libertad. Estar en la calle. En la cárcel estás de a rey: de güevón y drogado. Todo el día echado.) Las funciones son en la noche; desde el momento en que vas caminando por el pasillo y volteas hacia el cine piensas: «¿Qué película habrá hoy? Voy a preguntar.» (Ahí no hay cartelera ni taquilla; pero sí, revendedores de boletos.)

Vas llegando al cine, hay árboles, hay oscuridad y vislumbras luciérnagas: «Chido, están atizándose debajo del árbol. Voy a ver si me apunto. No. Si traigo lo mío.» Afuera del cine parece la Zona Rosa: están los putos exoticones con su cigarro y su pie levantado, recargados en la pared, invitando a la perdición:

—Papito, si me invitas al cine, te la mamo ahí adentro.

—Gracias, vengo acompañado.

En las butacas, en lo más emocionante de la función, de repente sentías una mano que ya andaba queriendo caminar.

—Sésgale por allá; no le hago a la ginebra (no le hago a la cagada); puro vodka (soy machín). Ábrete.

Los internos que necesitan que les den una mamadita llevan a su puto. También te cobran para que les invites un toque o, simplemente, para que les regales cinco pesos. Los homosexuales y los machines no están juntos. Muchos maricas no tienen visita conyugal, y en algún momento necesitan desahogarse. ¿Te imaginas si revolvieran a la población? Habría orgía todos los días; que sí las organizan, pero en el dormitorio exclusivo para maricones. Antes me caían gordos: si en la Creación hubo varón y hembra, no medias tintas. Pero cuando empecé a tratar a los homosexuales ahí adentro me hicieron buenos paros: cuando estaba en los castigos me llevaban mis tabacos. O los mandaba a que me trajeran mis toques (como los putos se desplazan por

todo el penal buscando a ver a quién se la chupan). Muchos internos le entraron a las relaciones homosexuales y no me espanto; yo no le entraba porque tenía mi visita conyugal. Tal vez si hubiera estado soltero... A falta de pan, tortillas ¿cuál es el problema? Mi relación con ellos era en plan de amistad... No: más bien, los utilizaba.

A mí, la tentación de comer carne ya se me había quitado. Y no me avergüenza platicarlo porque andaba en búsqueda de definir mi sexualidad. Además, el escuincle ni me gustaba. Más que nada era la tentación de ver qué se sentía. Se llamaba Mundo el chamaco. Era hijo de una comadre de mi mamá. Era un juego presexual con un morro de mi edad: ocho, nueve años. Era cuando mi jefa tenía su puesto de pambazos abajo del edificio. Por ese entonces me gustaba leer una revista que se llamaba *El Carruaje Diabólico*, donde salían unos mujeres de aparador. No faltaba quien me enseñara revistas porno. Veía cómo las penetraban: «¿Qué se sentirá?» Una vez le dije:

—Qué onda, Mundo. Vamos a culearnos.

—¿Cómo?

—Tú déjate. Bájate los pantalones. Espérate tantito.

Me asomé por la ventana y vi que mi mamá estaba ocupadísima despachando pambazos con la mamá de él; el negocio era de las dos.

No hubo penetración. Eran caricias con el miembro. Primero él; después, yo. Como que sí me gustó. Si no me tuerce mi jefa, sí se me hubiera volteado el calcetín. Una vez a la semana lo hacíamos. Una de esas veces, se fletó primero él y luego me tocaba a mí, estaba en lo mero chido cuando, desde el pasillo, mi jefa me gritó:

—Ya te vi, puto cabrón.

Sentí que el corazón se me caía al piso. Mi mamá me dio una putiza endiablada con la extensión de luz. La mamá de Mundo oyó los berridos hasta la calle.

—¿Por qué le pegas, Amanda?

—Porque estaban encuerados, cogiéndose.

¡Y sopas de perico! También al Mundo le dieron lo suyo.

Mi mamá agarró esa acción para amenazarme: «Si no estudias te voy acusar con tu padre.» Si no hacía el quehacer, lo mismo. Su chantaje me tuvo atemorizado unos buenos años. Hasta que un día se lo platicó a mi papá; estaba yo presente. Me puse de mil colores:

—No es cierto, papá. No es cierto —me solté llorando.

—No, hijo, no te voy a pegar. Dime la verdad. ¿Te gustan las mujeres?

—Sí, a güeso.

Toda esa pena la volví a sentir cuando mi mamá se lo platicó a Sabina cuando era mi novia. «¿Y si se desilusiona? ¿Si piensa que de verdad me gusta el arroz con popote?» Ese secreto pensaba llevármelo a la tumba. Pero un día me puse a pensar: «Bueno, de quién me escondo, si las personas menos indicadas lo saben.» Recordé que a los 18 años ya lo había platicado abiertamente en Alcohólicos Anónimos.

Obviamente, no tuve quién me hablara con claridad de los misterios del sexo. En la oscuridad anduve averiguando, tan a oscuras como la noche que pasamos por las armas a una borrachita en la Alameda de Tacubaya. Tendría 13 años. Estaba con mis amigos y mi hermano Luis Alberto jugando a aventarnos cerillos prendidos. Al que le caía, le dábamos pamba. Se acercó una teporocho y le causó risa nuestro relajó. Se nos iba a cebar el juego cuando se acabaron los cerillos.

—Yo traigo —dijo la señora.

—Aquí la amiga tiene —me acerqué por ellos y les dije a mis cuates—: Ya cálmense, aquí está mi novia.

A ella le gustó mi broma y con la cara llena de risa siguió mirándonos. Al rato la abracé y en un segundo ya le estaba metiendo mano hasta por allá abajo. Muy extrañado le hice notar:

—Oye, no tienes pelos.

—Me estás agarrando el calzón.

Sentí pachoncito. La calentura se nos subió a todos.

—Dame un beso.

Le quité la pantaleta.

—A ver, abre las piernas.

En penumbras vi que se le salía una tripita.

—Consíganse una lámpara. ¿Qué es eso?

Uno de los niños traía una lamparita de pila. Todos la rodeábamos; ella estaba acostada sobre el pasto.

—Es el clítoris. Eso excita a las viejas —dijo un niño sabiondo.

—Y a nosotros también. Ámonos pallá, atrás de los rosales. A cogerla; no hagan bola. Se forman en fila india.

Todos se querían meter. Me subí, la penetré y me moví con maestría. Le pasaron ocho chamaquitos. Ella, bien feliz:

—El que sigue —exigió la señora chamagosa.

Se acercó un chavito con las pantalones a media asta y pidiéndole:

—Chúpale aquí.

—No. El que sigue. Te apesta. Te huele a choquía.

—¡Jajajá, lo mandaron lavarse la pinga!

En eso llegó el Gabo, se bajó de su moto gritando:

—¡Mujeres, mujeres!

Atrás de él apareció una patrulla y todos a correr. Yo traía un pantalón de peto. No me dio tiempo de ponérmelo, así que lo agarré y corrí encuerado. Iba tan en chinga que pas: sobre el alambre de púas. Los policías agarraron a algunos y yo seguí acostadito. Nunca pensé en ponerme el pantalón. Al rato, los sobrevivientes nos metimos a mi edificio y reconstruimos la huida. Al Gabo le robaron la moto, a la señora se la subieron a la patrulla y a todos nos dejaron libres. Cuando subimos a la casa, le dije a mi papá:

—Luis Alberto y yo acabamos de tener una relación sexual. La vieja olía asqueroso; es que era una borrachita. ¿Tú crees que nos vaya a dar una infección? Nos duele la mera orillita del pirrín.

—Con un jitomate se les quita —nos respondió muy quitado de la pena.

Nos metimos a la cocina y partimos varios jitomates, como si fuéramos a hacer ensalada. Cuando nos hartamos de comer jitomate, regresamos a la sala:

—Papá, no se nos quita.

—Es que deben untárselo en el pajarín. Y enjuagárselo con alcohol.

¡Ayjo! Un ardor endiablado.

\*

En la cárcel, si quería andar rondado toda la noche, lo podía hacer. Sólo tenía que estar a las seis de la mañana pasando lista. En la noche, después de la lista de las nueve, se nos permitía ir a un dormitorio bien grande. Y de pronto teníamos la ilusión de estar en Las Vegas:

—¡Pásele, pásele! ¡Seven y eleven! ¡Chicos y grandes! ¡Pásele al hipódromo! ¡A la poleana!

El seven y eleven era una caja grandota y una chiquita. Alrededor de la cajita había una numeración del uno al once; tirabas los dados y los aventabas en la caja: pas, pegaban dentro en la caja. La revolvían y si caía en once, a todos los que estaban en la caja, les ganaba su feria; si tiraba el siete había chance que todos tiraran; si caía el dos o el uno, perdías. Se podía tirar par de dos, tres, cuatro o par de seis; si tiraba par de tres y el que está a mi lado tiraba siete, me ganaba... La entrada era de dos pesos; las apuestas eran de diez, cinco, cien...

Chicos y grandes era una tabla con ese nombre. Se tiraban dos dados, si creías que iban a caer números chicos, a donde decía chicos; si suponías que

iban a caer números grandes, pues los lanzabas a los grandes. Conforme se iba ganando se duplicaba la feria.

El hipódromo se jugaba con cuatro dados. Eran unos caballitos en una pista chiquita, de plástico; tirabas los dados y va avanzando tu caballo: el primero que llegaba, ganaba. La apuesta era pareja, de cinco pesos. Si apostabas de a cincuenta te tenían que pagar el triple. Se avanza en cuadritos hasta que se llega a la meta; también llegaba el momento en que te estancabas, porque el caballo caía en el lodo y perdía un pie.

El 21 es como el dominó; te van dando tus fichas y vas viendo como si jugaras pókar.

Y la poleana es un juego como la Oca, todos se van correteando; son cuatro jugadores y gana el que come más fichas.

A mí me gustaba jugar poleana y seven. Cuando tenía una feria, hasta cinco horas me la pasaba jugando. De estos juegos, el más concurrido era el seven eleven y el 21.

En las apuestas una vez me gané un reloj; le gustó a un compañero, que era mi tocayo, y le pedí veinte lucas por él.

—Va, pero nomás tengo cinco. Me late para mi piel; luego te paso lo demás.

Pasó como un mes y no me pagaba. Siempre se hacía majee. Cuando el tocayo estaba con su visita, me hacía el aparecido:

—¿Quieres que le diga a tu vieja que ese reloj es mío y que se lo quite?

—Pérame, al rato te pago.

En una ocasión, el Pato y yo queríamos más chochos y no traíamos dinero y me acordé de la luz que me debía el tocayo. Me dijo que en cuanto terminara su visita. Se terminó, y lo vi venir con su hermano, el Pollo:

—Pues ahora sí, presta mis 15 pesos.

—No te va a pagar nada; no estés chingando —dijo el Pollo:

—¿Cómo está eso? Pollo, tú no te metas. Son finanzas de nosotros.

—No. Sí me meto.

—No te voy a pagar, ¿cómo ves? Y hazle como quieras —dijo el tocayo.

—Quiero que nos rajemos la madre. Si te la rompo me vas a pagar con doblete.

—Cámara. Pero a fierrazos.

«Ay, ojón.» Me quedé callado y voltié a ver al Pato. Yo sentía que él era un chacalón porque iba por atentado al Presidente. Con un gesto me dijo: «Vas, cabrón. Yo tengo con qué.»

—Y luego va conmigo —remató el Pollo y se metió la mano en la chamarra haciendo el pancho de que traía algo.

—Nada más les digo una cosa a los dos: si nos lleva la chingada, fue por una mamada. Que conste. ¿Adónde nos la vamos a rifar?

—A donde te lata.

—Vámonos al 3. En terreno neutro.

Empezamos a caminar, seguidos de un montón de mirones. Llegamos al dormitorio y nos metimos hasta el anexo:

—Pues, ya vas, tocayo, ¿traes con qué? —me preguntó.

—No, pero ahorita consigo.

Mandé al Pato a buscarme una punta. Mientras, le propuse al tocayo que mejor a mano limpia:

—No. Vamos matarnos.

—Ya vas, pero trae con qué para darnos recio.

Al verme tan decidido, se pandeó:

—¿Cómo nos vamos a matar por un mugre reloj? Mejor te lo pago. Es más, déjame conseguir; nomás dame chance de moverme.

—Pst, pero ya. Antes de que sea tarde.

Consiguió diez pesos.

—Te veo en la visita para que me pagues los cinco que restan; si no, te voy a dar unos fierrazos.

—Pato, vámonos. ¿A poco no soy chingón?

—Te la rifaste.

—A ver el fierro que me ibas a prestar.

—No traigo.

—Hijo de... Qué tal si...

—No pues, yo sabía que se iba a abrir.

Y él fue el que me aventó a la bronca. Ahí lo conocí: era puro pico. No me convenía juntarme con él. Así empezó la fama del Pelón, el culerón; ya no me dejé de nadie y empecé de manchado.

Por ese tiempo llegó a mi celda un padrino que era asaltabancos. Nos arregló la celda; nos puso alfombra y cortinas rojas, video, televisión a color, grabadora, camarotes aéreos, literas, ropero: parecía mansión, y no galera de piedra y varillas. Él venía huyendo de que lo talonearan y lo golpearan. Se enteró que en mi celda sólo había locos, y que el más loco era yo. Este padrino se discutía con los alcoholes y siempre había droga para nosotros; dejé de moverme para comprarla. Él no era vicioso, él puro alcohol;

desdeñaba la mota. Al principio sólo le daba dos fumadas, pero le empezó a gustar. Ya después me mandaba a comprarla:

—Pelón, vete por un cartón. Ya me enviciaron ustedes.

Cierto, le metimos de todo para que nos apadrinara de principio a fin. Se fue recio con la droga. Atascones que se daba el ruco. Por él me aventé un fregadal de tiros. En una ocasión llegó el Lupillo, quien atracaba a cual más; golpeaba con machete. Entró a la celda, yo estaba en mi litera, al punto chido, disfrutando la música:

—¿Qué onda, mi Pelón? —me tendió la mano:

—Qué pasó, Lupillo —se me quedó viendo y me dijo amenazante:

—No te vayas a meter; contigo no es el talón.

—Haz lo que se te hinche.

El padrino estaba en la litera de arriba:

—Oye, Nacho, préstame veinte pesos.

—Sí, cómo no.

Y sacó la pacota de dinero y le dio la cantidad que le pedía. Entonces el Lupillo le mostró el machete:

—No. Los veinte son pa'ti. Presta todo.

Y se llevó la billetiza. A partir de ahí empezó a ir por su renta: coca, mariguana, dinero, hasta se llevó dos grabadoras; el padrino las volvió a comprar. Una vez nos dio baje con el mobiliario. Todo empezó la noche que el Nacho compró un cuarto de mota y me dijo:

—Qué hacemos; es mucha. Haz unos pacos y los vendemos, ayúdame.

No dormimos; nos la pasamos haciendo los cigarros de mota. Al otro día nos pusimos a chambear:

—No vamos a cargar la mota; vamos a mandar dos burros por delante y nosotros atrás porque ya estamos bien quemados.

Les pedimos a dos internos que la sacaran y se fueran a sentar al restaurante del pueblo y que pidieran lo que quisieran. Al rato, el Nacho quiso salir a comer y dejamos al Mayorga; le dimos la llave para que cerrara en cuanto saliera. Los custodios nos basculearon y nada nos encontraron. Pasamos a la tienda y compramos tortillas, chiles, mayonesa, jitomate y latas de atún, y nos fuimos al pueblo a botanear. Nos acompañaba Beto Nieves, un chacalón que ya había matado como a diez internos, cinco custodios, veinte policías y a un montón en la calle. Toneladas de muertos debía De repente llegó el Mayorga, pálido. Desde que lo vi me malvibré.

—¡Pelón, Pelón! Toma la llave. Me voy al 4. Voy a comer.

—Nacho, vamos al cantón de volada. Algo pasó.

En efecto, habían arrasado con las televisiones, la grabadora, la video, un cartón de mota, cuatro planchas, cuatro pares de tenis de los buenos...

Fuimos a buscar al Mayorga.

—Rasuraron la celda. Explícate. Te vamos a cargar todo. Cómo estuvo.

—No vayan a decir que yo dije, pero llegó el Lupillo con otros dos. Yo les dije que no, pero me pusieron el fierro. Con el fierro en el cuello, ¿qué haces?

—No, pus nada. Qué hacemos, Nacho.

—Ya nos volvió a robar. Ya qué.

Y el Beto Nieves dijo:

—¿Qué transa, Pelón? Tú vives ahí, ¿a poco eres tan culón que no le echas rebote con los de tu celda?

—Pues sí, pero el tiro no es conmigo.

—¿De veras? Entonces te invito a una fiesta —propuso el Beto Nieves.

—Ah, chingá, ¿dónde?

—Tú vente. Agarra un tubo, cualquier madre.

—Va.

Beto Nieves era un flaquito, yo estoy gordísimo a su lado. Ñanguito, pero con el fierro era malabarista; cuando menos sentían, ya lo tenían adentro. Un fregón para mover el arma punzo cortante.

Agarré el tubo. Íbamos por el pasillo cuando salió el Matute, un camarada bien grandote:

—¿Adónde van, Beto?

—Vamos a una pachanga —contestó bien serio—. Va a haber baile, Matute, ¿quieres ir?

—Sí, pero no tengo qué llevar.

—Toma el tubo.

—Ándale con esto la hago. Vamos al reven.

Llegamos al dormitorio 4. Estaba el Lupillo sentado con otros dos. El Beto le dijo:

—Lupillo, retacha la copa.

—¿Cuál, Beto?

—No te hagas. Fuiste al cantón de este valedor y te trajiste el guato.

—Y qué, ¿quién le va a saltar?

—Túmbatelo tú —me dijo.

—No. Párale. Vamos al cantón —dijo el Lupillo muy resignado.

«Chido, ya no me arriesgué.»

Nos subimos a su celda.

—Pásenle a lo barrido. Ahorita les voy a dar lo suyo.

Se pasaron el Beto y el Matute. Y el Lupillo sacó un machetote. Al instante se armó la machetiza. Él y sus otros valedores sacaron armas. Cerré la celda. «No entra ni sale nadie.» Yo me quedé afuera, por supuesto. Los fierros y los machetes, los gritos, se escuchaban como si estuvieran en una batalla campal. De pronto, el Beto me gritó:

—¡Ábrele, chingada madre!

Salió tranquilo, con el pómulo sangrando. Salió el Matute y su tubo. Salió el Lupillo:

—Ya me diste.

Y madres: se cae. Vi que desde la celda 12 venían un ejército de conspiradores. Nos alejamos corriendo; al pasar por la caseta abracé al Beto para que el custodio no se diera color de su herida. Llegamos a mi celda.

—Le di un metidón —dijo triunfante el Beto.

—Lo picaste —confirmó el Matute.

—Aguanten la recia. Nadie vio nada —pidió el Beto.

—Estuvo bien, al rato me mocho —prometió el Nacho.

—¡A un lado! ¡La ambulancia! ¡Aha! ¡Ahaaa!

Nos asomamos por las ventanillas del dormitorio 1 y vimos a unos vales que venían cargando al Lupillo en una cobija. Ululaban, haciendo el pancho de una ambulancia.

—¡Baja y agarra una orilla! Entérate si lo maté.

No me quedó más remedio que obedecerlo. Bajé hecho la mocha, aventé a un camillero y tomé su lugar. Lo llevamos a servicios médicos.

—Pásenle. Hasta adentro, no se paren hasta el quirófano.

Lo depositamos en la plancha. Le vi los ojos en blanco, como que agonizaba. En medio de su panza tenía un agujero. Le borbotoneaba, le hervía la sangre, le subía y le bajaba, como géiser. Se agarraba la herida y se quejaba.

—A ver, ¿quién lo trajo? Ellos vieron. No los dejen salir —ordenaron los custodios.

Fue el desafanadero. Ninguno se quedó. Llegué espantado a mi celda:

—Ya valió verga. Neta. Se murió. O se va a morir. Lo vi en su cara.

—¿Cómo viste la jugada?

—Le borbotoneaba sangre. Ya iba blanco. Está agonizando. ¿Quién va a parar la bronca?

—Si quieres nos echamos un volado —propuso el Matute.

—Vamos a ver la manera. Por dinero no hay problema —volvió a decir el Nacho.

*Dinero* era la palabra que estaba esperando el Beto; de inmediato nos dio instrucciones:

—Ábranse; yo paro tacho. Nomás no me olviden. Si mañana no me ven, estoy atorado en Zeta O.

En la noche les dije a mis compañeros:

—Vamos a rezarle al Lupillo. Ya compré una veladora.

La prendimos ante el póster de un Cristo. «Dios, que no se muera. Si el Beto se cabrea... No confío en el Beto Nieves cuando hay un difunto.» La flama se alargaba y se achicaba. Se hacía grandota, chiquita. Enorme, pequeñita.

—¡Vean cómo se hace! Nunca se mantiene en un mismo tamaño. Levanta flamones y luego casi se extingue.

—Así pasa cuando le rezas a un moribundo. El Lupillo está sufriendo. Su alma se ha salido y está vagando. Nuestros rezos prolongan su agonía. Ya no hay que rezarle. Sóplale, Pelón. Ya. Que se muera. Hay que dejarlo descansar.

Obedecí. Al otro día supimos que murió a la misma hora en que apagué la veladora. Lo juro.

Fuimos a ver al Beto y a cada uno nos pidió una feria. El día de visita le platicué a mi mamá que había participado en ese desmadre:

—Necesito mil pesos para la otra semana. Dile al Luis Alberto que me haga el paro.

Me los llevó a la siguiente semana. Le llevé 500 al Beto y el resto pa' mis gastos.

\*

En mi celda vivía el Aguacate. El único sujeto al que le permití que me sobajara. No sé por qué me imponía tanto. Todo empezó cuando me dijo:

—Tú eres el Pelón, ¿verdad? Pues yo soy fusilero paracaidista y me dicen el Aguacate.

—Y a mí, qué. Has de estar muy verde. Cuando maduras, me hablas.

Y que me cachetea delante de todos. Me quedé con la humillación y no dije nada. Agarré y me di la vuelta. No entendí por qué no se la hice de jamón. A lo mejor porque él andaba con una banda como de siete desgraciados que eran asaltantes; adentro ya habían matado a cinco. En otra ocasión iba caminando por uno de los pasillos y me llamó:

—Ven, vamos a darnos en la madre.

—No. Paso.

Que me suelta un derechazo en la panza y que me saca el aire. Me agaché a recuperar el resuello y me fui. Cada que lo veía venir, me agachaba y le daba la vuelta. Ahora vienen a cuento los tenis Converse color vino del padrino Nacho. Esos tenis me deslumbraron. Nacho no me los quiso regalar porque ya me había rolando muchas cosas. Le rogué que me los vendiera y aceptó. Tanto me ilusionaron, que hasta me fui a trabajar de albañil. Estaban construyendo un edificio para la íntima. Fue la primera y última vez que trabajé derecho en Santa Marta. Me eché una semanita arrepintiéndome: «En la cárcel y de matacuás. Qué bajo he caído.» Con el sueldo íntegro los pagué. Ese sábado anduve como niño con zapatos nuevos. Por la noche me los quité y los guardé entre mis almohadas. Al otro día: piiiipi. La lista. Todavía chocolate me levanté. «¿Y mis tenis?» Ya no estaban. Se me estaba haciendo tarde. Me senté. «¿Cómo se los habrán robado? ¿Habrán metido la araña? (Una bolsa amarrada con un mecate, que nos servía de elevador para enviarnos objetos de un piso a otro.) Me hubiera dado cuenta. ¿Cómo, quién fue?»

—¡Aguacate, Nacho, Gabacho! ¡Hijos de su pelona madre, denme mis tenis! Si me los escondieron, presten y ahorita me mocho con unas motas, pero no sean ojetes.

—No, Pelón, yo te los vendí.

—Tú, no, Nachito, ya lo sé.

—¿Tú?, Aguacate.

—¡De Dios, de Dios! ¡Yo no fui! —y se salió.

—¿Tú?, Gabacho.

—Verdad de Dios que yo no fui.

Que me prendo y primero agarré al Gabacho, que tenía fama de nahual:

—Pinche rata de alcantarilla.

Agarré un tubo y lo empecé a tubear:

—Presta lo mío, desgraciado infeliz.

Y pas pas.

—Ya estuvo. Te voy a decir la verdad: fue el Aguacate. Yo lo torcí, pero no le vayas a decir que yo te dije.

—¿Estás seguro?

—Fue en la madrugada. Agarró y los sacó.

—Gracias. Y disculpa los tubazos.

«Le tengo miedo. Me va a dar en toditita. ¿Qué hago?» En eso va entrando, todo chochote:

—Presta lo mío, Aguacate.

—No, yo no los tengo.

—Dámelos.

—Ya estuvo, Pelón. Te los voy a pagar —dijo el padrino—. O escoge otros de los míos.

—¿Tú fuiste? No. Entonces, ¿por qué quieres pagar el pato?

—Lo que no quiero es que la palomilla del Aguacate te la parta.

Ya me calmé. Siguió pasando el tiempo y yo seguía teniéndole un pavor y no sabía por qué; si nada más esas dos veces me había pegado. Pero a cada rato me mangoneaba.

—Órale, saca la mota o...

Y la sacaba. Los de su calaña no se andan tentando el corazón.

Una tarde el padrino, muy contento me dijo:

—Pelón, te voy a invitar unos alcoholes, pero nada más tú y yo. Vamos a cerrar la reja.

—No hay necesidad de apandarnos; nadie va a entrar.

Compró dos pomos; uno por cholla. Ya en puntos pedos me dijo:

—El Aguacate te acalambra. Ya te humilló bastante. Es un tipo de cuidado; lo conozco desde la calle.

En eso, él se asomó para escupir afuera, y me dijo:

—Ahí viene tu coco.

—¿Quién?

—Pues el Aguacate, quién más, ¿le cierro?

—No, ¿por qué? —luego, luego me prendió—. Que se pase a chupar con nosotros.

—Quiúbole, hijo de su pingüica madre —me lo dijo, acá, ciscándome. No me cisqué. Me le quedé viendo:

—Siéntate, te sirvo.

—Pero movido —y me tronó los dedos.

Nacho cambió el centro de atención, ya no era conmigo con quien platicaba.

—Sirve la otra —me ordenó el Aguacate.

—Sabes qué, mi buen, ya no me la mientes y deja de hablarme golpeado o te voy a rajar la poca madre que te queda.

—¿Tú a mí? ¡Chinga y rechinga a tu madre!

Para esto ya le había dicho al Nacho que cuando se la estuviera rajando, se saliera y no dejara entrar a nadie. Cuando nos cansáramos de putearnos, nos saldríamos. Ya estábamos de acuerdo, pero qué pinche culero me resultó el padrino.

—Ya estuvo suave, Aguacate. Vamos a darnos.

—Va. A la hora que quieras.

Le pedí al Nacho que se saliera. Y el Aguacate empezó a hacer sus irigotes. Nos trenzamos. Me dio dos, tres madrazos bien puestos. Me pegaba mucho en las sienes. Pero yo también le conectaba unos bien dados. Estábamos bien prendidos, como perros; tanto, que nos salimos de la celda sin darnos cuenta. Llegamos a una pared de lámina. Lo tenía de las greñas y lo rebotaba en la pared. Pas. De la pared al suelo. Pum. Le estaba despedazando la cabeza. De todo se valía: mordidas, jalones de greñas, rasguños, de todano.

—Ya estuvo.

Entonces me agarró de las muñecas, yo lo tenía de las greñas y lo seguía azotando. En eso, el Matute me dijo:

—Ya estuvo, Pelón, te vas embarcar.

No me importaba matarlo, seguí estrellándole la cabeza contra el suelo. El Matute me agarró por atrás y me levantó. Me metió a su celda; al poco rato sentí un fregadazo rico en la espalda:

—Por manchado —me dijo el Nacho.

Me había volteado bandera. Entre el Matute y el Nacho me encerraron. Yo estaba borrachísimo y empecé a gritar:

—¡Te voy a matar, Aguacate! ¡Déjame salir, Matute; a ti también te la voy a rajar!

—Pues rájamela, pero no te vas a embarcar. Tienes a tu vieja. Aguanta. A ese puto ni lo vienen a ver.

Me apacigué nomás de saber que el Aguacate estaba desmayado. Lo noqué. Me sentí Rambo. Empezaron a alivianar al Aguacate, echándole agua. Desde abajo de la puerta, lo amenacé:

—Ya no te quiero en nuestra celda. Si te topo, no te la acabas; te agarro durmiendo. Llévate tus cosas de inmediato o te las desaparezco.

Se fue y todos contentos porque ya habíamos corrido al nagual. A partir de ahí el Nacho me empezó a hacer la barba:

—Discúlpame, es que te pasaste de lanza. Y no entiendes razones cuando tomas.

No quedé contento hasta aventarme un tiro con el Nacho. Fue pan comido. Le fallaba un remo, tenía un clavo y tenía las manos como cacahuete, todas reumáticas. Me pegó en un ojo; me hizo ver estrellitas. Me prendió. Pues puros patadones; que se cae al suelo. Me colgué de la litera y empecé a brincar encima de él.

—Ya estuvo, sáquese —le dije—. Es más, usted ya no va a vivir aquí.

Pero le volví a dar chance, pues era el del billete. Yo seguí cargándole calor al Aguacate. En la fila del rancho, así estuviera hasta delante, lo jalaba de la camisa y lo mandaba hasta la cola. Me la fue guardando. Su venganza me dejaría marcado para toda la vida.

Se cobraría una mañana, como a las diez y media; llegué a la celda y le dije al Metralla:

—Ve a traerme dos motas y dos chocolates, y no te tardes porque voy a ver *La risa en vacaciones*.

Regresó, aticé, platicamos, dieron las doce. Mi cabeza siempre estaba mirando hacia la puerta. Me puse en una posición cómoda para disfrutar la película. Me tapé. De repente tres sombras abrieron la puerta de un putazo. Pas. Corrieron el cerrojo. Y que se me dejan venir. En silencio. Zas. Zas. Zas. A fierrazos. Agarré mi cobija y me cubrí lo mejor que pude.

—¿Se acuerda, gandalla culero, cómo se manchó?

—Tú solo, Aguacate. Ustedes dos no se metan.

Me levanté y pesqué a uno y conseguí tirarlo. Se paró y siguió picándome el mentón, en la yugular. Un montón de piquetes. Sangre por todos lados. Nada más me tapaba el cuello, la cara, el pecho... Llegó el momento en que no hice nada. Eran tres contra mí. Me eché hasta atrás de la litera y me cubrí con la cobija. Fue lo peor que pude hacer. Pero no pensé otra cosa. Quería campanearlos bien para ver si tenía la oportunidad de accionar. Volteaba a ver a mis amigos y nadie le saltaba. Éramos siete para tres: les hubiéramos dado una putiza. Quise ver quién era el más manchado y me descubrí la cara. Pas. El Aguacate venía acompañado del Doberman y el Mata, que traía unas tijeras en las manos. Las vi venir. Falló. Cuando le atinó, no sentí. No me dolió. Me tapé el ojo y no salió sangre sino todo el líquido amarilloso de la retina. Pegostioso. Creí que eran lágrimas. Y siguió agandallándome. Quise ver y ya no vi nada. «¿Qué pasó? Se me ha de haber inflamado el ojo.» No sé cómo me les desafané; me paré y metí la mano atrás del ropero y saqué mi fierro. Pum. Se echaron a correr.

Y fui tras de ellos con mi punta desenvainada. Se fueron al anexo, de ahí al asoleadero y después se brincaron al dormitorio 3. Me detuve. Estaban en su terreno. Me empecé a sentir muy débil. Sangraba de todas partes. No me dolía el ojo. Llegaron los custodios y aterrados me preguntaron:

—¿Qué te pasó? ¿Qué fue lo que sucedió?

—Me agarraron cagando. Me dieron cobijazo. No supe ni con quién. Perdí morado, perdí limpio.

El Matute me llevó al servicio médico.

—Espérate. Deja verme en el espejo.

Vi mi ojo estrujado. Vi la medita, la niña, la canica, como partida en tres partes. Y ya me empezaba a salir sangrecita.

—Déjame esconder el fierro atrás de las plantas. Vengo armado. Me van a basculear.

—Yo no vi nada.

En servicios médicos me empezó a doler meco. Sentía que la cabeza me explotaba. Quería llorar, correr, gritar. Y nada más me tenían acostado, descansando:

—Llévenme a un doctor. Me está llevando la chingada.

Nada más me curaron las heridas leves; algunas, porque otras fueron curadas con limón y sal, de a caballo. Sólo en la mandíbula me cosieron. Pasó como una hora. Me dolía la sien y ahí no había doctores ni medicamentos. Los custodios me decían:

—Ya, tranquilízate, todo va a estar bien.

—Llévenme con un médico; me siento muy mal.

Llegó Durán, el comandante de los custodios:

—¿Qué te pasó, Pelón?

—No sé. Lévenme a un hospital.

Dentro de toda la desgraciadez de esos custodios, me resultó extraño que el Durán me dijera: «Primeramente Dios, te vas a aliviar.» Me sacaron por la dirección y me subieron a una patrulla del penal, que me llevó a la Cruz Verde. Me metieron a una sala donde había un montón de enfermos, en cuartitos. Me acostaron en una camilla y se aproximó una enfermera:

—A ver, vamos a revisarlo —se puso un guante de plástico y me pidió que abriera el ojo.

Lo abrí, metió la mano y lo jaló. Como se me figuró que lo quería sacar, la agarré de la mano y la aventé:

—¡Me estás lastimando, pendeja!

Los custodios de inmediato me cortaron cartucho:

—Quieto.

—Tan siquiera que me anestesie.

La vieja se levantó y ordenó:

—Llévenselo. Ya no se le va a atender.

Le di gracias a Dios porque juro que quería sacármelo:

—Te pasas, Pelón. ¿Qué vamos hacer ahora?

—Pues llévenme a otro hospital.

—¿Ya te vas a comportar? Enfilate a Coyoacán —le dijo Durán al chofer.

Llegamos y me tuvieron una hora sentado. No sabía si quería vomitar o si quería desmayarme:

—Doctor, ¿me regala un pedacito de algodón con alcohol? Siento que me voy a desmayar.

—Aguanta, espérate. No te metas esa idea.

—Sí. Me voy a desmayar.

—Denle el algodón con alcohol.

«Como si me las fuera a tronar.»

Hasta las quinientas salió el doctor. Me llevaron a un lugar a tomar datos.

—¿Me van a operar ahorita?

—No. Mañana en la tarde.

—Me siento muy grave.

—¿Vienes drogado? Porque te vamos anestesiar y te puede dar un shock.

—Me aventé dos chochos y un toque de mota, pero no hay problema. Ya no aguanto. Tú no sabes lo que yo siento.

Los custodios autorizaron que me anestesiaran, bajo mi responsabilidad. Me metieron una jeringa en la sien. Ya me estaba ganando el sueño y les pedí que le avisaran a mi familia. Quería ver a mi mamá. Me pasaron a un cuarto donde había puros enfermos de sida, con los desahuciados. Después el director del penal pidió que me pasaran a otro lugar porque podría contagiarme. Me pasaron a otra sala, donde había puros niños.

Al principio me cayeron gordas las enfermeras porque decían:

—Es un reo y corren peligro los demás pacientes.

«Chale, como si fuera un convicto como los que hay en Estados Unidos, un peligrosazo.»

Al otro día, cuando estaba desayunando llegaron los de la PGR.

—Venimos a que declares. ¿Cómo estuvo?

—No quiero declarar nada en este momento. Me siento mal.

—*Tienes que...*

—No me moleste, por favor. Váyanse.

Se fueron y un custodio se quedó conmigo. Me tenía esposado a la cama. Me puse a platicar con él:

—¿Cómo ve? ¿Sí me chingaron? Ya me van a operar.

—Sí, ya en un rato, a las cuatro te meten al quirófano.

—Préstame tu radiecillo, quiero escucharlo.

Cuando me estaban preparando para llevarme a la sala de operaciones, le pregunté a la enfermera:

—Señorita, ¿me puedo llevar el radio porque estoy oyendo la hora de los Rolling Stones?

—Sí. Pásate a la camilla.

Entré a la sala de operaciones, escuchando «Angie».

*When will those dark clouds disappear*

—Te vamos a poner una inyección y te vas a dormir.

*And no money in our coats*

—Es que no me gusta; me dan miedo las inyecciones.

*You can't say we're satisfied*

—No te va a doler; te vamos a poner una en la sien y te vas a dormir.

*I hate that sadness in your eyes*

—Bueno, ya. Haga lo que sea.

*Everywhere I look I see your eyes*

Ni sentí la jeringa. *Ain't it good to be alive*. La empecé a escuchar lejos, cada vez más y más *Angie, Angie* y me quedé dormido.

En la sala de recuperación me despertó un frío esquimal. Un friazo horrendo, como si estuviera dentro de un refrigerador para reses abiertas en canal. Me llevaron a mi cama y me esposaron. Un suero en la otra mano. Dormí unas dos horas. Cuando abrí los ojos sentí una mano en mi cabeza y otra en mi mejilla. Mi mamá y mi esposa estaban llore y llore. Mi papá... Todos lloraban. Le dije a mi mamá:

—No llores. Éste es un pequeño abono de tantas madres que he hecho, que tú no sabes. No me pasó nada. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Me hablaron por teléfono, del penal, hijo. Me dijeron: Por favor con la mamá de Román. Hablamos de Santa Marta...

—¿Ya me lo mataron?

—No, señora, está herido.

Les pregunté qué les habían dicho los doctores.

—Hubo un desprendimiento de córnea y de retina.

Antes de que se fuera mi mamá, le decomisé su cajetilla de Raleigh. Después pasaron a verme mis tías y lloraron y mis hermanos... Total, se fueron. Sólo se quedó mi esposa. Estaba acariciándome la mano cuando regresaron los de la PGR:

—Señora, sálgase, por favor.

—Están mal. Para empezar: es mi esposa y no la puedes correr. Y para terminar: no voy a declarar ni madres. No me estés fastidiando.

El gordito me amenazó:

—Vas a declarar o te reviento la madre.

—O se sale o empiezo a gritar. ¡Enfermera, enfermera!

—¿Qué pasa?

—Este señor me está amenazando. Quiere que declare y no quiero. Estoy delicado de salud.

—Él tiene que declarar. Viene herido de un reclusorio.

—El muchacho está enfermo. Y a mí no me espanta su prepotencia. Aquí no va a venir a gritar ni a decir lo que tenemos que hacer. Está usted en un hospital, por si no se había dado cuenta. Sálgase.

Se salieron. En cambio, los custodios se portaron chidos. Si quería echarme un tabaco, me quitaban las esposas del pie y me llevaban al baño. Traté de verme en el espejo, pero no pude: tenía el ojo parchado.

El deseo de ajustar cuentas iba creciendo. Sabía que había quedado ciego. Tuerto, más bien. «Ya no la voy a poder hacer con las viejas.» «Ya cualquiera va a partirme la madre: ni para un tiro voy a servir.»

En el hospital hice amistad con una enfermera; hacía mi luchita:

—Ahora que salga de la cárcel, la voy a venir visitar y la voy a invitar a tomar un café. ¿Cómo se llama?

—Isabel, y ¿cuánto le falta para salir?

—Como unos seis, cinco años.

—Uyy, cuando salga ya voy a estar bien viejita.

—Pues así la invito y me la llevo al ciltatro, o sea al cine.

Las enfermeras no querían a los custodios porque yo les platicaba que me trataban mal; que eran unos hipócritas; que ahí se portaban bien, pero que en la cárcel me pegaban.

Los custodios que me cuidaban se sentaban a un lado, en una sillita, leyendo o jugando cartas. Si querían fumar, uno se salía y el otro se quedaba, pero ese día se salieron los dos:

—Desde aquí te vemos. No vayas hacer tarugadas.

Y me hice el dormido; los escuché decir:

—Ya se durmió, pareja. Pobrecillo, ¿verdad?

Me moría de hambre y lo maldoso no se me quita ni tuerto. Agaché la mano y empecé a jalar las cortinitas: se recorrieron; cuando ya se tapó la ventana, miré al suelo y vi la petaca de ellos. Me quité el suero de la mano y jalé la petaquilla. La abrí para ver qué armas portaban: una bolsota. La tomé y la metí debajo de mis cobijas. «Ya encontré el tesoro.» Y les aventé su petaca por allá lejos. Se volvieron a meter y les pedí que no me hablaran porque me iba a dormir. Me tapé todo. Despacito metí la mano a la bolsa: «Son tortitas.» Saqué una y me la empecé a comer, pero sin hacer ruido; no quería ni mascar

para que no se dieran cuenta. «De frijolitos con jamón, aguacatito. Está chiclosa la torta.» Hum. Hummm. Me comí dos tortas. «Ya estuvo; no seas tan goloso.» Y guardé las otras dos porque en ese momento me trajeron la cena.

\*

El sentimiento de venganza no me nació de inmediato. Solamente pensaba en que me la iba a sacar, que esas cosas no se resolvían así. Salí del hospital con un dolor insoportable de sienes. Me llevaron de regreso a la cárcel, esposado. Me mandaron a mi dormitorio y mis compañeros me recibieron muy contentos. Al tierno le pedí que me diera un vaso de agua y que me fuera a comprar mi vicio para calmarme el dolor. Regresó y de inmediato me empujé los dos chochos y ponché mi toque; me lo estaba fumando cuando empezaron a vocear mi nombre. Me extrañó porque no era día de visita. Llegó el estafeta y me dijo que me llamaban de dirección. Allá fui y por fuerza tenía que pasar por el hospital: ahí estaba mi mamá, sola.

—¿Qué haces hasta acá? ¿Cómo te dejaron pasar?

—Creí que estabas aquí. Allá arriba está tu tía.

Nos dirigimos a la dirección y el director me dijo:

—Las señoras no están de acuerdo que vayas directo a tu dormitorio. Consideran que necesitas reposo. Ya sabemos quiénes te agredieron y están castigados, pero en cualquier momento te pueden matar. O tú los puedes asesinar. No queremos venganzas. Yo le doy a tu mamá dos opciones, una: o te quedas de población en el hospital y ya no sales. O te quedas de población en Zeta O. Tú decides.

—Le voy a decir una cosa: no tengo agravios con nadie. Lo que pasó, pasó. Yo no voy a estar de población en hospital porque hay sidosos. Y si no me he ganado un castigo, ¿por qué voy a ir a Zeta O? No voy a andar huyendo de nadie; por eso estoy en la cárcel. Que me dejen en mi dormitorio. Denme tiempo para alvianarme.

Y como mi mamá no dejaba de llorar, que me enojo y que la regaño:

—Mamá, me emputa que andes pidiendo dádivas. Ya vete. No quiero que estés un segundo más.

—A ver, Guzmán, escúchame nuevamente. ¿Te vas de protección al hospital?

—¿Qué más puede pasar ya, señor director?

Me quedé en Dormitorios. Empecé a generar la venganza cuando me empezó a hacer falta mi vista: chocaba con las cosas porque no medía la

distancia Pasaba cerca de los postes y me daba un cocolazo. De por sí, uso lentes de contacto de súper aumento. Tampoco calculaba las alturas. A la hora de sentarme a la mesa, tiraba los vasos. Un día comprendí que nunca más iba a poder manejar un auto. «Se mancharon; me las van a pagar.»

Yo creo que Beto Nieves se las olió porque un día llegó a mi celda:

—Qué pasó, compa, ¿cómo te sientes? Ustedes —les dijo a los de mi celda—, ¿por qué no le hicieron el paro? ¿Quieres que te los corra? No sé si te agrade vivir con puro margarito.

—Déjalos, yo me la voy a sacar. No sé cuándo.

—¿Quieres ver que voy por el Doberman y que lo mate delante de su madre?

No quería deberle favores; mejor me las ingenié para subir a Dirección Técnica, donde están los archivos de los internos, con la piña de preguntar cuándo iba a salir.

—Es que acabas de tener un problema y quién sabe cómo va a repercutir en tu condena. A lo mejor te levantan un proceso.

—Fíjate, que bueno qué me dices. Necesito unos datos para ir preparando mi defensa. ¿Cuánto le falta a Jesús Mata Guzmán?

La secretaria sacó su expediente y así, de pregunta en pregunta, a lo largo de cinco días, me fui enterando de su dirección. Quería darle donde más le doliera. Llegar a su casa y achicalar a su mamá, a su hermana. Desollar a su carnal. Mientras tanto, el Beto siempre me preguntaba qué iba a hacer.

Pasaron dos semanas y un día entró el Doberman a mi celda. Me escamó. «Ya valió.» Me miraba con odio, con coraje porque les iban a levantar otro proceso. Se pasó hasta adentro. El Beto entró detrás de él: venía con el fierro escondido en la camisa.

—Qué onda, Peloncito, ya te traje a este güey.

—Me duelen las sienes. Aguanta —estaba temblando.

—De una vez —apuró el Doberman—. Vas.

—Sabes qué, Doberman, las cosas no son así; les faltaron güevos. Tú a mí me la pelas. Solos, te despedazo. Te lo voy a demostrar.

—Ya vas, pero vamos a matarnos. Va a quedar uno solo vivo.

—El Pelón está hablando de putazos. ¿Qué te parece si mejor nos matamos tú y yo?

—No es contigo.

—Entonces hácela cabal.

—Ya vas, pero vámonos a la zona 12.

Nos salimos y todos se dieron cuenta de que iba a ser un tiro. El dolor de las sienas era insoportable; hasta 15 chochos al día me estaba tomando para calmar la punzada. «Me va a destrozar; estoy fuera de condición.» Cuando nos quitamos la camisa me asaltó un odio grandísimo: caí en la cuenta de que él estaba igual que yo. Alguien le había vaciado el ojo. «Ah, por eso te pasaste conmigo.» Empezamos a bailar el oso. Le disparé varias ráfagas de madrazos. Me impactó contra los barrotes. Sentí que ya no me iba a levantar, pero conseguí recargarlo contra la reja.

—Ya estuvo. ¡Presta el fierro! —le dije al Beto y le clavé dos fierrazos en las patas—. ¿Quiere que lo mate? ¿Se acuerda cómo se mancharon? —su pantalón de mezclilla se puso negro de sangre—. Ya váyase a lavar. Esto no se va a quedar así. Lo voy a agarrar zurrando o durmiendo.

—¡Los monos!

Nos dispersamos; y, como siempre he sido bien pavoneado, le dije al Beto:

—No quise ser manchado.

—Está bien, pero te faltan dos.

Después sentí el arrepentimiento de no haberlo matado: «Si va de chiva es la misma madre; igual te castigan por lesiones, que por eliminarlo.»

Como a la semana, el Beto me llevó al Mata. Lo agarró cuando estaba con su mamá, en la visita. Entró pálido.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—No, Pelón, es que vengo con Beto.

—¿Por qué se pasaron? ¿Ya viste lo que pasó al Doberman? A ver, tú solo. ¿Por qué te apoyas en los güevos de otros? No es de hombres.

Me miraba con lástima.

—Estoy arrepentido, me pasé de pendejo; no fue mi intención madrearte... Te voy a decir la neta: el pedo no fue por ti, fue por el Nacho.

—Rómpale su madre. ¿O quiere que la agarre con usted? —me azuzó el Beto.

Nos fuimos al anexo y nos aventamos un tiro. El Mata no metió las manos.

—Lo íbamos a matar delante de su mamá. Le estamos dando viada de defenderse. Lo que me hizo no tiene precio; ni con todo el dinero del mundo me va a pagar. Sin embargo, le va a caer con dos millones de pesos semanales; se los va a dar al Beto. ¿Cada cuándo vamos a pasar?

—Los sábados.

Semanalmente, durante dos meses, le entró con su renta. No tuvo demasiado problemas para juntar la plata porque se dedicaba al trafique de pastas.

Le dije al Beto cuando le di su primer millón:

—Ten: micha y micha.

—A mí no me des nada, opérate tu ojo. Dile a tu jefa que te guarde la plata.

—Mira, Beto, el ojo no tiene salvación. Así bajara San Pedro con las llaves de la puerta del cielo, no hay remedio. No veré la luz por ese lado.

Yo quería que el Beto se sintiera bien pagado porque en cualquier momento se me podía voltear. Aparte de azuzón, era muy cambiante. Me aferré y nos repartimos kilo y kilo. Después las rentas fueron bajando; hasta que llegamos a doscientos. También le decomisaba sus chochos. Apenas entraba su *camión* (la vieja que mete el chocho), le pedía hasta cien pastillas.

Fui haciendo amistad con el Mata. Nos llegamos a poner bien chocolates. Cheleábamos muy sabroso. Me di cuenta que no era malo, que solamente era influenciable. No niego que varias veces llegué a pensar: «Le meto diez chochos, me lo duermo, me lo jalo a los baños y allá me lo enfierro hasta matarlo.» Pero el Mata era noble y lo dejé de rentear.

Un día llegó el Beto Nieves y me aventó sobre mi cama un envoltorio ensangrentado.

—Estuvo buena la tarde. Me hubiera gustado cortar el rabo, pero me conformo. Tenga: se la regalo.

Abrí el paquete. Era una oreja. No me dijo nada y salió con una sonrisita maliciosa. Era del Aguacate. Nadie supo quién lo mató. Todos saben que murió desorejado. Para mí que a Beto le pagaron por matarlo. Esa muerte es propia de los delatores. Si el muerto hubiera sido para mí, pues me hubiera traído el ojo, ¿no?

Años después, ya estaba libre cuando me enteré que Beto Nieves se había escapado de la prisión. Murieron muchos en la fuga. Meses después lo atraparon en un asalto fallido. Lo enviaron a Almoloya. Apenas iba llegando cuando lo asesinaron bestialmente: 150 puñaladas para él solito. Diez reclusos de alta peligrosidad lo dejaron como coladera. El que a hierro mata...

\*

Tenía dos fajos de mota, 44 cigarros en total; dejé uno dentro de mi almohada y el otro fajo me lo llevé oculto en el sobaco. Le dije al Jarocho, mi cuñado, así le decía porque tenía una hermana bien bonita:

—Vámonos a vender mota al pueblo.

Y nos lanzamos; allí estábamos, tomándonos un café negro mientras ofrecíamos la mercancía. De repente dieron las once y le dije al cuñado:

—Va a venir mi piel y la familia; me tengo que bañar, ¿te pones a vender?

—No. También va a venir mi florecita.

—Entonces vamos a bañarnos y luego seguimos vendiendo. Les fiamos y luego les cobramos:

—¿Cuántas fiadaas? Para después de la vi-si-ta...

En la cárcel no perdí jamás el pudor; me daba pena que me estuvieran viendo desnudo. Tampoco quería ver tantas nalgas y miembros... Y luego que el mío está bien flaquito, chale. Mejor me esperaba hasta que el baño estuviera vacío.

—¡Cuñado, ya va a llegar mi piel!

Me estaba peinando cuando oigo:

—¡Román Lara Guzmán! ¡Visita!

—Ahí voy, ¿quién es?

—Una dama.

Mi prima la media buena andaba de ratera y me llevaba cosas; por eso me encantaba recibirla. Ya estaba por salir cuando llegó el Gabacho:

—¿Ya vas a cerrar? Préstame la llave.

—No, mi buen, adentro hay dinamita y puede explotar —él ya sabía a qué me refería—, y si llega la bronca no vas a aguantar.

—Te la llevo en diez minutos.

—Está la bomba. Si vienen los monos y te tuercen, a mí me enjuagas. Tú paras el tacho.

Me llevé tres motas para fumármelas con mi prima.

—Qué onda, Luzma.

—¿Ya comiste?

—No, pero pídemme unas quesadillas, una torta y un café bien cargado...

¿Y qué me trajiste?

—Unos oritos.

Eran unos aretes y una esclava que le había robado a una de mis tías.

—Y también cincuenta lucas.

—Presta. Has de traer más, pero no quieres aflojar.

—Verdad de Dios, nada más traigo para pagar el desayuno. ¿Cómo te la llevas, carnal?

—Chingón. Soy todo un magnate.

Pasaron como 50 minutos y el Gabacho no llegaba. «Ya se columpió con la llave.» Cuando de repente vienen los gritones (los que cobran la lista para que los internos no interrumpen su tiempo de visita) y me hacen señas para que fuera con ellos.

—Es que te hablan en tu celda.

—¿Y pa' que me quieren? Estoy con mi visita; lo que quieran, después. Se van y regresan con el custodio.

—Ven acá. Vamos a tu celda.

—Para qué. De una vez, suéltala.

—No sé para que te quiera el comandante.

—Espérame, Luzma, ahorita vengo.

Ya les había ganado, dos tres veces con la mota.

—Pásale, Peloncito, contigo queríamos hablar.

—Sí, pues dígame. A sus órdenes.

Y sacó de su chamarra un paquete:

—Esto es tuyo, te pertenece.

Miré a los demás. «Si lo niego van a jalar parejo con todos.»

—Son mías.

—Ándale, así me gustan. Ya te me estabas escapando.

—Pues sí, pero —me le acerqué al oído— vamos hacer fianza. Le voy a dar...

—No. Tráiganselo. Siempre nos burla.

—Aguante. Los voy a alivianar a los dos.

—No, vámonos a la Dirección.

Al pasar, me vio mi prima:

—¿Qué pasó? ¿Dónde se lo llevan?

—Me cayó la voladora. Ya vete a tu cantón.

—Ofréceles 500.

—Nada, señorita. Váyase a su casa y dígame a su familia que no lo venga a ver mínimo un mes.

—¿No se te ofrece nada?

—Préstame una feria; voy a estar a raya.

—Toma 150.

Me subieron con el director:

—¿Otra vez tú? ¿Ahora qué hiciste? ¿Qué le encontraron?

—Este paquete nada más.

—Pa' tras. Y ni digas nada porque te la revienta.

Pas. De todos modos una bofetada.

—¿Te gusta estar castigado?

—No, jefe.

—Pues parece que sí. Siempre estás en el hoyo. Llévenselo... Te voy a decir una cosa: la próxima que lo hagas, te voy a dejar de población en Zeta O, ya que tanto te gusta estar allá, y ya no vas a salir.

El anexo del dormitorio 4 es Zeta O; consta de cuatro zonas: de la 9 a la 12. En cuanto abrieron la zona 12, de inmediato cuatro méndigos infelices me enseñaron el fierro:

—¡Preste todo el resto! Túmbale los pantalones, la chamarra —una de mezclilla que me acababa de llevar mi señora—, la camisa, los rieles.

—Nada más regálenme unos relingos para no estar en calzones.

—Dale unos trapos.

No pude ni meter las manos. Estaba vociferando cuando se me acercaron dos de los que me acababan de robar, el Tortas y el Luthor; los otros eran el Quezada y el Locón.

—¿Tú eres el Pelón del Dormitorio 2?

—Cincho.

—¿Y por qué estás enojado?

—Es que son culeradas. Yo me rajo la madre contigo, Tortas, y contigo, Luthor, y con los otros dos; pero de chile a chile, de cabrón a cabrón, nada de fierros, nada de mamadas: a putazos.

Así como está Connan, el luchador, así era el Luthor, una madrezota: puro músculo y ni así me pandié:

—Yo me rajo la madre contigo y con tu pinche cuerpezote. Son mamadas llegarle a un cristiano con el fierro.

—¿A poco sí, Pelón? ¿Muy uyuyuy?

—Pues sí. Ahi nomás, no muy acá, pero sí dos tres.

—Ah, ¿cómo lo ves mi Luthor?

—Está espeso el chavo.

—A los hechos sin tanto lara lara.

—Yo soy la banda —se las cambié—. Mira: kilo y medio, ¿qué quieren? ¿Chochos? ¡Simón! ¿Tú? ¿Tú? Va. Fiii, fiut.

Me asomé por el barandal, hacia la zona 10, donde estaba mi cuate:

—Ése, mi Beto.

—Ah, ¿eres compa del Beto Nieves?

—Ts, somos hermanos.

—¿Qué onda, Pelón? ¿Aquí estás?

—Sí. Ahí te va la lana, envíame unos chochos —y le aventé la araña.

—Aquí están las pastas, ¿cuántos se tumban?

—Los que quieras.

—Tomen, cinco para cada uno; y para mí, otros cinco. ¿Se quieren dar un chupa y soplas? ¡Beto, háblale a mi cuñado y que te mande un paco de mota, que digo yo!

—Manda un escrito; no me va a creer.

Como a los diez minutos me gritó:

—Ése, Pelón, envía la araña.

—¿Cuántas son?

—Trece.

—Manda ocho y quédate con cinco.

Ya estando bien chidos, les dije:

—Yo me parto la madre con cualquiera de ustedes. Miren, el Beto y yo no chocamos porque sabemos la clase de alacranes que somos.

—¿A poco sí? Vamos a ver si es cierto. Ahorita que venga el Quezada y el Locón les vas a romper su maika; a ver si eres acá.

—Pa'mí son pan comido esos dos y dos más. Lo que no soporto es que hagan montón.

—No, mi buen, nosotros te vamos hacer un paro.

—¿Y si no me lo hacen? ¿Qué tal si los cuatro me la parten?

—No, mira. Checa.

Y sacaron de una franela roja cuatro fierrotos. Una chulada. Bien limados, bien hehecitos. Hasta puliditos. Parecían espadas de torero.

—Te hacemos un paro; el Quezada y el Locón se fueron por el rancho.

—Va. Mientras me motivo para agarrar calor.

Como que me sentí flotar encima de ellos. «Pa' que vean que no me pando.» Creí que ya con eso me iban a tener miedo, que verdaderamente estaba loco. Pero se me acabó el acelere y me seguí drogando. En eso entró el Quezada. Ya me habían prevenido:

—Aguas con las patas de ese güey; de un patadón te anda rompiendo la quijada Es muy rápido con los pies.

«Me voy a aventar otro chocho para darme valor.» El Quezada prendió una mota y se quedó parado junto a su celda Pasé junto a él y le dije:

—Compa, se agarzaron echándome motón y eso no es de cabrones. Pinches garufas, ¿qué te parece si me devuelves la copa?

—Sabes qué, muchachón, quítate de mi vista porque no la vas a aguantar.

Y la pensé. Estaba todo barbonzote y yo soy bien lampiño. Me espantó. Me sentí chiquitito.

—Es neto. Dame lo mío o te voy a reventar tu madre.

—Bueno, ¿qué traes?

—Lo que quieras.

Metió la mano a la celda y dijo:

—Yo quiero con esto.

Y sacó un fierrote. Me hice para atrás.

—Deja esa madre, aguanta.

—¿Se quería romper su madre? Pues va. Agarre con qué.

Y empezaron todos:

—¡Deja esa fregadera! ¡Te está diciendo que a putazos!

—Órale.

En un pedacito de pasillo, donde apenas cabe un hombre me soltó el primer patín. Pum. Lo alcancé esquivar tantito, lo agarré de la pata y pas cayó al suelo y lo empecé a agandallar:

—Párate. Párate.

(Siempre he tenido esa onda: los tiro y dejo que se paren cuando apenas está empezando el tiro. Si están caídos no me divierto.)

Y nos desgreamos; a ver quién jalaba más fuerte. En el suelo lo empecé a achicalar.

—Ya estuvo, ya estuvo.

Me paré. A los primeros golpes se dobló. Se me infló el ego y me empecé a pasear en todo el pasillo con el pecho inflamado de orgullo. Me sentía Kin Kong:

—Se los dije: todavía le queda chile al molcajete. Y ahorita que venga el otro, van a ver. Esto no es nada.

Llegó el Locón y le empezaron a platicar mi hazaña. Se sentó, agarró aire. Uuuf.

—Si quieres date las tres —me ofrecieron.

—No, yo traigo mi mota —me seguía paseando—. Ahorita vas a ver; se pasaron de gandallas.

Cuando me acabé el toque, le dije al Locón:

—Que tranza. ¿Quieres besar la tierra?

—Yo no soy el Quezada. Yo sí te quiebro.

—Pues como va.

Y me quité la camisa. Él también se la quitó y lo vi de cuerpo entero. Ganas me dieron de decirle: «Ya estuvo, nada más estaba de hocicón.» Él sí era güero. Tenebroso. Yo todo flaquito. Morenillo. Les doy chance que me den los primeros guamazos para cegarme. En el pedacito de pasillo nos

empezamos a dar. Y pum pum. Quedamos uno arriba del otro. Una ráfaga luminosa y magenta me encegueció. Y que me le voy encima. Lo arrinconé en la reja y le empecé a dar madrazo sobre madrazo chin chin. Se cayó y le coloqué uno bien prendido en la mandíbula.

—Párate.

Pas pas, otra vez lo volví arrinconar. Le cacé el punto donde, si le pegaba ahí, se caía. Le conecté varios ganchos hasta que consiguió tirarme. Rebotó encima de mí y me empezó a masacrar. Y se aplicó dándome en la nariz. Pum, pum. Por eso la tengo chueca. Me dejó la boca toda floreada. Como no me dejaba parar, lo agarré de las muñecas y trataba de levantar la cabeza para darle unos chipotazos. Él me seguía pegando:

—Déjame parar; yo te dejé dos veces.

—Por pendejo.

Entonces el Luthor le dio una patada en la panza y lo rebotó.

—Ahora sí, márchate.

—No. Que agarre aire y nos damos un trezón.

Y los dos caímos; nos estábamos dando al por mayor. En una de esas nos paramos, sangrados de la cara, de las bocas. Se fue haciendo para atrás, atrás... Se metió a su celda, y de la litera sacó un cuchillote:

—Agárrate. Ya fue a putazos, ahora es a fierrazos —me miraba con odio—. Órale. Agarre con qué, ¿se le arruga?

Voltí a ver al Luthor y al Tortas.

—Va. No te dejes.

Y me aventaron un fierro y una cobija.

Nos quedamos en posición. «Valen más las lágrimas de mi vieja y mi mamá, que la vida de este tarugo. Uta, pero él me va achicalar. ¡Carajo! Preferible que vengan a verme a tragar rancho y no tierra. ¡A la chingada!» Y me le fui con la intención de matarlo, por Dios. O de que me matara. Y se empezó a hacer para atrás. Se pandeó. En eso se abrió la reja:

—Quietos hijos de Juana la Loca.

Y entraron los custodios, el Beto Nieves, el Jarocho, el Texcoco... Todos mis valedores y hasta los custodios parando la bronca:

—¿Qué paso aquí?

—Yo no soy chiva ni puto; no es la primera vez que estoy en un apando y tú sabes cómo se juega aquí; me quisieron atracar y no estoy pendejo ni dejado. Que presten lo mío.

Y me metí a su celda y me puse mi chamarra, mis pantalones..., todo lo que me habían tumbado.

—Ya estuvo —dijo el custodio—. Váyanse a lavar.

Obedecimos, mirándonos feo. La hemorragia no me paraba. Me lavaba y me volvía a salir sangre. Total, me limpié con mi camisa, que ya estaba sangrada.

—Órale, a sus celdas.

Ya en mi celda los custodios me pidieron que me bajara a la Zona 2.

—No, jefe, aquí estoy bien.

—Obedece. Te evito pedos a ti y me los evitas a mí. Además, lo hago por tu bien. La especialidad del Locón es matar a traición; mejor te cambiamos de zona. Agarra tus cosas.

Todavía tuve agallas para amenazar al Locón:

—En cualquier momento te vengo a rajar tu madre.

—A mí no me espantas.

Ya iba de salida cuando vi al Luthor:

—Te regalo este anillo. Véndanlo o échense un volado. Es mejor aflojar las cosas por las buenas. Ahi nos vemos.

Es muy reconocido que te surtas al chingón: te empiezan a respetar. El volumen del cuerpo vale madres: son toscos, pero para aventarse un tiro son lentos. Los cuerpos me apantallaban mucho. Le metían al gimnasio machín. Mi único ejercicio era levantar barra con los chochos y el toque de mota. ¿Cuándo iba a hacer volumen? Solamente en los cachetes, fumando.

Ya en la Zona 2 no tuve líos. Me la llevé más tranquilo. Nadie se metía conmigo. Veía que les pegaban, les robaban: me valía, yo en lo mío. De lo que atracaban, me invitaban mota. La fama del Pelón era grande en la cárcel. Tan grande como la de Kawasaki en la calle.

Cumplí con mi castigo de un mes; el mismo día que me dieron el indulto, se lo otorgaron al Locón. Los dos estábamos en la dirección, donde nos leyeron la cartilla. Nos echábamos miradas matafinas. Me acalambré. «Me va agarrar por la espalda.» Cada que lo veía en la visita, en los baños, en cualquier lado o cuando pasaba junto a mí, luego luego: espalda a la pared. Nos mirábamos feo, pero ya no me decía nada. Me dejaba intranquilo. Hasta que una mañana, como las diez, estaba sentado en la rampa del dormitorio, asoléandome como lagartija, cuando vi que venía corriendo el Locón por el pasillo; se aproximó a mí y me levanté:

—¿Qué quieres?

—Hazte para allá. A un metro, pa'tras. Préstame un fierro. Me están persiguiendo.

—Nooo. Si es el gancho. Qué tal si me das cran. No uso esas madres, tú lo sabes.

(Y si tenía uno; no cargando, pero sí en mi celda.)

Se fue corriendo al dormitorio y atrás de él entraron los Gatos, tres carnales. Dos minutos después salieron tranquilos, platicando.

Un cuate mío llegó a chismearme:

—¿Qué crees? Ya se chingaron a tu coco.

—¿Quién, tú?

—Acaban de matar al Locón.

—¿Ah? Pero si acaba de entrar.

—Ahí está tirado. Lo ajusticiaron.

Lo fui a ver. Tenía como ocho agujeros. Los Gatos lo habían asesinado. A un lado del Cristo (al final de cada anexo hay un Cristo), ahí se lo ejecutaron.

Dejé de cuidarme la espalda. A los Gatos los castigaron, pero no pagaron el homicidio. Algunos, en ese tiempo, mataban y no pagaban el crimen porque el director era del barrio, de la Pensil; los presos podían hacer y deshacer porque el director y varios presos se conocían desde chamacos.

\*

Mi esposa iba a la íntima cada ocho días. Sabina entraba como desde las seis de la tarde del sábado y se iba a las dos de la tarde del otro día. Me daban mucho tiempo porque la había sacado por la derecha; cumplí con todos los requisitos y el papeleo que exige la dirección técnica. También tenía derecho los lunes para amanecer martes, pero esa nunca la utilicé sino que la realizaba. Los internos hacíamos muchas tranzas con esos permisos; por ejemplo, si un cuate me decía:

—Oye, véndeme un día. Me urge, mano. Ya me aburrió la manuela.

Si los veía desesperados, flacos y ojerosos de tanto aguantarse, les vendía mi lunes en cincuenta mil pesos, de los viejos; dependiendo del pez era la pedrada. Bastaba con que su vieja entrara a mi nombre; a los compañeros les decía:

—Pero no te enceles. Yo la tengo que recoger en la dirección y abrazarla, darle su besito y decirle sus frases acarameladas. Después te la llevó al hotel. Te metes, te esperas y nos recibes.

Por fuera, el edificio de la íntima parece hotel de lujo. Ni el Lirio está tan chido. Pero el cuarto era una celdita mal pintada. Las paredes embarradas de porquería. La cama, de piedra. Los colchones, sucios. Una mesa y unos bancos de cemento. Todo era igual que una celda, la diferencia era que tenías

una piel a un lado. Cada que nos tocaba colchón, teníamos que llevar sábanas, cobijas, cubeta con los utensilios del baño, parrilla... Si querías ver la tele, tenías que pagar el alquiler.

Había varios turnos. Si la esposa de los reclusos también estaba en recluida en otra cárcel la mandaban traer y hasta tres días podía quedarse. Algunas hasta con su hijos venían. También se podía mandar recados a equis reclusorio femenil pidiendo una vieja con tales y tales características. Te costaban 200 pesos el servicio.

Las autoridades no investigaban realmente quién visitaba a quién porque había compas que tenían dos tres esposas o amantes. Claro, algunos custodios me cabuleaban:

—¿Cuántas viejas tienes?

—Tsss, qué quieres, uno que es galán y padrote.

Mi esposa llegaba a platicarme sus problemas, pero lo único que yo quería era accionar: estar encima de ella. Nada de lo suyo me interesaba; él único que sufría era miguelito.

—Ya, doña Angustias. No se ahogue en un vaso de agua.

—Es que si tú estuvieras afuera. Si no la hubieras regado. Vengo de tan lejos y ni siquiera disfruto el acto sexual. Te voy a decir algo con toda franqueza: no me satisfaces.

Uta. Cuando tenía ganas de insultar el ego, se descosía. Las mujeres son buenas para eso. Sus reproches me ponían mal y la golpeaba. Y luego hacíamos el amor. Al sábado siguiente volvía a ir. Creo que le gustaban sus guamazos. Si yo fuera mujer y me pegara algún pendejo, le diría:

—Te vas a chingar a tu madre. Y haz un agujero en el colchón porque yo no regreso. Jamás. Cógete a un preso de aquí, pero yo no vuelvo.

Un día, en el comedor del penal, mi mujer estaba con su eterna cantaleta y no sabía cómo callarla; vi a un cuate ofreciendo mercancía:

—¿Cuántos? ¿Cuántos? Sí hay. Sí hay.

—Dame dos chochos.

—¿No te digo? Eres una lacra. Yo no tengo necesidad de estar viniéndote a ver.

—No quiero pelear. Espérame, ahorita vengo.

Fui a comprar dos cafés bien cargados; partí un chocho a la mitad y se lo eché a su café:

—Mi amor, no hay que pelear, chiquita chula. Mua —le di un picorete tronado.

Siguió echándome cacayas hasta que se quedó dormida. «Ya se durmió esta lora. Qué bonita se ve callada».

Se me empezó a remorder la conciencia cuando empezaron a gritar que la visita se había terminado.

—¿Humm? ¿Qué? ¿Adónde? Me siento mal. Mareada.

—No. ¿Sí? Son los berrinches. Se te ha de haber bajado la presión. Ya no te enojas; mira cómo te pones. Hasta demacrada te ves.

—Jefe, mi mujer está malita. Tome cinco pesos para se haga de la vista gorda y pueda quedarse otras dos horas. Está malita.

—Váyanse a otro lugar, donde no sean muy vistos.

Estuve platicando con ella, pero se me dormía: «Chale, qué poca mi madre, ¿qué tal si la aplasta una combi? Está toda chicles.»

Total, se fue a las siete de la noche; ya menos chocha que al principio:

—Vete con cuidado. Voltea para todos lados; asegúrate que no pasen autos.

Así eran nuestras visitas. Seguido, salía llorando. Aguantó candela. Había veces que la quería tener, verla, estar con ella. La realidad de las cosas es que íbamos a la íntima y ni siquiera echaba vara; todo chocho, ¿pues cómo? La neta: está canijo que se erecte el miembro en esas condiciones. Ni ganas te dan. Con la droga, como que ya no das el ancho. «Ay, ya que a esta vieja ya se le quite rápido lo caliente para irme a dar un toque.» A veces estás concentrado, pero ya no hay erección ni reacción. Nada más calentaba la olla de los frijoles y no me la comía. Y era cuando más se enojaba la Sabina:

—Nada más te vienes a enchochar. Si te hago pendejo no preguntes por qué.

«Uta. Qué tal si se la coge un fulano porque yo no le cumplí... La mato, la destripo si un desgraciado se la enchila.»

En la cárcel, donde la mente está más enferma, llegué a pagar placer. No sentía satisfacción con lo que tenía; mi mujer no me dejaba bien. Si le pedía:

—Vamos a hacerlo de a pollito rostizado.

—Eres un depravado. Un brusco. Tienes que ir con el psicólogo.

—Déjame bajar al pozo; no seas gacha.

—Cochino, y todavía me quieres besar, ¿con cuántas no has de haber bajado? Te vas enroñar.

—Si te dejas guiar, lo vas a disfrutar; pero si estás con que no eres actriz de película porno, estás mal.

Como ocho años le rogué a mi vieja que me dejara darle el beso negro. Sus negativas me apagaban. Y me iba a buscar otros tipos de placeres. El sexo

era muy divertido en los hoteles, donde había espejos de los techos: ¡Ay, como si fueran diez pieles para mí solito! Me sentía un sultán.

Por fin, un día convencí a mi esposa para que fuera a ver un psicólogo y le hablara de sus traumas. El día de hoy es más accesible a una petición mía. Ya entendió que no es nada malo, que son fantasías. Ahora sí me la cotorreo chido con mi vieja, y eso me ha motivado; ya me hice la prueba del sida y fue negativo. La raíz de mi lujuria, la razón por la que tuve relaciones sexuales a diestra y siniestra era para imaginar que estaba con mi tía, que la poseía. Que volvía a bajar al pozo. Toda mi vida viví deseándola. Hasta la fecha, que ya está ruca, todavía está buenísima.

Todo está fresco en mi memoria. Una noche mi papá salió a pasear con mi mamá; antes de salir le dijo a mi tía:

—Sonia, vamos a ir, Amanda y yo, al teatro; te encargamos a los niños.

Ella tenía como quince años. Yo tenía seis; Luis Alberto, cinco. Vimos una película y nos mandó a acostar. Al rato llegó y se acostó en medio de los dos. No me di cuenta cuándo se desnudó. Hizo a un lado las cobijas y se abrió de piernas y zambutió mi cara en su vagina. Mientras Luis Alberto se daba la gran vida mamándole las tetas. Y luego nos cambiaba: a mí pa'riba y a Luis Alberto, abajo. Luego se volteaba y le chupábamos el ano. Chupe y chupe mientras nos agarraba nuestras cositas y se los quería penetrar. No sabíamos lo que hacíamos, pero estando ahí como que aflora el instinto sexual y se desboca.

Luego, muy quitada de la pena, nos hizo a un lado, se levantó y nos llevó al baño, donde nos lavó la boca con jabón. En ese momento entraron mis papás.

—Sonia, ¿qué les haces a los niños?

—No, cuñado, les estoy lavando la boquita. Les huele feo. No les lavan los dientes a estos niños.

—Ah, bueno. Hasta mañana.

Al otro día se lo platiqué a mi papá:

—Mi tía Soni se encueró y nos hizo chuparle su cosa.

Mi papá se quedó callado. Después me pidió que no le dijera nada a mi mamá; que con decirle a él era suficiente. Cuando tenía 18 años me dieron ganas de cantarle sobre el negocio: «Tía, ahora sí, presta. Móchate. Si eso me comí de chiquito, debería comérmelo de grandote.» Cuando va a la casa, con mirada libidinosa le veo el trasero: lo tiene en forma de corazón. Mejor me salgo. No aguanto la presión. Me costó mucho trabajo verla con respeto. Cada que me acuerdo, como ahora, hasta me llega su olor.

Se recibió de psicóloga. Un buen día caí en la cuenta que ella sólo andaba con amigas. En una ocasión me llevó a tomar un helado con una ganadora de Miss México. Vivieron juntas un tiempo. Ahorita tiene como diez años viviendo con una chava. Luego va a platicar sus romances con mi mamá, y se pone a llorar. «Chale, tía, habiendo hombres tan golosos como yo, y andas desperdiciando ese tesoro.»

Lo he tratado de platicar con mi hermano: «¿Te acuerdas, carnal, cuando la tía Sonia nos llevó al río?»

—Estás pendejo. Yo no me acuerdo.

Y se empieza a reír. Casi con nadie lo he platicado, solamente cuando algún amigo me ha contado que lo violaron de chavalillo o que abusaron o lo pervirtieron. Entonces les compartía la historia de la tía, no en plan de alarde sino para aliviarlos.

A pesar de que vivía obsesionado por esa fantasía nunca pedía sexo oral; me daba pena que las morras me tomaran por un sátiro. O ignoraba que ellas podían recibir satisfacción. Eso lo aprendí con la Lucero, cuando me pidió que de orillita de la cama, que de patita de ángel, que de arañita, de a cucharita... Uta, parecía que me hablaba en inglés... Desde ahí preferí a las señoras: es más chido con ellas, como que son más ponedoras que las chamacas, que de todo se quejan. Y todo les apena.

\*

«Dios mío, ya llevo dos años, ya dame chance de irme. Te prometo que voy a cambiar.» Le prometía a Dios que iba a ser bien chambeador, buen padre, buen hijo... Buen todo. De verdad lo quería sorprender. Deseaba que Dios se admirara de mí. Pero al tercer año los problemas siguieron. Al cuarto... Algo me hacía ser más rebelde. Con frecuencia subía a la dirección para preguntar:

—Señorita, ¿cuándo me voy?

—Te vas el 21 de mayo del 95.

—Pues voy a darles lata hasta entonces; a ver si me abren la puerta antes.

Era un hecho que iba a salir en esa fecha, pero yo seguía preguntando lo mismo, y la misma respuesta me dieron. Ya no aguantaba la presión de la cárcel ni las golpizas de los custodios; me pegaron un montón de veces. Como la vez que me encueraron en los baños y me agarraron a manguerazos. Me dejaron el cuerpo verde; no me paré en una semana.

Una bola de pránganas estábamos fumando mota y bebiendo whisky, un verdadero lujazo. Nos quedamos dormidos. Al otro día, muy tempranito, se

levantó el Jonás y nos invitó a desayunar, pero con la novedad de que se habían robado la despensa:

—No mamen. Si yo me moché con los alcoholes y la mota ¿porqué me roban? No sean gandules —habíamos siete—; esas son marranadas. Ustedes saben que yo no soy chiva, pero les voy a decir a los monos que arreglen este asunto.

Jonás se mochó con los custodios para que saliera el bueno. Primero nos interrogaron por las buenas:

—¿Quién fue? ¡Ah!, ¿ninguno? Ahorita van aflojar...

Y todos:

—No, jefecitos, verdá de Dios.

Ahí Dios es bien rifado. Su nombre es Ley.

—Pásenle todos al baño. Encuérense.

Quedamos completamente desnudos. Agarramos un tabique partido a la mitad y en cuclillas fuimos tallando los tabiques del suelo y un custodio, atrás de nosotros, echándonos agua helada. Eso no es nada, es una caricia; lo chulo viene cuando, ya bien mojados, nos dieron con la *morena*, una manguera de caucho. Nos aplicaron manguerazos del tres-tres: Pas-pas-pas, de triple acción por todo el cuerpo. A cada madrazo el custodio se calentaba más.

—Ya no, jefecito. Ya párale, por tu mamacita chula.

—A ver, échales más agua. Y síganle haciendo chueco y el que se pare, manguerazo. Tú fuiste.

—Por mi madrecita, que en paz descanse, se lo juro, que yo no fui.

Y pas-pas-pas. Todos temblábamos. De frío, de miedo, de dolor. Como diez vueltas dio el custodio y nos pegó por todo el cuerpo. Llegó el momento en que me dieron ganas de echarme la culpa. Estaba a punto, cuando dos chavos aceptaron el robo.

—Ah, ¿ustedes fueron? Pues vámonos recios.

—Pero si ya confesamos.

—Sí, pero ya les pegué a esta bola de pendejos. Miren cómo los dejé.

No quedábamos morados sino negros. Y que prendo la mecha: «Ahora dame chance de partirme la madre con ellos. A ti no te puedo rajar tu madre», le dije llorando.

—No, deja. Ahora debo vengarlos a todos ustedes —y les dio una pela marca diablo y los mandó al módulo de alta seguridad hechos un picadillo.

Por supuesto que los internos nos sabemos muchas mañas para burlar la vigilancia de los custodios. A pesar de nuestras precauciones, nos llegan a caer. Había algunos custodios muy colmilludos. En especial, una pareja; el

Silencioso y el Aguirre. Eran sabuesos; no sabíamos ni por dónde nos llegaban. Se vestían de beige o azul, de los colores reglamentarios de los internos. El Silencioso tenía más de veinte años de custodio. Una vez entró el Aguirre a mi celda y se acostó en mi cama:

—¿Qué onda, jefe?

—Párate. Trátame como un valedor.

—No me agarres de carnada para cinchar a otros. Me quemas con la banda.

No me hizo caso y se acostó. Al rato llegó un compa, que chambeada boleando zapatos:

—Móchate con un marol —así le decíamos a las pastas.

—No. Estoy ocupado —señalándole al Aguirre, y no la capeaba—. No tengo.

—Pues si tú siempre traes. ¿Cómo que andas erizo? Es más fácil que no traigas calzones, que maroles.

Para callarle el hocico, le pedí que me boleara.

—Un toquecito ya de perdida.

—No tengo, la neta. No ha venido la familia.

El pinche Aguirre nada más lo estaba viendo y le dijo:

—Oye, compa, ¿a poco sí te laten los maroles?

—Un madral. ¿Eres nuevo?

—Sí.

—Aquí hay de todo lo que quieras: maroles, mota, coca...

—Yo la quiero hacer con un marol, ¿quién los vende?

—No, pues se dice el pecado no el pecador. Si quieres presta, yo te traigo.

—No, quién los vende.

—No, pues sácate a la verga; no te voy a decir.

—Mira, no soy ningún tierno. Nada más te pregunté por los chochos.

—Pues sí, pero me quieres sondear. Vete a la chingada.

Y que se para el Aguirre y que se lo madrea. El bolero ya lo iba a descontar, pero le dije que se aguantara, que ya había cagado el palo. Le rogamos al custodio, el Nacho y yo, para que no se lo llevaran a la dirección. Esos dos guardias nos caían a la de sin susto. En un parpadeo, ya los teníamos ahí.

Dentro de ese mundo carcelario, uno quisiera ver caras conocidas; uno lo desea tanto, que al rato parece cumplirse: mis amigos del barrio fueron llegando a la Peni; al principio de mi condena, cada quince días o veinte, me sacaban de Santa Marta para llevarme al Reclusorio Oriente, a carearme con

el Puqui; él estaba en la calle, lo acompañaba su papá. Una vez lo estaba esperando, lo buscaba con la mirada por los juzgados, pero lo vi aparecer por el túnel, donde salen los reclusos:

—¿Qué pasó?

—Me atoraron por robar el Hotel Flamingos.

Después llegó el Rolling y Fernando el Caballo. Al Puqui no lo tuve en mis manos. Ni al Caballo; pero al Rolling, sí. Y en vez de hacerle un paro, le hice la vida imposible. Lo bronqueaba nada más para demostrarle que si yo no le hacía un paro, nadie se lo iba a hacer. Pero también di opción a muchos para que lo golpearan y lo robaran. Como era un pendejo, no se defendía. Se la pasaba encerrado en su celda. De estos tres amigos el único que queda vivo soy yo: la muerte no se lleva a los mediocres. El Puqui mató a uno allá adentro. La última vez que lo vi, me lo platicó. Tenía un fierrazo aquí y otro acá. Me pidió de favor que le hablara a su papá para avisarle que lo habían trasladado al Oriente, que ya no fuera al Norte.

—¿Por qué?

—Es que maté a un güey.

—Ay, pinche Puqui, no jodas. ¿Cómo estuvo?

—Me aventé un tiro con él y le gané; el chavo no se quedó con la madriza. Y me apuñaló. Yo le rompí la madre a putazos, ¿por qué me tenía que enfierrar? Me encabroné y lo maté al otro día; en la mañana, a la hora de la lista. Entré a su celda y le di unos fierrazos.

Así me lo platicó, exactamente así.

—Ya te estás quedando —le dije muy triste.

Cuando él se mató yo ya estaba en la calle. Se suicidó. Tenía 22 años. Su esposa se quedó embarazada del primer hijo.

El Caballo fue a dar a prisión porque lo agarró un marido ofendido en pleno infraganti, lo balaceó y lo acusó de adulterio. Con la tripas de fuera llegó a la delegación; le cosieron, pero los intestinos se le veían a través de las costuras. El día que el Caballo me enseñó su panza, muy orgulloso me dijo:

—El Sancho me dio unos cacahutazos.

Él se fue al Reclusorio Norte, por lo del adulterio y otros procesos pendientes; ya no supe nada de él. Cuatro años después, ya estando libre, decidí irlo a visitar. Queriéndome portar buena onda le dije a una amiga mía:

—Mira, manita, te voy a hablar al chile pelón. Vas a ir a coger con mi compadre; merece un palito carcelero. Es tipo buena onda, galán. No quiero que después te llames engañada.

Ella aceptó el trato. Ningún billete de por medio. Llegué a la visita y le dije al Caballo:

—Te traigo una nalguita para que te las cotorrees. Yo sí sé de las necesidades de la cárcel. Ahora, si te quieres poner guapo y pagarme el favor, sácate la coca.

—No sé cómo se consigue.

—Te voy a conectar. Desde afuera la sigo moviendo —y tronando los dedos le llamé a uno de los efectivos—: ¡Ey, Soto! Te recomiendo aquí, a mi hermano. Es la banda; lo que se le ofrezca a mi compadre. Si te queda a deber una feria, yo saldo.

Desde ese momento le abrí la puerta y empezó a conectar el perico y a meterse en líos. Mi amiga se enamoró de él. A mí no me agradó porque la manipulaba. Ella sólo trabajaba para llevarle despensa y mil cosas. Lo trataba de a rey. Al rato confesó que estaba embarazada del Fernando.

—Tu compadre quiere verte.

—Que se rasque solo.

No quería irlo a ver porque ya sabía que se había embarcado con el Soto.

—Por favor, ve a visitarlo; tiene muchos problemas —me rogaba mi amiga.

—Nel. En la cárcel, lo que pides riendo, lo pagas llorando.

Ya no fui. Un día mi amiga llegó al barrio histérica, llorando y panzona:

—Mataron a Fernando. No sé qué pasó; no me dejaron entrar.

Fui a comprar el periódico y vi su foto. Me enteré que había habido un motín, que en medio de la confusión, lo habían golpeado hasta reventarle las vísceras.

Así murió el Caballo. El Rolling murió libre; los dos ya habíamos saldado nuestras condenas. Cuando cumplió 20 años nos reunimos con los cuates en Doctora, afuera de su casa, para celebrarlo. En bola fuimos a escogerle su pastel. Nos pusimos chidos con activo, cemento, chochos y cuanta madre. Bailamos el vals, partimos el pastel; nos comimos la mitad y le dijimos que se metiera un rato para que conviviera con su mamá y su hermana. A las dos horas salió y seguimos cotorreando; nos dieron las once de la noche.

—Yo me abro —les dije—. Me toca quedarme con mi hija.

El domingo fui y toqué la puerta de su casa. Me abrió su hermana y le pedí que le echara un grito a su carnal, que lo andaba buscando.

—Tu amigo ya se fue —me contestó muy tranquila.

—¿A dónde?

—Venimos de enterrarlo... ¿Te hago una pregunta? ¿Con quién estaba chemeando? A la una y media del viernes nos vinieron a tocar unos patrulleros. Nos dijeron que a mi hermano le estaba dando un ataque epiléptico. Les di las gracias y lo metí a dormir. Apeataba a cemento. Más al rato empezó a decir: «Me duelen las sienas.» Descansa, manito. «Es que me duelen. No aguanto el dolor de cabeza.» Yo nomás lo acariciaba. «Quiero a hacer del baño.» Me paré y le ayudé a hacer pipí. Lo volví a acostar. Dejó de quejarse. Después se me ocurrió llamarlo, moverlo, «Rodolfo. Rodo...» Ya estaba bien frío. Lo llevamos con el doctor de la esquina.

—Tiene media hora de que falleció de un derrame cerebral.

Empecé a cargar con ese muerto. A remorderme la conciencia de todo lo que le había hecho. Lo hice que me masturbara, lo tiré en la carretera nomás porque sí, le tiré los dientes, lo agarré de bajada en la cárcel...

La vez que me hizo la manuela estábamos cementeando en la casa de los Gemelos y les propuse:

—Vamos a echarnos unas carreritas de chaquetas; a ver quién la llega más lejos. Nomás con una mano. Yo soy derecho y zurdo. ¡A la una... a las dos... y a las...!

Pintábamos las rayas. Les gané. A la segunda les dije que ya me había cansado. Entonces el Rolling, muy solícito, me dijo que me ayudaba.

—¿Ah, sí? Va.

Me acosté y le iba dando instrucciones. Cuando él sintió que ya iba a eyacular, tomó una servilleta y me vine. Como volví a ganar, los Gemelos protestaron:

—No se vale, fue mano negra.

—Aunque sea prieta, les gané.

Al otro día, me encargué que lo supiera toda Tacubaya. «El Rolling me hizo una chaqueta.» «Vamos a decir que es mafer, que le anda sacando al cacahuete. Que le anda jugando al relleno cajetoso.» Él nomás me miraba con odio. Su novia me gustaba mucho y también le fui con el cuento; obvio, la chica no me creyó. Que se lo comprobara. En cuanto él llegó, solamente le dije:

—Ya traje mis servilletas. Hágame otra; usté va a ser mi chaquetero oficial.

El Rolling se dio media vuelta y su novia terminó con él desde ese momento.

Después de su muerte varias veces le dije a mi papá:

—Me pasé de gandalla con él y ya se murió y no me puedo perdonar. A lo mejor se murió resentido conmigo.

—Mira, hijo, tú sólo puedes pedirle a Dios por el descanso de su alma. No hay otra cosa qué hacer.

No tuve dinero para mandarle a hacer su misa; me hubiera gustado. Pero por varios años le prendí sus veladoras. Mucho tiempo me dañó que los muchachos con los yo me crié y me drogué, se murieran. Nunca imaginé que la muerte nos separaría. A lo más que llegué a pensar es que no quería mis hijos se juntaran con los suyos. A partir de la muerte del Rolling empecé a alejarme de las drogas. No quería ser el próximo en petatearme. Por eso regresé con los Alcohólicos.

\*

A mediados del 87 pagué 20 pesos por hacerme un tatuaje. Tan prohibido está tatuarse en la cárcel que te andan haciendo un juicio por eso. De ahí que un cuate le hiciera de 18: que estuviera vigilando. En esa ocasión, el tatuador se aventó cinco horas haciendo tres trabajos. Los tatuajes se hacen con una maquinita que funciona a base de un motor de grabadora o de radio y una pila; una pluma que en la punta lleva una aguja. La pila provoca que la aguja suba y baje como una máquina de coser. El tatuador hace el dibujo en un papel encerado. Cuando ya está el dibujo, te ponen crema o desodorante y te lo pegan. Cuando te lo quitan ya se imprimió el dibujo y pasan sobre él la máquina. Se siente un millón de piquetes. Duele y te sale sangre. Duele tanto, que hasta de tu madre te acuerdas. Ya cuando el tatuaje está marcado aplican fomentos para desinflamar.

Yo le pedí al tatuador que me hiciera una cobra. Fui a la tienda a comprar mis agujas porque ya estaba de moda eso del sidral, el sida, pues. Y empezó a trabajar la máquina y se tropezó con una venita. Apretaba los dientes para no gritar. Pensaba hacerme un tatuaje en toda la espalda, pero ahí sí me puse a pensar en la reacción de la familia. Quería una imagen que vi en un póster. Era un mundo que se veía muy sumido, como en tercera dimensión. Y un diablo de tres cuernos, de ojos rojos, tenía bien apergollada una mujer diabólica que invitaba al pecado. Pero con lo católico que es mi papá me podía excomulgar.

Luego el Limón se apuntó:

—A mí hazme en la espalda un Charlie Brown saliendo de una pizzería.

Como a los cuatro días se lo colorearon. El Alacrán se hizo un perro bulldog, a colores. Se desmayaba del dolor, se despertaba y se fumaba un

toque. Se lo terminaron cuando estaba desmayado. Días después, el Limón exhibía su tatuaje por todo el penal. Yo también lucía el mío con camisa de manga corta.

A los tres meses se me desapareció el Limón. También dejé de ver al Alacrán; así le decían porque tenía un alacranzote a lo largo del brazo, todo flaco igual que él. Dos años después, me los fui a encontrar en Santa Marta. Estaban en la zona de aislados: tenían sida:

—Pero si tú eres machín, Limón. ¿Por qué te dio esa enfermedad?

—Por el tatuaje. Con las agujas que a mí me picaron ya habían picado a otros. Al Rambo, al Chato, al Alacrán...

«Si me da sida, me llevo a dos tres viejas entre las patas; incluyendo a la mía. Yo no me voy solo.» Pero de repente me preocupaba. ¿Y qué tal si ya se lo pegué a la mía? «¡Que se muera junto conmigo, así no sufre!» Con un toque se me olvidaba el cáncer, el sida y todo. Por temor no me hice la prueba del sida en la cárcel, qué tal si me picaban con una aguja infectada. «Y si ya la adquiriré cuando salga me enteraré.»

A los sidosos los iba a visitar seguido para hacer su agonía más contenta:

—¿Cuántos chochos? Ya se van a morir; pues muéranse contentos. Se los voy a dejar baras. Pónganse chidos. En la tarde les traigo más cajas.

Eran mis mejores clientes. Eso sí, no les fiaba; no se fueran a morir sin pagarme.

Tengo otro tatuaje, que para mí es un verdadero enigma: ¿por qué se me ocurrió tatuarme un ojo en la mano? Y luego, tres años después, perdí el ojo. Ya estaba recuperándome, todavía traía el ojo parchado, cuando recordé que en la primaria había leído que un niño se pintaba un ojo en el dedo y que lo levantaba y miraba todo a través de él. Tal vez me quedó esa fijación. Últimamente, que no ando con drogas, me he sumergido hasta el fondo de mi conciencia y no he encontrado el por qué del ojo. Ha de ser porque mi cerebro todavía anda lento. Cuando tenía 18 años, poseía una capacidad impresionante; no para pensar hacia atrás, pero sí para pescar las ideas con más rapidez, a pesar de la droga.

\*

Una de las artes que aprendí a la perfección en la cárcel es la aplicación de la llave china. Me convertí en un experto chinero. Por las noches me salía a los pasillos vestido de kukuxklán. Me cubría el rostro con un pasamontañas y me agazapaba en los baños como un gato. En ese lugar los viciosos acostumbraban intercambiar, vender o jugar apuestas para obtener droga. Yo

nada más esperaba a ver quién era el bueno para seguirlo. Al primer descuido los pescaba del pescuezo y les metía la llave china. Todo es bien rápido. El cuerpo se desguanza. En ese momento lo sueltas porque si se te pasa la mano, le quiebras el pescuezo y lo matas. Les tenía que meter la mano hasta los cojones para sacarles la mercancía. A la hora que vas a agarrar retirada le das cuatro cachetadotas chulas. Y la víctima empieza a jalar oxígeno. A mí nunca se me pasó la mano. Una sola vez un bato se me estaba pelando. Lo metí a la regadera y no reaccionaba. Le eché hielo en los tenates. Se me iba. A puro cachetadón lo reanimé. Se me quitó la maña con ese susto. Ya tenía un buen récord: como cincuenta chineadas.

Un día me la aplicaron a mí. Una vez mi esposa andaba estrenando un reloj y de broma le dije que estaría bien realizarlo por unas motas.

—Estás tonto. Si todavía no lo acabo de pagar y ya te lo quieres fumar.

—Pero sí me lo vas a prestar para que vean el mollejón que traigo.

Ya hacía hambre y me fui a comprar las tortillas, mientras ella sacaba la comida. Ahí andaba estirando más la mano, dándoles tentación. Como que me arreglaba el pelo. Cuando sentí crac: la chinampina. Quise respirar y no pude. Me dormí y desperté a cachetadas. Me dolía la traquea, no podía ni fumar. Me ardía. Me aplicaron la chinampina por maldad porque no me robaron nada.

Las primeras chineadas las practiqué con un tierno que tenía en la celda de castigo. Me subía al banquito y crac. Lo dormía y lo despertaba, pas pas.

—No me sale. Tengo que salir chingón de aquí. Voltéate. Voltéate.

Hasta tres veces se la metía. Mis compañeros también ensayaron con él.

Como en el apando no hay radio ni nada. El tiempo se te hace eterno. Para aligerar los castigos son buenos los tiernos. Yo tuve varios, muy fieles y obedientes:

—Llégame pa'ca, tierno. Estoy bien aburrido. Déjame ponerle a radio Sinfonola, la estación del barrilito.

Le agarraba la oreja y como que le cambiaba al radio. Me cantaba una canción de Los Tigres del Norte. Le subía y le bajaba el volumen.

—Ahora aviéntese una de Mecano.

En fin, recorría el cuadrante y el tierno tenía que esforzarse por imitar a cuanto grupo o cantante le solicitara. Si ya me quería dormir, le exigía:

—Ya cállate. Ya me aburriste. Mejor una canción de cuna. Cánteme a la roro, niño.

Ésa era mi diversión. Los mandaba a que me lavaran mi garra. El despertador eran mis botas de guerra. Y cuando el tierno estaba durmiendo, con la babota escurriéndole, pas: la chancla por media jeta.

\*

Una de las grandes preocupaciones en la cárcel es conseguir dinero. Se trabaja duro para obtenerlo. Pero a veces llega solo, como si el angelito de la guarda se acordara de ti y sus alas se las pusiera a los billetes. Así sucedió la noche que el Chavalo y yo nos desvelamos jugando poleana. Es un juego que tiene sus casetas del 1 al 15, en recta y del 1 al 7 en subida y bajada. Del 1 al 7 te sirve para cubrirte y que no te coman. Y del 1 al 15 donde quiera que pisen, te comen. Y luego vuelve a empezar. La cuestión es que le des la vuelta a todo y te comas a los demás contrincantes. Llegas con las cuatro fichas y tienes la oportunidad de comer. Lo regresas a su casilla y te regalan diez puntos. Y luego haces jugadas en que te comes hasta tres, cuatro y ya avanzaste bastante.

Ya cuando parpadié eran como las dos de la mañana. Oí que en la otra celda estaban hablando. Le llamaban a un cuate que le decían Santa; como estaba con la vista hacia la puerta, vi que salió una mano por debajo de la reja, asomándose a la mía, con un rollo de billetes:

—Contesta —le dije a mi cuate.

—Ahí voy —enronqueció la voz.

Agarró el dinero y se los embolsó.

—Santa.

Y volvió a salir la mano con otro fajo de billetes.

—Gracias.

Y otra vez:

—Santa.

Ahora unos anillos y una esclava de oro.

O sea: adentro de aquella celda un maje se le pasó la mano con la droga y le estaban pasando báscula, y me daban la maleta a mí. Mientras, seguíamos jugando. Le dije en secreto al Chavalo:

—Tú sigue tirando y ve diciendo el número, como que estás jugando mientras yo cuento el billete.

Eran 760 y tantos mil pesos. Una lanísima en efectivo y la cadena con letras de brillantes y un anillote de oro bien perrón.

—Vamos a hablar con la luz apagada y que no te oigan los demás —y nos metimos debajo de los camarotes para ponernos de acuerdo:

—Si mañana me dan unos fierrazos; no voy a soltar prenda —dijo el Chavalo.

—Y si te aflojas y me pones, te parto tu madre y digo que eres el bueno —le advertí.

Al otro día, me fui al 5 a vender mota. Había un cuate que se apellidaba Pardo, y como una línea de mi familia es Pardo, él decía que era mi tío. Me la pasaba diario en su celda; ahí comía y cenaba. Compartíamos los gastos. Él también comerciaba con la mariguana. Me gané su amistad a pulso porque muchas veces me aventé unos tiros por él. Peleaba por su plaza, cada quien tiene la suya, y se la querían quitar. Y a fierrazos, él le saltaba y yo le hacía segunda Éramos buenos valedores:

—Vende tu mota y después vendo la mía —me decía.

Ese día me fui a vender al 5, y le invité al tío un bascardi y a desayunar; si el Chavalito me ponía ya me había gastado mi parte. Al primero que le iba a caer la voladora sería al Santa Martha; después aclararía que él no había recibido nada y se iba a hacer un desmadre. Estaba desayunando cuando llegó un interno a decirme:

—Te andan buscando en tu celda; hay un desmadre. Un resto de enfierrados, como cuatro.

Me puse medio nerviosón. Le dije al Pardo:

—Voy a mi celda. Te doy a dar a guardar la cuenta.

Si le decía que me había robado una feria, me iba a ganar; en cambio, las cuentas de las drogas son sagradas: si te robas una cuenta es como decir échenme unos fierrazos. Y me fui de filo a mi celda. Estaban masacrando al Chavalito. Tenía varios fierrazos en el cuello y la cara. Los pies los tenía en una cubeta de agua fría con unos cables de la luz, para darle toques en los testículos. Lo golpeaban con una solera —una madre de fierro colado, larga como espada—, en el lomo. Sangre en la nariz. También le mojaban la cabeza y le aplicaban toques en el cerebro. Eran como ocho hijos de la tiznada:

—¿Dónde está la feria? De aquí tiene que salir.

Y yo parado, viendo cómo el Chavalito torcía los ojos.

—Por mi mamacita linda, que no la tengo. Que se muera mi jefa.

Y no mentía. Yo tenía la feria. El Santa me dijo:

—Ya, Pelón, retacha la copa. Mira cómo nos dejaron, todos llenos de agujeros.

—A mí, ¿qué me dices? Por eso chambeo, andas de culero y ahora no aguantas la bronca.

Volteo a ver a otro y también lo habían enfierrado. Los custodios, mediante una feria, fingen no ver las broncas; ellos están viendo la tele. El Charlie y el Gigio eran los jefes de la banda que andaban achicalando a los de

mi celda. Ellos eran los pesados de los camiones de chochos. Lo que había pasado es que el motorcito, el interno que mete las pastillas al penal, se durmió y le ganaron con la feria, que supuestamente recibió el Santa. El Gigio no dejaba de decir:

—Aquí tiene que aparecer; aunque tengamos que matar a uno.

En una de esas me dijo:

—Pásale, Pelón. Se perdió una feria en tu celda. Aquí vives. Si no aparece ese billete te la vamos a romper a ti también. Ese dinero es mío.

Me sentaron en el banquito de los acusados:

—Mira, Gigio, hay una cosa, y tú sabes si creerme o no. Para empezar no tengo necesidad. Me paré a la hora de la lista y después me fui a vender los pacos de mota que me pasaste anoche. Me pinté a chamber: es lo que hago todos los días. Ya en la noche llego bien cansado de trabajar. No creas que vender mota es enchíame una. Si yo tuviera esa feria, pura madre que voy a chamber. Ya te hubiera dado tu cuenta, y la mota ya me la hubiera atizado. Es más, ni te recibo nada. Ahora, ya llevo un tiempo trabajando contigo y no tengo por qué hacerte una mamada. Te he regresado mercancía cuando me das de más. Si hoy cumplo condena por ratero, aquí se expone la vida y no me gustan esas tarugadas. Yo no vengo a joder a nadie. Mira, ve a esos: todos puteados y el dinero sepa la jodida. Rómpeles bien su madre y vas a ver que va salir; pero al menos, yo siento, que me deberías descalificar. Ahora, va un güey a espantarme, a decirme que ya todos los de mi celda están picados, que ya hasta mataron a uno. No mames, dejé el puesto solo. Qué tal si llego y ya me ganaron. Ésas son chingaderas.

—Este hijo de puta nos está envolviendo —dijo el Charlie.

—¿Qué pasó? Tengo tiempo trabajando con ustedes. Soy incapaz, has andado hasta atrás y he preferido pedirte un toque regalado. Yo sé dónde guardas el guato. De robarme una madre de dinero a robarme de una vez el oro... No me ando con mamaditas, y ¿cuánto se perdió?

—Unos 700 varos y alhajas.

—Es una madre comparado con lo que les puedo robar. Y limpio. Yo no le hago a esas vainas.

—No, sí, Charlie; el Peloncito tiene razón —intervino el Gigio—. Lo ha agarrado la tira y no nos pone. Ha sido fiel. Ya vete a chamber.

—Ya me hicieron sentir mal. Voy a hacer lo que pueda; voy a hablar con ellos, a ver si aflojan.

El Santa me insistía:

—Ya retacha la copa. Si a ti te pasaron la feria; por tu culpa le están pegando al Chavalito. A mí se me hace que la traes en el papillón —más bien, me sudaba.

—Los vamos a dejar descansar un rato, pero hoy tiene que aparecer el dinero, antes de las diez de la noche. A nosotros nada nos cuesta pagarle a un matador para que destaque a una rata de coladera. No nos importa saber quién fue; nos basta con que aparezca en la otra celda por arte de magia.

La celda parecía rastro. Al Chavalito le curé sus heridas con limón y sal:

—¿Por qué no me pusiste?

—¿Ya pa' qué? Si ya me habían enfierrado. Presta mi lana.

—Pérate, hijo, te pueden atracar y no te vas a poder defender. Sí te la voy a dar, pero alivíate un poco.

—Ahora sí me voy a comprar una televisión.

—No jodas, te vas a echar la soga. Tengo la feria en el 5; vamos.

—No puedo caminar.

Y lo saqué cargando del dormitorio. Al Pardo no le platiqué la transa porque también chambeaba para ellos. Me puse de discutido, le invité al Chavalito unos chochos y no se alivianaba. Unos alcoholes y nada. Unas mariguanas... Al Santa sólo le invité un chocho para que se le quitara el dolor de los fierrazos.

\*

La última vez que me metieron a Zeta O fue por cinco cigarrillos de mariguana. La estaba vendiendo muy cara porque andaba escasa. En eso, venía entrando el rondín de custodios y rápidamente metí la mota en un riel que había en el anexo:

—Ya no la escondas —me ordenaron los custodios.

—Dame viada. Ahorita me mocho; me pongo en medio. Tú sabes que es para generar una feria.

—Te vas pa'tras.

Tenía como quince días de haber salido de Zeta O. Ya el director me había advertido que me iba a quedar de población. Me llevaron ante él.

—Tú no entiendes. Ahora te vas aventar dos meses.

Me resigné. Cada que estaba castigado mandaba a avisar a mi familia por teléfono, con cualquier persona, que estaba apandado y que no fueran a visitarme; eso me tranquilizaba. Me ponía mal que fueran las mujeres de mi familia cuando estaba castigado porque las basculeaban en balde; a las jefas les metían la mano hasta dentro. Los cigarros en Zeta O es una mercancía

bien codiciada. Quien realmente te estima se preocupa por mandarte tus tabacos: un castigo sin cigarros no se soporta.

Al quinto día de encierro, a las nueve de la noche, acostado en el suelo se oyó el cerrojo de la reja. Estaba a oscuras porque no había foco en mi celda; andábamos tan erizos que ni para eso teníamos. Le pedí a mi tierno que se callara porque la ley acababa de entrar.

—A los que vamos a nombrar, saquen su mano para que veamos en qué celda están. Nos contestan con su apellido.

«Cuerda. Al islote. A las Islas Mariás.» Nombraron a diez y los sacaron. A los diez minutos regresaron por otros dos. En eso se me ocurrió preguntar:

—Oiga, mi jefe, ¿traes a un Lara Guzmán? Aquí estoy presente, no lo busques. De una vez, llévenme.

Yo de payaso. Y que me va llamando.

—¿Qué pasó, jefe?, ¿a dónde vamos?

—Se van al módulo.

Me cayó de madrazo. El módulo era peor que Zeta O. El que no conoce Zeta O y el módulo no conoce Santa Marta. Era lo mismo, pero ahí entrabas y no sabías si salías: había un matadero entre puro loco desviado. Sólo a los presos de alta peligrosidad los mandan al módulo. Agarré mis cobijas, mi ropa y me despedí del tierno y de mis compañeros de celda, que me dieron frases de consuelo:

—Llévensela con pies de plomo: todo es cárcel.

—No se deje de ningún culero.

—Que Dios te acompañe.

Llegamos a la caseta, ahí estaba el tío Guarache, un ruco de sesenta años que acaba de matar, quince días antes, a un alemán preso; él también venía con nosotros. Salió el custodio y nos empezó a preguntar a cada uno, cuánto tiempo teníamos de cárcel. Llegó a mí:

—Llevo cinco y me faltan tres años, tres meses: ya voy de salida.

—¿Y si te fueras ahorita, qué harías?

—Pues salgo a atracar. Ahora sí me traigo algo chido; no regreso por tortillas duras.

—No, cabrón, sal a trabajar. ¿Dónde vives?

—En Tacubaya.

—¡Ah, su...! Pura banda pesada.

Levantó la voz y nos dijo:

—No me lo crean, pero hay probabilidades de que se vayan libres, ahorita. Y claro que no se la creía porque a mi lado estaba el tío Guarache.

—¿Qué pasó? ¿A poco el tío se va a ir libre? —echándole tierra, bajita la mano.

—Pues no sabemos. Viene la orden de libertad desde Gobernación y no lo podemos detener; pero tampoco se puede ir, pues quién va a pagar al difunto.

—No pues yo no sé —dijo el ruquito—. Yo sé lo que debo; además, afuera ni quién me ladre.

—Vayan todos a la oficina y digan que los mandan de Zeta O.

En hilera nos fuimos. «¿Será verdad o mentira?» Salimos de la zona de castigo y caminamos por la de seguridad. Está canijo caminar por ahí porque está vigiladísimo; está muy cerca la puerta de salida. Llegamos al auditorio y había mil 300 reos: «Órale, a la mejor va a haber tocada y hay puro elegido.» Había una mesa grandota. «A lo mejor nos van a dar diploma; no sé de qué porque nunca hago nada.» «Y si nos sacan a matarnos, como en los tiempos de Antolín.» Un director del penal que daba chance de salir a robar, y si la regabas te mandaba a matar por afuera. Y si llegabas a decir que él te había dejado salir, mataba a toda tu familia. Tenías que mocharte con la feria de los botines. Eso pensaba cuando entró personal con unas veinte sillas, como si fuera haber una juntaza. Estábamos asándonos. Me quité la camisa, el pantalón y me quedé en short. A las doce y media llegaron los de Gobernación:

—Buenas noches. Se les va a dar el indulto que se les concedió por Gobernación y Derechos Humanos. Esperamos que lo sepan aprovechar. Sabemos que es gente que se va debiendo dos tres años. Si la vuelven a regar, el traslado será directo hasta acá y van a pagar todo lo que quedaron a deber, más la sentencia que traigan. Va a haber libertades preparatorias, condicionales, de todas las libertades que existen. Cuando suban acá, pregunten bajo qué libertad salen.

Empezaron a nombrar. Como a los mil 100 empecé a ponerme triste: «No me voy.» Casi al final escuché:

—Lara Guzmán, Román Aquiles.

Me paré corriendo.

—Sale bajo libertad preparatoria. Llévesela tranquilo. No puede ni tomar en vía pública porque si lo detienen...

No lo creía. Mis papeles en la mano. Me quité los zapatos para sentir el piso: «A lo mejor estoy soñando.» Me pellizcaba todo lo que podía pellizcarme. Me mordía... Varias veces había soñado que me iba libre y fue triste mi despertar. Cuando nos acabaron de nombrar eran las cuatro de la mañana del 25 de octubre de 1992.

Yo tenía un montón de ropa bien bonita, de mezclilla. Toda mi familia me llevaba camisetas bien padrotas. Tenía unas botas de salto, de las que usan los paracaidistas. Tres pares de pants corrugados, nuevecitos. Todo mi roperío lo dejé. No quise ni ir a repartir la herencia, no me fueran a provocar para que me quedara. No quería llevarme nada que me recordara ese lugar. Hasta las seis de la mañana nos dejaron salir. Muchos sí sacaron costales de ropa. Hasta daba coraje: «En su casa no han de tener ni calzones. Si me obligaran a llevarme mis trapos, los quemo. Están salados.» Dejé fotos de mi hija, cartas... Hasta a San Judas Tadeo lo dejé. Era muy devoto a ese santo; ahora ya no es mi valedor. En la cárcel no le faltaba su veladora. Pero cuando me iba mal, lo ponía de cabeza y contra la pared: lo aplicaba.

Cuando íbamos saliendo, nos abrieron la primera puerta de la dirección, luego la otra; ya cuando estaba en aduana dije: «Sí me voy.» Seguía en short, con una playera y descalzo. Continuaba mordiéndome: «Despierta, ya estás en la puerta de salida.» Me pegó el airecito.

Como una hora me quedé parado en la puerta del penal. Parecía custodio. Dicen que si volteas, regresas: no volteé. Veía que iban saliendo, saliendo:

—¿No te vas, Román?

—Estoy esperando a mi familia.

¿Cuál? Si ni sabían. A mí me enojó que la mayoría sí le habían hablado a sus familiares. «Como si te hubieras portado muy bien y le andas hablando a tu mami, pinche niño. Como si te hubieras portado a toda dar...». Veía y veía cómo salían abrazados y llorando de felicidad. «¿Cómo me voy? No tengo ni para irme. ¿Si taloneo a unas de estas familias? No, no, tienes que portarte bien. Ya vas a empezar a talonear. ¿Cómo le hago?» Ya hasta que casi nadie salía, decidí a caminar; encontrar cualquier pesero que me dejara en alguna estación del Metro. Le pedí al chofer un raite y se me quedó viendo medio extrañado:

—Acabo de salir de cana. Dame quebrada.

—Pásale, pero hasta atrás.

Llegué al Metro y no me dejaban pasar.

—Agarra la onda, acabo de salir de la cárcel y así me sacaron.

Me seguía mordiéndome: «Ahora sí ya te colgaste. Ya vas en el Metro y no despiertas. Ya vas a llegar a tu casa.»

Me bajé en Chapultepec; me daba pena pedir dinero para el pasaje y volví a pedir otro raid. Me bajé en Blanco, que ahora es Bodega Gigante. Vi el barrio diferente; pintado. Ya no decía *Kawasaki* por todas partes. Entré al edificio y también lo vi más bonito. No quise tocar el timbre; toqué con la

mano y los perros empezaron a hacer escándalo. No me abrían. Volví a tocar y se oyó que se levantó alguien. Se asomó la cabeza de mi cuñado:

—Rooo-¿mán?

Casi le dio el soponcio. Me metí corriendo. El Israel y su vieja estaban de vacaciones y dormían en el suelo. Mis jefes roncaban bien quitados de la pena. «¿Qué les haré para que se despierten? Si les grito se quedan en el avión.» Prendí la luz y los destapé. Mi mamá se puso a llorar. Mi papá también. Se despertaron todos. Se armó un griterío como si hubieran entrado unos rateros. Un lloradero.

—Mamá —dijo mi hermana—, prende las noticias. A lo mejor se escapó.

—No, si se hubiera escapado no viene.

—Ya no llores, mamita —y le limpiaba las lágrimas.

«En lugar de que brinquen de alegría; si no me morí.» Se me hizo un nudo en la garganta, pero me contuve. Mi esposa estaba durmiendo en una recámara. Llegué, hice a una lado a la niña y me metí en medio. La empecé a besar. Se despertó y se puso a llorar. Todos me abrazaban. Sentí muy padre que mi familia me quisiera. Mi mamá me comentó que había ido a verme dos días antes y que no la habían dejado pasar. Le dijeron que le rezara a su santo o a Dios, a ver si le daban una sorpresa.

—Papá, ¿verdad que ya no vas a regresar al hospital?

—No, hija, ya no.

Estuve de niño bueno los primeros días, luego me salí a atizar. Todos me veían con susto y respeto. Por cualquier motivo me gustaba recalcar que me había pasado cinco añejos en chirona. Las promesas que le di un millón de veces a Dios las eché al bote de basura. Lo que no podía olvidar era la costumbre de pasar lista a las seis de la mañana en punto; me levantaba hecho la mocha.

Mi mujer me pidió que fuéramos a dar gracias a la Villa.

—Vamos, pero con una condición: de rodillas, ante la Virgen, ante Dios y ante todos los santos, me vas a jurar que en el tiempo que estuve en cana no te acostaste con nadie. Y me vas a jurar que ni con el pensamiento me has faltado.

—Ay, Román, con el pensamiento cualquiera engaña.

—¿O sea que sí?

«Ya se echó dos tres tarugos». Fuimos. La metí de rodillas desde la puerta:

—Aquí, ante el Cristo, júrame que con nadie te acostaste.

—Tú también júrame que con ninguna te acostaste.

Y más me rompió la madre.

—Te lo juro —pero con los changuitos atrás: «Dios mío, perdóname por ser tan mentiroso.» Pero ella no me lo juró.

—Mejor otro día venimos.

—Vámonos. Si te cabreaste ante Dios, pa' mí que... Nomás te advierto una cosa: el día que me hagas pendejo, te meto un palo en el fundillo y te doy con él hasta que se acabe.

Era un infierno el solo pensamiento. Y luego que se iba a trabajar a Sanborns bien bonita. Es bien gacho ser celoso; es lo peor que puede existir para un hombre. Yo la acostaba con el jefe, el gerente, el supervisor... hasta con el de intendencia. Mi hija de ojos verdes y su jefe de ojos verdes: «Ah, quizás ya lo conocía desde antes y se la fumó; por eso le dio trabajo.» «¿Por qué sale tan tarde? ¿Se quedará a echar pata?». Estaba de cajera en el bar. Cualquiera teporocho adinerado le podía cantar sobre el negocio. Y la empecé a vigilar. Se iba a trabajar y me iba atrás de ella. Hasta volví a robar carros para vigilarla mejor. Descansaba si la veía subirse sola al camión. «A lo mejor dejó colgado al otro; mañana regreso.»

Un día me platicó que un compañero, bien feito, la acompañaba al camión. «A lo mejor es un galanazo y me lo quiere disfrazar.» Cuando los vi salir, me escondí detrás de un carro. Cuando el tipo se le colgó del brazo, me aproximé: estaba feo como un patadón en los tafiates.

Les llegué:

—Te voy decir una cosa, carnal: esta es mi vieja y para colgarse del brazo, nada más yo. Te voy a suplicar que la dejes. Evita que les rompa su madre, a ti y a ella.

—Román, de veras que eres malo conmigo. ¿Qué ganas con cortarme mis amistades?

—El único hombre que te debe de importar soy yo: tu chilaquil, no cualquier ojete.

Un día, un compañero de doble A me dijo:

—Si un güey, a las doce del día, no lleva gasto, no pregunte por qué su vieja da las nalgas, ¿cuántas veces ha comido bisteces y no ha dado el chivo? El Sancho da pa'bisteces y usted ni pa'sopa.

«¡Es cierto: me ha dado bisteces y no he dado el gasto!» También me decían:

—En lo que tú estás aprendiendo los doce pasos y las doce tradiciones, tu vieja se está aprendiendo las doce posiciones. Ahorita la tienen con las uñas agarrando el techo y recogiendo el jabón en polvo.

Y tenían toda la razón del mundo porque cuando Sabina me preguntaba que cuándo me iba a trabajar, todo se volvía discusiones:

—¿No te das cuenta que ahorita no puedo trabajar? Tengo que estar firmando. Ni siquiera puedo salir del país.

## **LIBRO CUARTO**

**R**ECIÉN DESEMPACADO DE LA CÁRCEL, me gustaba drogarme con Remedios. Un día fuimos a comprar una caja de chochos a la América. La traía del brazo como si fuera mi chica. Compramos las pastas; hicimos la repartición y en un ratito se nos acabaron.

—¿Y ahora cómo le hacemos para conseguir más? Ya sé —le propuse—: ¿por qué no te pones a venderte en la esquina? En cuanto levantes a cualquier tarugo, yo te sigo y nos lo chingamos; no llegas ni al hotel.

—Estás loco.

—Entonces los tendremos que atracar al chile, a la viva México. Tú me vas a ayudar.

Y nos fuimos, por toda la avenida Observatorio, sobre el pescuezo de varios. Juntamos como 350 pesos. Ya íbamos llegando al metro Tacubaya cuando quisimos hacer el del estribo. Nos acercamos a un jovenazo que vestía de traje. Eran como las ocho y media de la noche. Le di un madrazo y me lo jalé a las jardineras.

—Para empezar, túmbate el saquito para irme a padrotear.

En eso venía una patrulla y le pedí al muchachón:

—Como si estuviéramos platicando.

Pasó la patrulla. Le ordené al ya sin traje.

—Métase al Metro porque ahorita no se la acaba.

Bajó las escaleras, agarré a la Remedios de la mano y nos echamos a correr hacia Revolución. Volvió a pasar la patrulla, pero los policías se fueron sobre otro. Tomamos un taxi y nos fuimos a Tepito a comprar los chochos.

Regresamos a Tacubaya y nos metimos por Carlos B. Zetina para tomarnos un refresco para tragarnos las pastas. Chidísimo nos enchochamos. Íbamos platicando los atracos cuando vimos que había una fiesta. Nos metimos. Había el buti resto de valedores míos, pero nunca me balconeé que traía chochos. La morra se puso a bailar; me ofrecieron una cuba, pero no quise. Me insistieron, la acepté y cataplúm: los chochos me explotaron. Empecé a sentir calentito el gazzate y esa vibra de cotorreármela. Me

servieron la otra. Los ojos se me empezaron a irritar. Un cosquilleo se me subió a la cabeza. Terminé de entrar a la jugada Me sirvieron la tercera copa: explosión total. El desvarío, arrastrar la lengua, a caminar más lento.

—Vámonos, Remedios. Me va a dar un pasón.

—¿Ya ves? Te dije que no tomaras, pero eres necio.

—Vámonos, te llevo a tu casa.

Aunque sentía que me iba a caer, quería menearme, caminar para no quedarme en el pasón. Veía rayas. Empecé a sudar. A sentir desesperación.

—Me hace falta otro chocho; con ese me aliviano.

La fui a dejar y de retache me topé con toda la banda de Mártires; me invitaron un alcohol.

—Mejor un toque para el aliviane —les respondí.

Ya me empecé a estabilizar. Pero volví a echarme un alcohol y otro y como ya no me explotaron:

—Sírreme otro.

Más toques. La banda se empezó a desafanar y me quedé solo. «¿Y ahora qué? No puedo llegar así a mi casa. Van a estar molestándome. Ya son las tres, ¿qué tanto falta para las seis? Aquí me quedo las tres orejas... Me quiere ganar el sueño. Ya va a amanecer. Ya mero...» Estaba parado, luchando para no quedarme dormido.

Al otro día amanecí en mi casa, bien tapado, temblando de la cruda. Me tomé unos chochos. «Voy a tomar agua y a lavarme la jeta. Tengo güeva de bañarme.» Me tallé la cara y me ardió la boca. Mi camisa estaba llena de sangre; el pantalón, también. «¿A alguien le rompí su madre?» Me vi al espejo y estaba lleno de moretones: los labios están hinchados, costrudos, negros, «¡qué putiza me dieron!» Y me reí: me faltaban dos dientes. «Me echaron montón. Han de haber sido como cinco porque uno solo me la persigna. Me voy a lanzar a Mártires.» Agarré el fierro. Tenía un mes de haber salido de la cárcel. «Ahorita lo mato.» Todavía estaba salvaje.

Vi a un chavo y le dije:

—¿Por qué se mancharon? ¿Quién fue el más ganón?

—No, cabrón, te caíste.

—No. No te creo.

Le chiflé a la Remedios. Salió.

—¡Qué onda, culera! ¿Por qué te fuiste y me dejaste solo?

—¡Chinga tu madre! ¡Hasta dentro se oyó el putazo que te diste! Te fuiste en banda. Te venimos a levantar y te volviste a caer. Mejor te dejamos en el suelo.

No lo creía. Me aseguraron que estaba solo.

—Ayúdenme a buscar mis dientes.

Apareció uno.

—Para qué lo quieres. Mejor nos los das de recuerdo.

Esa acción me hizo reflexionar seriamente: «Por andar de chocho perdí los dientes. Por chocho me desmadraron el ojo. Todas mis broncas han sido por pastillo. Anoche, totalmente enchochado, me pudieron haber atorado y refundirme en el reclusorio. Son los maroles los que me hacen mal; mejor pura coca. Nada de chocolates.» Como seis meses me aventé sin meterle a las pastas.

Cada que me veía al espejo me decía: «Qué puteado estás. Otro trofeo más en tu vida.» Me reía como las paisanitas. Tiempo después, chimuelo y tuerto, fui a buscar chamba, pero ¿dónde me iban a recibir? Si no era castillo de monstruos.

Un dentista me cobraba el puente en 400 pesos; andaban en los 700. «No, mejor me compro unos toques de mota y unos pases.» Y el dentista me estuvo rogando para ponérmelos hasta que un día me dijo:

—A mí me da pena saludarte. Dame lo del puro material: 150 pesos.

Pues ni esa cantidad le di; sólo 120 y con el resto me compré un carrujo de mota.

Los dientes postizos no me alivianaron del todo: no puedo dar besos de lengüita. Las novias que he tenido, desde entonces, no las beso con caché. Se rien de mis besos de pajarito. De niño. La única que me puede dar besos de telenovela es mi vieja. Con ventanas o sin ventanas, con ella sí me aviento el tiro.

\*

Empecé a ir a doble A para dar la imagen de regenerado. Mi esposa estaba embarazada de la segunda niña. Eso me obligó a buscar trabajo. Don Neto me conocía desde niño y sabía todo mi historial. Un poco desconfiado me ofreció chamba en su hotel. De acomodador de coches, pasarlos y cerrar la cortina:

—No puedes recibir propina; te voy a dar un sueldo semanal.

Ese trabajo no me interesaba, pero salía pa' la mota; era fácil, pero aburridísimo; parecía policía de crucero. De todas maneras, los trabajos pesados me dan flojera. La propina más eriza era de cinco pesos. Muy pronto hallé la manera de aumentar mi salario. Dejaba juntar cinco carros en supuesta espera de habitación; cuando según se desocupaba alguna, pasaba a decirles:

—¡Esos que están hasta atrás, en treinta varos los paso hasta adelante!

Al mes estuve de recamarero; ahí me empezó a gustar porque en los hoteles, los clientes olvidan cosas con frecuencia: relojes, cadenas, calzones, medias, brasieres... «Ya no me las robo, me las vienen a dejar.»

En una ocasión entré a un cuarto, de mala gana porque era de un judicial. Los judas me retepateaban porque no daban propina y, muy nalgas, nomás daban las gracias. Me encontré una 38 cargada. «Ya chingué; si hoy no la reclama, así venga mañana con toda la corte presidencial.» En seguida entró y se la regresé; ni para el chesco dejó.

Iban muchas prostitutas, travestís que venían de Insurgentes. La mayoría era de casas de citas. Los clientes acostumbraban llamar por teléfono a los putos, a sus casas. Entraban putonas muy bonitas, bien buenas: «Si así estuviera mi vieja, jamás dejaría de trabajar: la mantengo toda su vida.» Y putos muy exquisitos; porque los hay muy sabrosos. Si me agarran pedón, sí me los echo. Veía cada culazo: «Aquí hay una feria.» Y empecé a hacer plática con una:

—Ven, güera, ¿cuánto cobras?

—Tres varos. Con todo lo que ganas, no pagas un palo conmigo.

—Estás tonta; mira, traigo como quinientos pesos. Pero yo no te necesito para eso. Vamos a hacer finanza: yo te consigo clientes y me das el 30 por ciento. Ya no tienes que estar esperando en tu casa, a ver quién te habla. Te aseguro mínimo dos diarios, ¿quieres chambiar conmigo?

—Sí, papito lindo. Encantada.

Empecé a hacer mi agenda; tenía como diez viejas y doce putos. A todos les hablaba y llegaban en taxi; cuando salían, me pagaban.

A los clientes del hotel que me preguntaban por la mercancía les decía que tenía de todas clases y sabores, de 16 años pa'riba. Ellos me decían sus preferencias; si no les gustaba, se las cambiaba. Generalmente quedaban contentos. Se tardaban diez quince minutos; media hora cuando mucho. Al cliente le sacaba su respectiva propina.

Una vez me llegó un viejito y pidió una habitación. Le dije que no porque no traía piel:

—A usted solo no se la puedo dar; qué tal si se ahorca adentro o se pone bien cocaíno y se muere; así se me han muerto muchos. Yo le puedo conseguir algún modelito. ¿Cómo la quiere?

—Algo fuera de lo común. Algo así como un hombre, pero vestido de mujer. Te voy a dar una buena propina.

—Tengo unos sabrosísimos: morenos, patones, chichones...

Le llevé un joto guapísimo, más alto que yo. Como mujer hablaba fresona. Tenía un cuerpo bonito. Transcurrió una hora. Les fui a tocar. Me pidieron una película porno:

—Tengo de colegialas, de lesbianas, entre hombres. De una mujer que se mete toda la mano hasta el codo.

El viejo me hizo cambiarle la película como diez veces. Luego pidió la cena. Salió el joto y me dio mi feria.

—¿Se discutió el ruco? ¿Te atacó chido?

—No se le para; ahí estuve: chúpele y chúpele y nada.

El viejo me volvió a hablar para que le mandara a otro:

—Ahora un moreno, nalgoncito y chichón.

Le cumplí el gusto. Salió el puto y me volvió a hablar el viejo. Quería una mujer. Se gastó más de tres millones esa noche. Se hizo cliente.

También eran comunes las señoras que entraban con su bolsa vacía del mandado a echar pata. No le quise jugar al investigador-extorsionador aunque muchas veces lo pensé, pero era mucha bronca. También vi a las doctoras en su carro y a los doctores en el suyo. Si veía que la vieja estaba buenota, les daba la habitación donde podía espejearlas; eran las habitaciones de la diez a la siete.

Muchas mujeres entraban medio pedonas; especialmente las secretarias que se van a tomar la copa con el jefe. Les daba el cuarto y a las dos, tres horas salía el hombre solo:

—Joven, joven, ¿se queda el cuarto desocupado?

—No. La dama se queda.

—Es que tengo que checar; a lo mejor ya hasta la mató. Vamos a ver que la señorita esté con vida porque ya me han matado a muchas.

—Señorita, ¿quiere vestirse para ver si está bien?

Ya cuando el tipo se daba la vuelta le decía:

—Claro que estás bien. Disculpa la molestia. Con permiso.

Si la vieja me sonreía me daba entrada. Veía mi reloj y me iba a la oficina. Al rato le marcaba a la habitación:

—¿Te encuentras bien? ¿No se te ofrece algo? Refrescos. ¿O si quieres te mando una cena? ¿Una cerveza? Ahorita, yo mismo te la llevo.

Les ponía la bebida en el tocador y prendía la tele; les ponía una porno.

—Está chida, si quieres apagamos la luz.

Ya cuando me decían: ya, apágala: presta lo que es mío. Por lo regular, las mujeres se quejaban de que su canchanchán ni para coger servían. «Órale, así

ha de decir mi vieja de mí.» Por andar de amable con las clientas, no cumplía en mi casa.

La chamba del hotel se me acabó meses después. Acaba de nacer mi segunda hija. Alguien le fue con el chisme a don Neto; me llegó en la madrugada y me encontró en pleno relajo, en medio de una orgía. Poco faltó para que me corriera en cueros.

\*

Uno de mis pasatiempos favoritos es visitar grupos de alcohólicos. Por donde vaya, me meto a escuchar juntas de hora y media. Una noche llegué a un grupo de la Escandón y me dieron tribuna; les di la clase. Clap, clap, me aplaudieron. Se me acercó una morrita muy de mi gusto: de pelo hasta las rabadillas y flaquita. No muy guapa, pero encamable:

—Me llamo Norma.

Y me apretó la mano como lo haría un machín. Traía una bermuda apretada. «Órale, ¡merezco! Me voy a hacer conciencia de este grupo.» Diario, me ofrecía café y me lo servía; me invitaba el cigarro y me lo prendía. El primer grupo que pisé fue un 24 horas, al que fui por el mero interés de que me compraran la video; en esos no te hablan como los tradicionales de hora y media, donde te apapachan. En los 24 horas te dicen cosas como:

—Te vinieron dejar aquí porque en tu casa les estorbas. ¿Quién va a aguantar a un grifo, alcohólico, drogadicto?

Norma venía de un grupo de esos, llamados también *fuera de serie* porque son bien léperos. Si alguien llegaba a contar su pena:

—Debo confesarles que tengo una amante.

Yo, que tenía el don del sabor, subía y les daba la clase:

—¿Tienes una amante? ¡Qué a toda madre! ¿Qué tal te la ponchas? ¿Chido? ¿Y atiendes a tu vieja? Tú, por andar con tu amante desatiendes a tu vieja... ¿La pones de a cañón? Y a tu esposa: normal, ¿verdad? Y como tú no atiendes a tu mujer como a tu amante, otro la va a atender. Preséntamela.

Mis palabras los ponía bien graves. Enton's la Norma se quedaba con la impresión que yo era un endemoniado.

A ella la traumaba que su papá fuera homosexual y que le hubiera robado al marido. Luego, descubre al papá chupándole el pirulí a uno de sus hermanos. Después, otro hermano fue violado por el tío. Norma tenía una hija, pero vivía con el abuelo. No se la dejaban porque una vez le dio mota a la bebida y ya se les andaba muriendo. La niña tenía un año. Por poco y

encarcelan a la morra por esa acción. Siempre que subía a tribuna a aventaba sus traumas:

—Mi papá y mi marido se acuestan en la misma cama y yo vivo con ellos. Me esforzaba en lanzarle terapias que la pusieran grave:

—¿Qué haces ahí? Ponte a trabajar, o qué, ¿ya te gustó que te mantengan? No te quejes; aquí es de acción. ¿O quieres que en el grupo te demos una séptima, una cooperacha? Aquí no es el departamento de quejas. Busca chamba. Con ese culo, en cualquier esquina la haces; yo te apadrino. Ahora, si no quieres vender las naylon, ponte a vender pepitas.

Se puso a llorar y al otro día llegó vendiendo cacahuates, de a dos lucas:

—¿Cómo ves, carnal?

—Vientos. Te hacen falta tus mentadas pa' que entres en acción.

Hay un lema que manejamos en esos lugares: «Si vienes mal, aquí te ponemos bien; y si vienes bien, aquí te ponemos mal.» Por eso aquello se convierte en una verdulería:

—Ahora que ya no me drogo ni tomo, mi vieja no quiere aflojar la colación. Ha de querer que me vaya de putaño. Uno que quiere cambiar y me cierran las patas.

La morra subía:

—Ya con un tiempo que estás aquí y ya quieres que te abran las patas, ¿cuántas veces la dejaste sin tragar? ¿Cuántas la puteastes? Pendejo, no sabes tratar a una mujer. A ver, ¿la invitas al cine? Si no accede a tus deseos, no sale, ¡qué chingón!

Te mientan la madre, pero bajita la tenaza te dicen cómo arreglar la situación:

—Dale una caricia en vez de llegar y bajarte el cierre. Ofrécele un café.

Si tu familia te aconseja, no haces caso; piensas que te están mandando. Pero si te lo dice alguien del grupo, prometes poner en práctica su sugerencia; pero estás tan maleado, que lo intentas hoy y mañana se te olvida y vuelves a regar el tepache. Mañana te lo vuelven a decir y vuelves a intentarlo... O sea, es repetitivo: a diario te la desdoblan.

La relación con la Norma empezó a hacerse interesante: le daba pautas y ella a mí. En una ocasión me dijo que se quería aventar todo su historial y que yo le aventara el mío. Nos fuimos conociendo; la encaminaba a su casa. Ya me decían todos que si me la quería cocinar.

—¿Yo? ¿A ese relingo? ¡Qué te pasa! Mejor me compro un bistec, y con eso me la hago, y luego me lo trago porque están caros.

Una noche estaba lloviendo y nos topamos en la puerta:

—¿Ya te vas, flaquita?

—Sí. Si quieres te doy un raid.

—¿En dónde está la ranfla?

—No. En mi paraguas.

—Va, pero yo lo llevo. Disculpa el atrevimiento —la abracé; la llevaba del lado de la pared. En esos menesteres soy bien educado.

—¿Cuántos años llevas en el grupo?

—Ya voy para dos.

—Habrador.

—¿Y tú?

—Año y medio.

—Habladora.

Par de guaguarones: tenía cuatro meses. Ya en la esquina de su casa me dijo:

—Te he estado analizando y me doy cuenta que a los dos nos hace falta cariño. ¿Cuándo me invitas a compartirlo?

«Ah, es caníbal. Quiere carne.»

—Cuando quieras. Invitas a tu padrino y yo invito al mío; tú me avisas — y luego, luego, en caliente—: ahí nos vemos, flaca.

«Esta vieja quiere conmigo. Ya se aperró. Que se derrita por mí. Espérate, con calma. Date a desear, muñeco. No seas tan fácil.»

Un drogadicto no engaña a otro drogadicto, sea del grupo o no. Sé cuándo están mintiendo. No porque sea un adivinador de pensamientos. De la drogadicción lo sé todo. Norma se seguía drogando. Lo supe por sus actitudes y por sus estados de ánimo.

Al otro día empecé a cotorrearla:

—Ya móchate. Saca la mota.

—Como tú eres grifo has de creer que yo soy igual.

Su enojo confirmaba mi teoría. En una ocasión dejó de ir al grupo cuatro días; cuando llegó, pasó a tribuna:

—Compañeros, hice una deshonestidad; tenía seis meses sin sexo y fui a desfogarme. En realidad, no es un gusto sino una necesidad del cuerpo.

Y yo por dentro: «Te fuiste a grifear y te cobraron la mota con la colación. Aflojaste la nalga en puntos pachecos.» Subí y se lo dije:

—No te vengas a maquillar; te equivocaste de tocador.

Se acabó la junta y se empezó a pintar las uñas.

Yo nada más la estaba observando, tomando un cafecito y que me dice:

—¿Te pido un favor, Román? Ya sé que me equivoqué de tocador, pero ¿podrías sacarme mis cigarros de la bolsa del pantalón? Es que mira cómo tengo las uñas.

Ganas me dieron da agarrar en vivo y a todo color, no con el paro de los cigarros. Hasta las patas me temblaron:

—¿Quiere? Un cigarro. Que si gustas.

—No. Gracias. Me acabo mi café y ahí nos vemos.

Al otro día me apunté para coordinar la junta. Y va llegando con su pantaloncito bien apretado, con sus botas hasta las rodillas. Cuando entró, yo tenía el libro que explica los 12 pasos. Llegó y me dio un beso, ahí en la tribuna Me sentí grande. Pero cuando me saludó, me puso dentro del libro una tira de pastillas. «De las que me gustan: Reynolds, 2 mg». Tomó asiento y me ofreció un café. «Carajo, es el mismo Diablo. Si te acuestas con ella, te vas a ir a drogar: tiene la *P* de pomo en la frente, la *C* chochos en las nalgas y la *M* de mariguana en todo el cuerpo.» Le di tribuna y subió a decir que se sentía muy bien. Claro, iba toda pacheca. «Ya es ganancia: no se viene a quejar de su papá.» Acabó la junta y hablé con su padrino:

—Mira lo que me dejó tu ahijada.

—¿Y qué es?

—Pastas de las chidas. De las que yo tomaba.

—¿Y qué? Pues tíralas.

«Ah, me estás aventando un buscapié; pues ahí te va el otro.»

—Si me las llevo, las voy a tirar; pero a mi cerebro. Ya me conozco. Son de tu ahijada Norma; llévatelas. Tú sabrás lo que haces con ellas.

—Pues las tiramos, ¿no?

Abrimos la tira y las echamos en la taza del baño.

—Ésta nada más viene a ver a quién se lleva —dijo el padrino.

—A mí se me hace que tú eres el elegido.

—Nel. De ahora en adelante ya no le des tribuna cuando tú coordines; y cuando yo lo haga, se la quito.

Extendimos el complot: nadie le daría tribuna. Nos quedamos hasta tarde haciendo el plan de que no se le iba a dar servicio ni chance de barrer ni de mover una silla. Además, acostumbraba venir a tirar su porquería y retirarse. Yo le decía a su padrino:

—Oye, ¿de qué privilegios goza tu ahijada? Dime para hacer lo mismo: me cago y dejo que se la traguen.

Al otro día, volví a coordinar la junta y llegando, que levanta su mano, la ignoré y pregunté:

—¿Quién sugiere la primera tradición? La que dice que el bienestar común de la agrupación tiene la preferencia. Y si alguien lo está rompiendo, pues a ese sujeto no se le corre, porque aquí no se le corre a nadie, pero se le invita a retirarse.

Muy bonitamente, sutilmente, te mandan a chingar a tu madre. Y cuando propongo hablar de la aceptación, muchas manos se levantaron. Aceptación abarca muchas cosas: aceptarte tú, primeramente; para aceptar las cosas externas, te tienes que aceptar tú, admitir y corregir. Pasé a cinco personas. Que la morra se levantó encabronadísima. Se acercó a hablar con su padrino y se clavaron en la cocina. Salieron y el padrino me pidió que le diera tribuna:

—Norma, pásale y sé prudente porque ya me siento cansado —le advertí.  
Y que la morra me dice bien feo:

—Perro, ¿quién te crees para quitarme la tribuna? Has de venir jarioso porque tu vieja no te mamó la verga. Te crees muy bueno, pero estás re erizo.

«El que se lleva se aguanta; tengo todo para hacerte llorar.» Llegó el momento en que me puse a temblar de coraje; me daban ganas de bajarla de las greñas. La morra se bajó y yo subí:

—Compañeros, me gustaron sus historiales, pero hay mucho reflejo. Cuando llegué a Alcohólicos Anónimos, hace un tiempecillo, subí renuente y agresivo a la tribuna. ¿Y saben qué me dijeron?: «¿A quién quieres espantar? ¿De dónde crees que venimos? Todos somos sobrevivientes de la misma. ¿Quién eres tú, que te estás riendo de los muertos? ¿No será que llegaste antes de tiempo?» Vete, estás rompiendo el bienestar común. También me dijeron: «Tienes derecho a permanecer callado porque todo lo que digas será usado en tu contra».

La morra se soltó llorando. Se la dejé ir completita:

—Aquí no vengas a hablar de tus puterías; para aventuras cantinescas, mejor vete a la pulcata a platicar con tu bola de grifos. Mejor háblame de tu dolor; bien dicen que el alcohólico le huye al dolor como a la peste; no hablan con su verdad. Por eso, cuando los honestos hablan, los deshonestos tiemblan.

Me refería a la Norma y a su padrino. Cuando se acabó la junta se salieron los dos. La morra dejó de ir a las juntas; ya se iban a cumplir los veintiún días, cuando me dije: «Por mi culpa se fue; esto es para salvar vidas, no para desmadrarlas. Ve y búscala.» Y por otra parte me decía: «No era ni compañera; siempre andaba pacheca.» Pero atrás de todo, estaba el deseo de planchármela: «Me motiva ir por esas nalguitas.» La fui a ver, le chiflé y salió:

—¿Qué pasó, manito? Pásate. ¿Quieres un café?

—¿Qué onda, flaca? ¿Por qué no has ido al grupo?

—Pues me corriste, ¿no me aplicaste la primera tradición?

—No, no, ¿cómo crees? Nadie manda ahí, no hay líderes. ¿Sigues atizando?

—No, ya no.

—Pero sí atizabas, ¿verdad?

—A veces, pero desde que me corriste, ya no.

Estaba sentada con la piernas abiertas. Al rato yo también las abrí:

—No te sientes así porque me pones cachonda.

—¿Por qué?

—Porque tú también estás de baboso viéndome las patas, ¿no?

—No, ¿qué pasó?

—Pues así como tú me ves, yo te veo y me disturbias.

«Ahí la llevas, palomita.» Se me insinuó dos tres veces, quería que me invitara a darme *un colchonazo*, pero me dio la una y media de la mañana y no se hizo; yo tampoco le canté sobre el negocio.

—Me gustó estar contigo; a ver si vienes más seguido. Te puedes quedar a dormir en el cuarto de arriba, y yo me quedo aquí abajo. Contigo no quiero hacer sexo.

En la siguiente visita me avisó:

—No te me vayas a quedar viendo las piernas. No traigo calzones.

—Ay, no hagas eso. Tú eres la que me estás orillando al camino de la perdición.

—No. Es que se me olvidó lavar.

A fuercitas empecé de baboso.

—Estás bien bizcocho. ¿Sabes de qué tengo ganas? De adorarte sin medida, aunque después de este día, pasen dos o tres semanas sin mirarnos otra vez. ¿Me dejas sentarme a tu lado?

Y empecé a abrazarla.

—No cantas mal las rancheras, pero sígueme platicando.

«Mañana le agarro el dedo gordo del pie izquierdo.» Al otro día se lo agarré. «Mañana le agarro el tobillo.» Fueron muchas agarraditas. Para esto, ella ponchaba sus toques delante de mí. Luego nos poníamos a hablar de sexo. Salía bien *presta* de esa casa y ya me iba a desquitar con mi vieja.

Hasta que llegó el esperado momento. Estábamos en la azotea de su casa y me dijo que no tenía mota y que no había visto a su abastecedor.

—Uta, pues fúmate un periódico.

—Tú tienes buenos conectes, ¿por qué no me llevas?

—No paso por ahí, la neta. ¿Va a haber algo? ¿Sí? ¡Papas! ¿Cuánto traes? Vamos, me esperas afuera.

Fui y le compré su tentación. Estábamos afuera del conecte y ya no me aguanté. La cargué y me la jalé a lo oscurito y le prendí un besote. La lengua se la metí hasta por acá, de a simonazo. Y nos empezamos a fajar. La recargué en la pared, le desabroché los botones de la blusa, le quité las medias, le levanté la falda. Y me puse al borde de la locura. Y aún así tuve un alarde de decencia:

—En la noche vengo por ti.

—¿A dónde vamos?

—Oh, no te vas arrepentir.

Pero antes de estas cochinas en vía pública, debo decir que conocí a su novio. Era un licenciado de billetes. La Norma tenía un Spirit del año, en el que me paseaba de lo lindo. Cuando empecé a andar con ella, no tenía nada porque el licenciado estaba en la cárcel por robo de unos centenarios. Pero después, ella se puso a vender las pertenencias del licenciado y nos íbamos de cabecillas por ahí. Esa tarde que nos pusimos en plan cachondo, llegué como a las nueve de la noche y la recogí con una petaca propia para la ocasión. Igualita a la que arreglaba cuando iba al hotel de la íntima: jabones, caset, grabadora, un pomo, mariguana, chochos...

Nos fuimos a la Quinta Las Delicias, en Miguel Ángel de Quevedo. Me tomé unos alcoholes, pusimos caset. Todo estaba saliendo de lujo, pero a la hora de la acción me apaniqué. No sabía si debía manejarla o simplemente dejar que disfrutaran de su rorro: «No hagas nada. Déjate. Ponte a disposición.» Y así fue. Al otro día me dijo:

—Tenía ganas de que me lo mamaras. Te viste muy lento, la verdad. Qué lástima que la lengua nomás te sirva para verbear.

Seguimos teniendo relaciones hasta que se empezaron a hacer muy tensas. Los dos estábamos muy correteados y empezó a haber choques de egos. Ya no había satisfacción porque a mí me gusta manejar; no me agrada que me digan cómo es. Puede haber sugerencias, pero no que me estén criticando mi estilo.

En una ocasión nos dimos un acostón en su casa. Me había gustado la función, pero como soy muy seco no se lo dije y me despedí.

—Bueno, ya me voy. Ahi nos vemos.

—Dame un beso. No te vayas; te vas a rayar.

—Me tengo que ir —haciéndome del rogar.

—Si te quedas te voy a mamar tooo-do.

—Órale. Así, sí.

Me quedé y sí estuvo de lujo. Era la primera vez que me quedaba en su casa. Me agasajó tanto que me quedé jetón. Nada más sentí cuando me quitó los zapatos, me tapó y me abrazó. Me fui quedando dormido. Ella esperaba mi respiración para respirar al mismo tiempo que yo. En la mañana me despertaron los toquidotes en la puerta.

—Soy yo, ábreme —era su carnal.

—No. Estoy desnuda.

Y que tira la puerta y que me quedo de a seis:

—Métete debajo de la cama —dijo la Norma.

—Ni que fuera el Sancho. Si me la rompen, ya qué.

El muchacho se me quedó mirando y se bajó corriendo:

—Papá, papá. Norma está con un hombre que no conozco.

Me vestí y me volví a acostar. Subió el señor en calzones.

—Eso no se hace, mi hija. La casa se respeta.

—Señor, permítame explicarle. Me ganó el sueño. Su hija no me gusta. Palabra. Mi esposa es una señora muy guapa y le soy muy fiel. Su hija y yo somos compañeros de grupo. Ahí, por ética, no mezclamos nuestra recuperación con el sexo. Va contra todo principio. A Norma y a mí nos une la hermandad del dolor.

El señor y yo acabamos tomando un café en el Vips. Me pidió que ayudara a su hija. Me dio el pretexto para estar a diario ahí. Él vivía en el primer piso con el ex marido de Norma. No me estaba enamorando, pero se me hizo costumbre estar con ella. Y no me exigía nada; a diferencia de mi esposa que todo el tiempo quería dinero. Mi vieja sospechaba algo:

—A mí se hace que te andas acostando con la Norma.

—¿Esa sanguijuela? ¿Te sientes tan poca cosa para tener celos de remedo de mujer? Tú eres un manjar de reyes. Está loca igual que yo, nada más.

Calmó sus desconfianzas y para que viera que no había nada las invité a comer a las dos y las senté juntas.

La Norma me compraba mis perfumitos, mis pantaloncitos, mis zapatitos: me traía chulo. Pero algo no checaba; un padrote guapo no puede andar sin coca. Así que le empecé a meter a la cocaína. El billete fácil debe destinarse al placer, ¿o no?

—Mi viejo debe de andar bien comido, bien cogido y bien vestido. Ahí está su gasto.

—Qué a toda madre. Quiéreme más.

Todo iba bien hasta que el licenciado salió de la cárcel. Estábamos en su casa; su hermano me dijo:

—Ya no te vas a poder coger a mi hermana. O a ver cómo se asocian ustedes.

No me pareció nada mal la idea. Empecé a carburar el plan: «Vamos a tener coches, dinero y más chance de divertirnos lo tres juntos.» Pero ella se opuso:

—No lo quiero ver. Yo te quiero a ti. Me vale que estés jodido y seas un mediocre.

—Párale, ya no me quieras tanto.

—¿Vas a mandar a la chingada a tu vieja? Vámonos tú y yo a un cuartito.

Ése era el tema predilecto de ella: que dejara a mi mujer. Me la pintaba bien padre, pero no pensaba dejarla. «Que preste y que preste. Siempre le voy a decir que sí y que sí.» Pero ya me empecé a preocupar cuando ella me dijo:

—No te puedes estar cogiendo a las dos ¿qué tal si me pegas alguna infección que te pasó tu vieja?

—Es más fácil que se la pegue yo a ella por tu causa.

—Óyeme, bien Román. Escucha: yo te llego a ver con tu mujer y te armo un escándalo del tamaño del mundo.

—Uta, sí. Ya vas. Mi vieja es más perra que tú. La he querido agarrar cuando ha puteado a dos, tres que andaban conmigo. Primero te cachetea, te escupe, te avienta y te pateo. Toma un descansito y te vuelve a romper tu madre y luego la agarra conmigo. Por eso ya opté por no meterme. Se ha rifado buenos tiros con cabronas más chingonas que tú.

—A mí me toca tu vieja y le levanto un acta.

Se creyó que mi vieja era rompemadres y dejó de fastidiarme.

—Pero no la quieres, ¿verdad?

—No. Sólo te quiero a ti, prieta. En mi corazón no caben dos. Y es que tú vales por treinta.

—Si tú no terminas a tu vieja, yo no voy a terminar a Arturo.

—Me parece magnífico. Haz tu yida. Él es licenciado. Trae la maleta. Pero, Norma, para qué tanta bronca: vamos a armarla entre los tres. Seamos gente civilizada.

—Está bien. Te prometo que con él no voy a tener relaciones. Pero podemos vivir de su dinero. Traer el carro. Lo que yo quiero es comprarte un taxi y que salgas adelante y que mantengas a tu esposa.

Y, efecto, le mandaba el gasto. Soy un manejador de emociones, qué duda cabe. Llegaba con mi cara compungida:

—Discutí con aquélla. Nada más piensa en la feria.

—¿Y qué hiciste?

—Me salí.

—Qué irresponsable. Ándale, ten, llévale este dinero.

Ajá, cómo no. Iba y me compraba coca. Un día, el licenciado le dio cuatro mil pesos y nos dimos un encerrón de cuatro días en el hotel. Éramos un triángulo feliz, él me decía:

—Me dijeron que cuidaste a mi vieja mientras que estuve encerrado.

—Para eso son los amigos. No dejé que ninguno se acercara.

—A nadie le tengo más confianza... Voy a los juzgados, me voy a tardar. Te la encargo, no dejes que se intoxique.

Estuve viviendo con ellos. Yo dormía en un cuarto y ellos en otro. Para mí era lo máximo vivir a costillas de ellos. Nos salíamos, ella y yo, con el paro de ir al grupo, y nos íbamos faje y faje en el coche. Delante de él, la morra me trataba peor que un perro.

Mi vieja nunca se chupó el dedo; varias veces me dijo:

—No sabes la clase de alacrán que te estás echando encima; se van a acabar todo el dinero de Arturo. Me gustaría decírselo... ¿Cómo es posible que ustedes dos...? Un tronado y una tronada qué pueden darse. Van a reventar. Y no quiero estar presente. Tanta porquería apesta. Ahi nos vemos.

«Qué sutil mi vieja; me da chance».

Pero como que me cayó el veinte y le dije a la morra que estábamos regando el tepache.

—El Arturo es chido, no es por ahí; ya estuvo, hay que desafanarnos. Quedamos como valedores.

—Es lo que te iba a decir.

Hablamos el asunto varias veces, pero volvíamos a tener relaciones. Dejé de ir al departamento. La Norma me fue a buscar varias veces a la casa de mis papás. Empezó a ir en declive. Se despachaba con la cuchara grande todas las drogas: las caras y las baratas. Terminó puteando afuera del San Luis. Arturo la recibía llegara como llegara. Terminó dejándola, pero le puso un cuartito para que tuviera a dónde caerle. Ella metía a putas y rateros y drogas. Hace dos meses y medio que Arturo la engranjó.

Recientemente, cuando estuve en la granja, Arturo me fue a visitar.

\*

Tenía poco tiempo de haber salido de la cárcel cuando me fui al cine con la Remedios. La llevé al Hipódromo a ver una película para niños. En el

intermedio vi a una mujer con el mismo corte de pelo que la mía; estaba besándose con un hombre. «Ay, yo la mato y al infeliz ese le voy a marcar la jeta.» Le pedí a Remedios que se fuera, que luego la iría a buscar. Se apagó la luz. «Será su último faje.» Me acerqué más. Escuché su risita. «No, no es mi vieja. ¡Es mi suegra! Pero cómo, si siempre le ha dicho a Sabina: una mujer le pertenece a su marido de cuerpo y alma. Sea éste lo que sea y haga lo que haga. Sólo Dios sabe por qué nos dio una cruz tan pesada.»

Me salí bien enmuinado.

Me encaminé a la casa de mis suegros. Estaban mis cuñadas. Horas después, mi suegra llegó llorando a lo exagerado.

—Me abrieron el coche y me robaron la ropa nueva que les había comprado.

«Qué poca. Todavía de que se la fajó, le atracó hasta el autoestéreo.»

—No te preocupes, mamá; nosotros nos compraremos más. Y por el radio, te ayudamos a comprar otro.

—Sí, mamá, lo que te podamos dar Román y yo.

Me dieron ganas de patearla por choriza. Me levanté furioso. En esa época, mi mujer vivía ahí. De mi casa a la suya o a la de sus amigas o en la de mi hermano; así se la pasaba.

—¡Cómo es falsa tu madre! La vi fajando con un chamaco como de treinta años. Caliente, urgida, tiene rabia en el fundillo. No sé cómo no le dolieron las culeadas que le dieron; toda la mano le metieron. Estaba feliz. A cuatro butacas de mí estaba...

—¿Y tú qué hacías en el cine?

—Fui a ver si la película era apta para niñas, y luego llevarlas.

—A ti no debe importar la vida de mi madre. Ella tendrá sus razones.

—No le consientas sus puterías.

Mi mujer fingió no creerme o prefirió alcahuetearla. Pasaron las semanas y yo seguía entripado. Había veces que la señora llegaba tarde o no llegaba y mi suegro se tragaba sus cuentos.

Un día fui a la casa de mi suegro y me ofreció chamba; él trabajaba la plomería y la pintura. No me gustaba camellar con él porque me hacía trabajar como negro; me daba de comer plátanos o naranjas o unos tacos de canasta. Peor que si estuviera en cana. Un día, chambeando, como no queriendo le toqué el tema:

—El día que su hija me haga pendejo, la mato. A mi modo de ver, una mujer puede traicionar: porque su marido no la coge bien o porque es un desgraciado infeliz. Y como yo tengo las dos agravantes...

—Yo, igual; no lo perdonaría. Un hombre no merece esa humillación. A mi esposa también le iría muy mal. La mando al hospital.

—Pues ya se tardó: lo hace pendejo con un chamaco de treinta años.

Se empezó a poner verde, amarillo, morado... Apretó las mandíbulas. Me levantó de la camisa y me sacudió en el aire:

—Mide tus palabras. Mi mujer y yo te hemos levantado la mano de tus irresponsabilidades. Siempre has sido un desgraciado.

—Espérese, suegro. Es posible que esté equivocado, pero no se quede con la duda: póngale cola.

Me hizo caso y la empezó a vigilar. Un día, mi suegra llegó en la madrugada; en la puerta se estaba quitando los zapatos cuando mi suegro le arrió una pela marca diablo. Hasta la quería matar con el cuchillo.

Los dos me dejaron de hablar muchos años. Se separaron. Mi suegra se fue a vivir con su muchacho. A mi vieja, infinidad de veces le he dicho:

—Si has de seguir los caminos de tu madre, nomás háblame al chile.

Si me tejiera la cornamenta no sé que haría. Si por cada fregadera que le he hecho me pusiera un cuerno, pronto quedaría como un alce. Pero sería un reno muy santo, porque repetiría como demente, una oración de San Francisco de Asís: «Permíteme consolar sin ser consolado, amar sin ser amado, comprender sin que me comprendan.» Es lo que tengo que empezar a hacer porque ella tiene todas las chanzas. Su trabajo de secretaria le permite ver a dos, tres galanes a diario. Se pone su faldita y se va *merezco*. Cualquiera puede invitarla a tomarse un cafecito. ¿Y qué tal si un día llega y me dice ya no te quiero? Ya me busqué a uno que sí trabaja, que es licenciado. ¡Uta!, ¿y si fuera el licenciado Arturo? ¡Imagíínese...! Pues seguiríamos siendo socios, del clan.

Si me diera cuenta que me engaña, tal vez lo pasaría por alto. Porque mi matrimonio va adelante. Siempre y cuando no se encariñara con el otro, la trataría de entender. Ya me volví mandilón. Adonde vayamos, en el camión, en el Metro, me da de besos tiernos y yo me emociono. Me conformo con ver de lejos a las mujeres. Por eso uso lentes negros: para mirar largo y tendido sin disturbar a nadie. Estoy tratando de liberarme de la lujuria que cargué tantos años. Antes decía: «Hoyo aunque sea de pollo.» No importaba si eran rucas, chamacas: lo mismo da planchar que desarrugar. A coger y mamar que el mundo se va acabar.

En cambio hoy tengo muy presentes las palabras con las que me recibieron los padrinos de un grupo de alcohólicos:

—Si amas algo, déjalo ir, y si regresa es tuyo; y si no, nunca lo fue. Pero no te apures: te regalamos otra mujer. En resumidas cuentas: aquí vas aprender a ser hombre. Hasta vas a enseñarte a parchar.

«¡Ay, en la madre! No practiquen conmigo.»

\*

Ahora tengo cosas más importantes que pensar: «Si me muero, ¿qué les voy a heredar a mis hijas? Si no tengo fortuna alguna, les heredaré una imagen. Cuando tengan la edad suficiente, les voy a platicar mi vida; no tengo que esconderles nada. No me gustaría ver a mis hijas de mariguanas, de putas o ladronas. Todo depende del ejemplo que yo les dé. Mis hijas tienen que vivir otra experiencia».

Todo ha tenido que pasar para que escarmentara. Si volviera a drogarme, ya valí madres. No puedo ser tan soberbio y decir: «No lo vuelvo a hacer jamás.» Para empezar, no sé si amanezca. Sólo debo conformarme con acabar el día; que llegue la noche y decir: «Otro día más sin droga. Que Dios me dé chance de amanecer.» Pero hay noches en las que sin remedio me digo: «Me he portado tan bien que merezco un pase. Uno solo.» «No vives con tu esposa, ¿para qué quieres cambiar?» «Uta, ya qué puedes perder, si ya has perdido todo...» Totalmente limpio de droga llevo tres meses; más seis, que dejé atrás, lapso en el que me aventé ocho pericazos. Y eso fue suficiente para volverme a anexar. Yo solito fui a meterme.

A veces, cuando me entra la desesperación, voy y platico mis angustias en mi grupo y vuelvo a sentirme bien. El otro día fui de visita a un grupo, *El árbol de la vida*, que está en Iztapalapa, en la calle de Aztecas. Había gente en sillas de ruedas, con parálisis cerebral, todos torcidos. Tullidos. Mongoloides. Un guato de gentes con sida. Leí un axioma: «Aparte de llorar, de sufrir y quejarte, ¿qué otra cosa sabes hacer?» Iba acompañando a mi padrino y me presentó a una joven, que parecía marioneta con los hilos reventados; me puso el cachete para que le diera un beso; nada más lo recibí. Y la chica me invitó a bailar. «¿Cómo, pero si no se puede ni mover? La onda es que la dance, que rompamos tacón, que saquemos chispas del suelo.» Pero, cámara, ¡qué baile más chido; mejor que con algún buen pollo! Ahí estaba la morra metiéndole a la trisolada. De repente, hasta le pirateaba algún paso.

Después nos agarramos todos de las manos. Mi padrino es compositor y cantó una rola que se llama *Un nuevo amanecer* y esa canción la tiene ese grupo como himno. Sentí el nudo en la garganta. Estaba vivo.

Desde esa visita empezó a haber un cambio en mí. En mi grupo, por ejemplo, muy rara vez participo en tribuna; nada más observo, escucho. La gente lo nota, aunque no me lo diga Quiero ser algo. Fraculé como hijo. No fui buen estudiante. No supe ser buen esposo. Ni buen padre. Nada supe hacer nada bien. Tampoco aspiro a ser excelente. Tampoco: yo no leo esos libros.

Creí que en la juventud iba a lograr muchas cosas. Pero la vida se me fue. La vida es corta para estar sufriendo y andar haciendo estupideces. Ya no quiero andar escondiéndome, como cuando andaba de lacra. Es bonito caminar con la cabeza en alto. Cada que termino un día de trabajo, voy pensando: «No te empeñaste, no te metiste a jom. Parece que llevas prisa.» Al día siguiente me empeño en ser un chipocludo del barniz.

Va a llegar el momento en que todo va a venir solito; pero para entonces tendré un poco más de madurez para disfrutar las cosas, si llega el billetote voy pa' trás, otra vez. Me entra el poder: quiero ver a todos abajo. Si hay, qué bien; si no hay, también.

\*

Mucho tiempo renegué de Dios. Hablé mal de Él. Al rezar el Padre Nuestro, lo único que veía era el padre que siempre estuvo jodiéndome. «¿Cómo voy a decir *Padre*? Si Él está viendo la jugada y ni un paro me hace. Dios ni existe, si existiera le hubiera agarrado la mano al que me desgració el ojo. Si existiera, yo no sería drogadicto.» Mis dioses eran las mujeres, el dinero, la aventura. No podía haber más dios que yo. Pero donde yo lo buscaba, Él no estaba. Eso lo leí en un libro: «Donde tú me buscaste, Yo no estuve; donde Yo estuve, nunca me buscaste.» Y es cierto. Ahora he tratado de acercarme a la religión. Siempre la desprecié. ¿De qué le iba a dar gracias?

Desde que empecé a ir a la Fe Cristiana, en Azcapotzalco, he sentido un cambio. Voy los domingos a las diez de la mañana; entran más de tres mil gentes a leer la palabra de Dios. Una hora estamos cantándole al Señor; otra, leyendo el Libro Sagrado. Aparte hay estudio de la Biblia.

No es suficiente invocar al Maestro y ya te ganaste el reino de los cielos; hay que hacer obras de fe y caridad e irse por la derecha. No se puede andar repartiendo escapularios y matar en nombre de Dios. Dos, tres párrafos que he leído me han impactado: «La lámpara del cuerpo son los ojos; y si ves mal las cosas, estás mal con el alma, con el espíritu.» «No esperes recibir nada por una obra que hagas.»

No pretendo ser el Papa ni ser un santo, pero sí diferente; nada más. Siento que Dios me está haciendo un paro al sacarme de tanto sufrimiento. No

puedo olvidar lo pasado, pero ya no debo sufrir por eso. Una vez leí: «El que se ríe de su pasado, vivirá sentenciado a caminar por los vidrios rotos.»

En la congregación me la paso de peluches; me voy solo. Siento, sé, que vendrán obstáculos para desviarme de mis caminos. La gente dice que Dios le puso equis prueba. Y yo digo que Dios no está poniéndole pruebitas a nadie. Uno se pone las tentaciones solito. Es como si yo me encontrara una petaca de cocaína. Yo la vendería, sin lugar a dudas. Sería muy tonto de mi parte si la tirara. Bisnes son bisnes. ¿Qué es veneno? Pues sí, pero también es dinero. Es una mercancía. Entonces, si Dios me pusiera esta prueba, a la vista de algunos, la reprobaría. Yo digo que sacaría diez en el examen. Me encuentro coca y no me drogo. Al venderla, gano por donde se le quiera ver. ¿O será que veo mal con un ojo? Ahora que si con el dinero de la venta compro droga, ya es otra cosa. Es mi dinero y puedo hacer lo que quiera. El dinero fácil, ya lo dije, para comprar placer, para qué otra.

\*

Mucha gente dice que el Grupo de doble A no sirve: «En qué te puede ayudar que unos fulanos te estén atosigando.» Yo digo que en mucho; yo pensaba igual: «¿Qué me pueden decir estos viejitos? No han vivido. Ni drogos fueron.» En esa agrupación he conocido personas que anduvieron mugrosos, cubiertos de piojos, pidiendo limosna, y ahora los veo trajeados, en su Mustang deportivo del año. El alcohólico y el drogadicto tienen mucha habilidad, pero mal empleada.

Ellos son los elegidos para hacerse millonarios, para crecer espiritualmente. La escoria de la sociedad puede convertirse en gente de bien. También es cierto que he conocido a muchos cateados, totalmente locos por las pastas, desconectados. Sus familiares ya no vuelven; los abandonan en los anexos. Ahora me viene a la mente una granja que era un verdadero refugio; permitían las relaciones sexuales entre hombres y mujeres. Había chochos, mota. Yo era primero de anexo, después del machín estaba yo.

Una ocasión llegó un muchacho de 30 años (la edad que tengo ahora), con principios de cirrosis, todavía borracho y pidiendo un leoncito.

—Aquí no hay farolazos; aquí te vienes a alivianar. Duérmete y disfruta la peda que traes.

Ya nos fuimos a acostar y al rato se escuchó un madrazo seco. Me espanté. «Alguien se metió.» Prendimos las luces. Todo en orden. «Vamos a ver a los anexados.» El nuevo estaba tirado con la colación pa'las moscas:

—Se dio un santo putazo. Vamos a darle un baño de agua electrofría. Lo tallé fuerte por arriba y por abajo, por todos lados.

—¡La toalla para sacar al perro! Ahorita se te quita el frío.

—No, carnal, yo lo que quiero es un pegue.

Como teníamos acceso a los medicamentos, le saqué dos Valium y se los disolví en su alcoholazo con té. Agradecido, me dio a guardar una feria. Al otro día le eché un peguecito leve en su té. Le di en la boca un cóctel de frutas: una papayita, y se la saboreaba; luego una sandía, un melón. Pero ya cuando le iba a dar una banana se quejó y se puso a gritar como endemoniado. Llegó el padrino, lo tocó y dijo:

—Ya se murió.

«¿Qué le habrá hecho daño? ¿El chocho, el alcohol, el baño con agua fría, la fruta fresca, los Valium?» El difunto era dueño de una discoteque. Le hablamos a sus familiares y no les retaché el dinero. Me compré unos tenis y otros al padrino.

Como ése, otros más y más se fueron a morir. Hay veces que la familia ya los lleva medio muertos. ¿Para qué, si ahí no es hospital? Llegan con delirios, viendo arañas, enanos, quién sabe qué tantas cosas y gritando toda la noche.

En ese anexo conocí a un chavo que me caía muy bien, tendría unos veintiocho años, a punto de recibirse de maestro en no sé qué. Se aventó unos chocolates y se le tronó el garbanzo. Se quedó en el viaje, pero había momentos en que bajaba bien de la loquera. A todos los que estábamos ahí nos ponía nombre de vieja, a uno le decía:

—Catalina, ya te vi cogiendo con ese tal por cual.

Y se madreaba al anexado. Era un animalote; estaba difícil que alguien se le pusiera al tiro. De repente te veía cara de mujer y te despertaba a garrotazos. Muchas veces le aplicaban la ley Durazo: lo amarraban a la tabla y a la pileta, boca abajo, para quitarle lo agresivo. Nunca me hizo un iris porque me gustaba platicar con él y que me hablara de fechas, nombres, lugares. Era una persona estudiada. Cuando bajaba de su avión, te hablaba con educación y finura. Sentía que ese chavo era mi reflejo. Así de atarantado me estaba quedando.

—Pinche Ponchito, si tenías todo; mira nada más qué pendejo te quedaste.

Hay personas que su problema es el alcohol; entonces dejan de chupar y se empiezan a meter pastillas para tranquilizarse. Y se hacen adictos a las pastas. Luego empiezan a fumar mariguana para apaciguarse. Se vuelven grifos. Para ser miembro de doble A hay que dejar de tomar. Pero algunos olvidan que alcohol y mota es lo mismo: cometes las mismas estupideces.

Pero muchos no lo ven así; se inclinan a otro tipo de drogas y llegan a inducir a los demás, diciéndoles que es mejor darse un toque, que un trago. Yo digo que la marihuana es más dañina que el alcohol. El alcohol te crea un hábito y la mota también es una dependencia: no puedes hacer nada sin fumar. No sientes seguridad, si no tienes un yom adentro. Pero con el alcohol haces más pendejadas. Nunca he visto un mariguano que se quede tirado en la calle, que haga los espectáculos del borracho. La mota te apacigua. El alcohólico llega y se achicala a su vieja. Es más agresivo. El alcohol física y mentalmente, te acaba. Y con la verde ya no tienes el deseo de salir adelante, te da más güeva. Insisto: es más peligrosa la mota. El alcohólico no le da por andar de rata, se pone hasta su madre y ya. El mariguano se pone chicle y quiere más. Empieza a generar cómo saca para seguirse drogando. Es más nervioso, más impulsivo. El alcohólico se la cura al otro día; el mariguano se pone hasta la madre día y noche, y todavía quiere más. Eso sí, el mariguano dura más con vida; hasta parece que rejuvenece. El mariguano puro, como que se va secando y no envejece tanto. Es más fácil que se muera el alcohólico de una cirrosis o que se le inflen las patas como de elefante.

Total. Todo es la misma vaina... Ni a cuál irle.

*Santa María la Ribera, D. F., septiembre de 1997*



JOSEFINA ESTRADA es narradora, ensayista y editora, nacida en la Ciudad de México en 1957. Estudió la licenciatura en Comunicación Social de la UNAM. Fue becaria de narrativa INBA-Fonapas en 1981. Entre sus obras destacan, en cuento: *Domingo es un buen día para morir* (1987); *Los siete pecados capitales* (colectivo, 1989); *Malagato* (1990). *Para morir iguales* (ensayo, 1991); *El Cali, de chavo banda a ceuísta* (entrevista, 1992). *Desde que Dios amanece* (novela, 1995); *Virgen de medianoche* (novela testimonial, 1996). *El señor del espectáculo* (biografía, 1996); *Breve antología de Ricardo Garibay*, 1999; *Mujeres de Oriente*, antología, 2000. En 2003 se publicó *Señas particulares. La muerte violenta en la Ciudad de México*, Premio de Crónica Urbana Salvador Novo 2002. Es Premio Nacional de Testimonio INBA-Chihuahua 2003 por el libro *Con la rienda suelta*.

Josefina Estrada



Con la rienda  
suelta

Lectulandia